

Boletín Oficial del Instituto Nacional
de Antropología e Historia



**AN
TRO
POLO
GÍA**



NUEVA ÉPOCA
JULIO-SEPTIEMBRE DE 2001



**El Norte de México:
una mirada**

63

ISSN 0188-462X

ARQUEOLOGÍA

*María de la Luz Gutiérrez
y Justin R. Hyland*
La tradición Gran Mural
de Baja California Central

HISTORIA

*José de la Cruz
Pacheco Rojas*
El norte de México. Una
historia en construcción

Cuauhtémoc Velasco Ávila
La historia de los nómadas
y sus fuentes

*María Olimpia Farfán Morales,
Jorge Arturo Castillo
Hernández e Ismael
Fernández Areu*
Los indios en Nuevo León.
Textos para su historia

Claudia Molinari
The Mexican War y el
presidente James K. Polk:
la formación del Estado
norteamericano en el siglo XIX

ANTROPOLOGÍA

Juan Luis Sariago Rodríguez
Desarrollo e interculturalidad
en la Sierra Tarahumara

*María Sara Molinari
e Íñigo Aguilar Medina*
Estrategias para la
socialización infantil en una
colonia pobre de la ciudad
de Tijuana

NOTAS

Salvador Rueda Smithers
María Eugenia Olavarría
Eugení Porras
Hugo Eduardo López Aceves
Jorge Castillo Hernández

COLABORADORES

Marcelo Abramo Lauff
José Íñigo Aguilar Medina
Solange Alberro
Beatriz Braniff
Jürgen K. Brüggemann
Fernando Cámara Barbachano
María Gracia Castillo Ramírez
Beatriz Cervantes
Eduardo Corona Sánchez
Jaime Cortés
Fernando Cortés de Brasdefer
Roberto Escalante
Marisela Gallegos Deveze
Roberto García Moll
Carlos García Mora
Leticia González Arratia
Jorge René González M.
Eva Grosser Lerner
Ignacio Guzmán Betancourt
Paul Hersch Martínez
Irene Jiménez
Fernando López Aguilar
Gilberto López y Rivas
Rubén Manzanilla López

Alejandro Martínez Muriel
Eduardo Matos Moctezuma
Jesús Monjarás-Ruiz
J. Arturo Motta
Enrique Nalda
Margarita Nolasco
Eberto Novelo Maldonado
Julio César Olivé Negrete
Benjamín Pérez González
Gilberto Ramírez Acevedo
José Abel Ramos Soriano
Catalina Rodríguez Lazcano
Salvador Rueda Smithers
Antonio Saborit
Cristina Sánchez Bueno
Mari Carmen Serra Puche
Jorge Arturo Talavera González
Rafael Tena
Pablo Torres Soria
Julia Tuñón
Víctor Hugo Valencia Valera
Françoise Vatan
Samuel Villela
Marcus Winter

DIRECTOR GENERAL: **SERGIO RAÚL ARROYO** ■ SECRETARIO TÉCNICO: **MOISÉS ROSAS SILVA**

SECRETARIO ADMINISTRATIVO: **ARMANDO HAZA REMUS** ■ COORDINADOR NACIONAL DE DIFUSIÓN: **GERARDO JARAMILLO**

DIRECTORA DE PUBLICACIONES: **BERENICE VADILLO** ■ EDICIÓN: **BENIGNO CASAS**

DISEÑO DE PORTADA: **COORDINACIÓN NACIONAL DE DIFUSIÓN**

Correspondencia: Liverpool 123, 2o. piso, col. Juárez, 06600 México, D.F., tel. 5207 4592, fax 5207 4633.

Índice

ARQUEOLOGÍA

*María de la Luz Gutiérrez
y Justin R. Hyland*
La tradición Gran Mural
de Baja California Central
3

HISTORIA

José de la Cruz Pacheco Rojas
El norte de Méxio.
Una historia en construcción
13

Cuauhtémoc Velasco Ávila
La historia de los nómadas
y sus fuentes
25

*María Olimpia Farfán Morales,
Jorge Arturo Castillo Hernández
e Ismael Fernández Areu*
Los indios en Nuevo León.
Textos para su historia
35

Claudia Molinari
The Mexican War y el presidente
James K. Polk: la formación del Estado
norteamericano en el siglo XIX
41

ANTROPOLOGÍA

Juan Luis Sariago Rodríguez
Desarrollo e interculturalidad
en la Sierra Tarahumara
49

*María Sara Molinari
e Íñigo Aguilar Medina*
Estrategias para la socialización
infantil en una colonia pobre
de la ciudad de Tijuana
57

NOTAS

*Salvador Rueda Smithers
Justo Veytia*
Viaje a la Alta California, 1849-1850
64

*María Eugenia Olavarria
José Luis Moctezuma
y María Elisa Villalpando (eds.)*
*"Antropología de la identidad e historia
en el Norte de México. Homenaje
a Alejandro Figueroa Valenzuela"*
67

Eugeni Porras
Claudia Molinari y Eugeni Porras (coords.)
Identidad y cultura en la Sierra Tarahumara
70

*Hugo Eduardo López Aceves
José Luis Moctezuma Zamarrón*
De pascolas y venados
73

*Jorge Arturo Castillo Hernández
Isidro Vizcaya Canales*
*Tierra de Guerra Viva. Invasión de los indios
bárbaros al Noreste de México 1821-1885*
75



Vista panorámica de la Cueva Pintada en la sierra de San Francisco, B.C.S.

María de la Luz Gutiérrez
y Justin R. Hyland

La tradición Gran Mural de Baja California Central

La península de Baja California es una zona del país que posee una extraordinaria riqueza arqueológica y natural. Describir esta asombrosa región es remitir al lector a una remota y alargada franja de tierra en donde el paisaje prehistórico y natural se conjugan creando dramáticas visiones de una comarca aparentemente áspera e inhóspita, en donde las evidencias del pasado se presentan con una vehemencia que a veces rebasa nuestra capacidad de asombro; pero sobre todo es destacar una región del país donde particularmente el paisaje fue inscrito simbólicamente y culturalmente por el arte rupestre.

Intentar describir los valores culturales de esta región, nos remite a explicar brevemente cómo ha cambiado el concepto que hasta hace unos veinte años teníamos acerca de los cazadores recolectores y de su cultura simbólica, que en el caso que nos ocupa se manifiesta de manera tan espectacular en el diverso y abundante arte rupestre que se expresa a lo largo de las cordilleras peninsulares. Esta expresión simbólica aparece por doquier, se integra casi de manera natural al paisaje, pero le otorga un significado cultural, mostrándonos con claridad el fluido movimiento de los pueblos a través del terreno, pueblos que protagonizaban y a la vez presenciaban un constante *ir y venir*. De este modo, uno de los aspectos esenciales del arte rupestre es su habilidad para marcar el lugar y para poner de manifiesto las relaciones sociales de los pueblos que lo crearon.

En estos términos, uno de los principales valores de la región es el propio paisaje, como ámbito natural, pero también en términos de ser entendido como el extenso contexto socioespacial en el cual la imaginería visual ca-

zadora recolectora estuvo funcionando, ambiente construido por estos grupos, según sus patrones de movilidad, asentamiento y uso de la tierra. Así, la distribución espacial del arte rupestre es un medio por el cual las relaciones sociales son integradas o mapeadas sobre el paisaje.

El arte rupestre es quizás el valor más evidente que tiene la región, pero además asume una trascendencia externa o paralela a sus sentidos iconográficos, integrando un elemento fundamental en la configuración del paisaje cultural y simbólico, constituyéndose en un importante desarrollo que extiende el campo del significado más allá del panel y del sitio para considerar el extenso contexto de la geografía social.

A continuación presentaremos una breve descripción de las tradiciones rupestres peninsulares, sin embargo, por tratarse del estilo pictórico más estudiado hasta el momento, nos enfocaremos a la tradición Gran Mural, describiendo sus subestilos e indicando su distribución geográfica; este resumen es seguido por una revisión de las investigaciones previas que conciernen a la imaginería Gran Mural y una discusión de su ubicación cronológica y posible filiación cultural.

Las tradiciones rupestres peninsulares

En esta sección nos hemos basado en el esquema propuesto por Ritter en el cual se proponen seis principales zonas rupestres (Ritter, 1991) para la península (Figura 1) (Grant, 1974). En el espacio bidimensional de un mapa es difícil exponer la distribución de los estilos y sus frecuentes intersecciones, y definir regiones con límites rí-

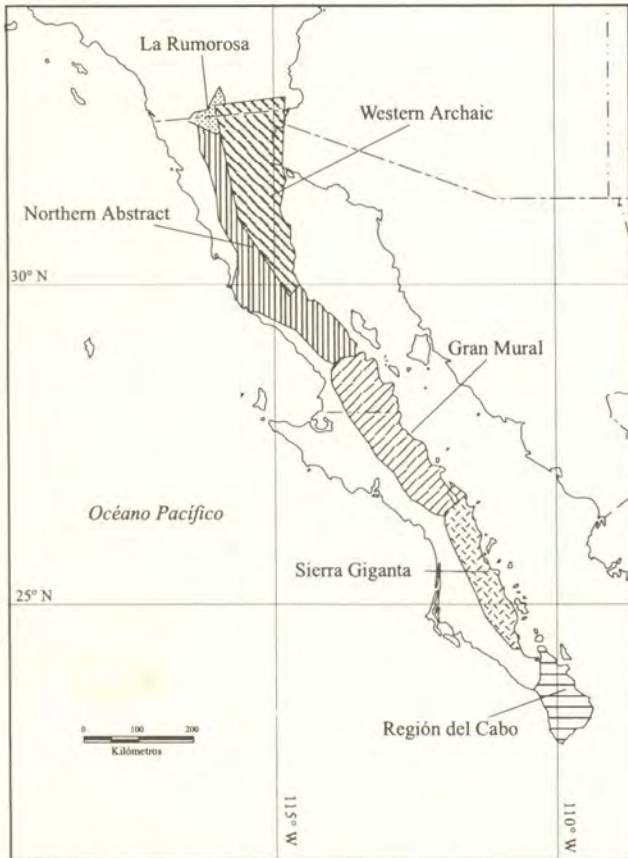


Figura 1. Principales estilos pictóricos de la península de Baja California.

gidos es un ejercicio un tanto arbitrario. Esto es particularmente válido para la denominada zona de los *Grandes Murales*, que toma su nombre del estilo más destacado aunque ciertamente no el único que se manifiesta en el área. La advertencia no es igualar *estilo* con regiones geográficas o asumir que estas estructuras regionales son en todo caso exclusivas.

Asimismo hay que añadir que algunos de los estilos se han propuesto sólo con base en algunos hallazgos aislados, pues vastas áreas peninsulares aún se encuentran sin reconocer.

La tradición Gran Mural

El término Gran Mural fue acuñado por Crosby (1975a) y ha obtenido una gran aceptación. Es una tradición pictórica monumental, que en términos de escala está considerada entre la imaginería pintada prehistórica más grande en el mundo —muchos de los paneles se componen por docenas de figuras, algunas plasmadas en partes su-

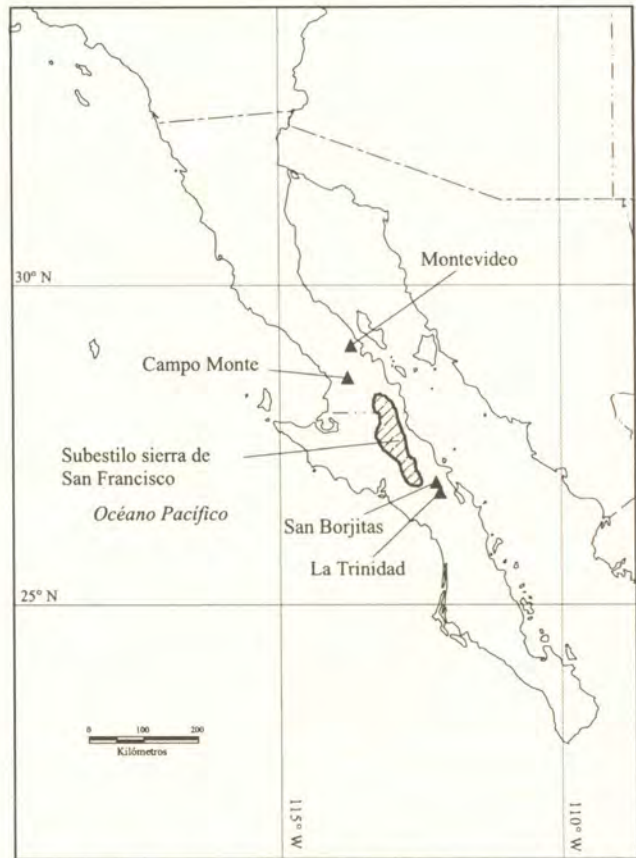


Figura 2. Subestilo de la sierra de San Francisco.

mamente elevadas—. Estos grandes murales son encontrados en cientos de abrigos rocosos en las cordilleras centrales de la península de Baja California entre los paralelos 26° y 29° norte.

Varios subestilos pueden ser definidos dentro de la tradición Gran Mural y la presente revisión sigue la clasificación propuesta por Crosby (1984). Los convencionalismos Gran Mural más típicos y bien conocidos son definidos en gran parte por las características del subestilo de la sierra de San Francisco.

Subestilo sierra de San Francisco

El subestilo más homogéneo de la tradición Gran Mural y hasta el momento el único que abarca una gran extensión geográfica se centra en la sierra de San Francisco, extendiéndose hacia el norte dentro de la sierra de San Juan, y al sur al interior de la esquina noroeste de la sierra de Guadalupe (Figura 2).

Actualmente se conocen cerca de 300 sitios Gran Mural en la sierra de San Francisco (García, 1984; Gutiérrez,

1991a y b). Algunos de los más sobresalientes por su tamaño, concentración de imágenes o contenido temático incluyen la Cueva Pintada, La Soledad, Cueva de las Flechas, Boca de San Julio, Cueva del Ratón, El Batequi, Cuesta Palmarito, San Gregorio I y II, Cueva de la Serpiente, La Supernova y el Mono Alto, entre otras muchas.

En la sierra, los abrigos rocosos se localizan a lo largo de las márgenes verticales de los cañones donde la erosión eólica y pluvial ha excavado oquedades poco profundas. Los abrigos se forman cuando el cementante que da cohesión a los grandes bloques del conglomerado es desplazado por agentes erosivos, eliminando el soporte que da sustento a dichos bloques, los cuales se colapsan gradualmente formando las oquedades. El tamaño de estos abrigos rocosos puede ser impresionante; por ejemplo la Cueva Pintada, en el arroyo de San Pablo, se extiende a lo largo de la pared del cañón 175 m aproximadamente (Figura 3). Mientras que en la sierra de San Francisco existe una clara correlación entre los grandes abrigos rocosos con depósitos arqueológicos y sitios Gran Mural, muchos paneles, algunos de ellos excepcionales, se presentan en pequeños abrigos o incluso a lo largo de salientes o respaldos que exhiben poca o nula asociación con materiales arqueológicos. Hambleton define los sitios “más importantes” como aquellos que tienen grandes imágenes, figuras humanas con tocados, profusa sobreposición, la presencia de depósitos arqueológicos significativos y abundante presencia de artefactos (Hambleton, 1979). Éstos se encuentran generalmente en grandes abrigos rocosos localizados a lo largo de los principales arroyos que presentan agua durante todo el año. Los sitios menores generalmente exhiben una ausencia de estos rasgos y se caracterizan por figuras más pequeñas con poca o ninguna sobreposición y además se encuentran en situaciones de mayor marginalidad.

El subestilo de la sierra de San Francisco es principalmente naturalista y está dominado por figuras humanas o animales bicromas o policromas pintadas principalmente en rojo, negro blanco y amarillo (Figura 4). Las imágenes en muchas ocasiones son más grandes que el tamaño natural —esto es arriba de dos metros de altura para los humanos y dos a tres metros de longitud para los venados—. La monumentalidad de la imaginería está acentuada por la frecuente ubicación de las pinturas en sitios muy elevados de las paredes y techos de los abrigos, lo que posiblemente representa una de las dificultades tecnológicas más significativas enfrentadas al ejecutar los murales. Algunos investigadores han sugerido que las brochas eran montadas en largas pértigas (Smith, 1983), pero parece más probable que los pintores construyeron



Figura 3. Arroyo de San Pablo, sierra de San Francisco, B.C.S. Panorámica de Cueva Pintada.

algún tipo de andamio o usaron troncos de palma reclinados en la pared para lograr pintar a la elevación deseada.

Lo que es notable en esta tradición es que al parecer manifiesta un vínculo muy pequeño con el subyacente y muy extendido basamento de tradiciones petroglíficas arcaicas, y con otras tradiciones petroglíficas y pictográficas presumiblemente contemporáneas encontradas dentro y fuera del área Gran Mural (Ritter, 1993). Dos excepciones a esto son los sitios Tinaja del Refugio (Alt y Breece, 1978), y el sitio Cerro Los Soldados (reportado como Los Pozos, en Kaufman, 1978), localizados hacia el suroeste de la sierra de San Francisco, donde pequeñas figuras humanas grabadas muestran una clara relación con los antropomorfos Gran Mural pintados en la sierra de San Francisco, particularmente con aquellos de la porción sur del arroyo del Parral.

En términos generales el estilo es estático, particularmente en los antropomorfos, aunque la actitud de algunos animales o su colocación dentro de secuencias que se dirigen en un mismo sentido sugieren algún movimiento. Las figuras humanas están diseñadas de frente, con los brazos invariablemente levantados. Casi no hay detalles de rasgos faciales o vestimenta. No obstante existe cierta variedad en el diseño de lo que presumiblemente son tocados o al menos “tipos de cabezas”, pero con categorías recurrentes. La zonación del color en las figuras también varía, aunque presenta fuertes tendencias. En el subestilo de la sierra de San Francisco, las figuras humanas a menudo exhiben zonación bicroma en rojo y negro en sentido vertical, y en menor grado horizontal.

Asimismo, otro elemento común en esta imaginería es que los antropomorfos pueden estar pintados sólida-



Figura 4. Arroyo de San Pablo, sierra de San Francisco, B.C.S. Una vista del panel central de la Cueva Pintada.

mente y presentar patrones internos a rayas longitudinales (común en el subestilo San Borjitas). Algunas de las figuras humanas y animales parecen atravesadas por flechas o lanzas; es decir, que líneas muy finas fueron diseñadas aparentemente atravesando los torsos de las imágenes (Figura 5). Los pintores diseñaron con frecuencia figuras antropomorfas que pueden ser identificadas como femeninas, con los senos por debajo de las axilas, una convención comúnmente encontrada en Australia y otras áreas rupestres.

El animal diseñado con más frecuencia es el venado (*Odocoileus hemionus*), seguido por el borrego cimarrón (*Ovis canadensis*). Sin embargo en los paneles fueron representados otros animales incluyendo berrendos, aves, liebres y diversas criaturas marinas como la tortuga de mar, peces y mantarrayas. Los pumas y coyotes son poco frecuentes y las víboras raras veces fueron representadas. En términos generales, la ejecución de elemen-



Figura 5. Arroyo de San Pablo, sierra de San Francisco, B.C.S. Cueva de las Flechas.

tos zoomorfos se expresa con el mismo patrón bicromo utilizado para los antropomorfos.

Mientras que la tradición Gran Mural es principalmente naturalista, existen diseños abstractos en algunos paneles monumentales. Por lo general éstos están configurados por cuadrículas realizadas en los mismos colores que las figuras naturalistas y con frecuencia se presentan en estrecha asociación con ellas. Éstas pueden ser formas entópticas —es decir, diseños derivados de experiencias neuropsicológicas o “visiones” experimentadas durante estados de conciencia alterados semejantes al trance— (Lewis Williams y Dowson, 1988; Whitley, 1994; Gutiérrez y Hyland, 1997). Además hay diversos petroglifos en muchos sitios Gran Mural que comúnmente se localizan en bloques derrumbados dentro de los abrigos. Algunos ocurren sobre las paredes, en ocasiones sobrepuestos a las figuras Gran Mural

Si bien la tradición Gran Mural amerita sin reserva su designación como monumental, es importante enfatizar que el rango de medidas de las imágenes y la altura a la que fueron ejecutadas es muy variable. También muchas figuras que presentan los atributos estilísticos Gran Mural son miniaturas y están colocadas en lugares accesibles de algunos abrigos o bien ocurren en los mismos sitios coexistiendo con las grandes figuras.

Aunque algunos paneles sugieren escenas como la Serpiente y El Batequi (Figura 6), la colocación y sobreposición de las figuras en muchos de ellos nos dan la abrumadora impresión de que lo importante fue el acto de pintar (a menudo en paneles altamente circunscritos o definidos) y establecer las relaciones de sobreposición de las figuras, y no la *creación* de lo que para nosotros puede ser una escena o composición narrativa.

El análisis de la composición de las muestras de pintura indica que los pintores obtuvieron los colores de pigmentos minerales locales: rojo y amarillo de óxidos de hierro; negro de óxidos de manganeso y blanco de yeso. Mientras que estos minerales se encuentran disponibles localmente en una diversidad de fuentes, grandes depósitos de intenso color y variedad de matices se localizan en el Cañón del Azufre, al interior del campo volcánico Tres Vírgenes y es muy probable que estos yacimientos hayan sido la fuente de la materia prima necesaria para preparar la pintura que fue utilizada en las sierras de San Francisco y de Guadalupe (Gutiérrez y Hyland, 1997). Los pigmentos fueron molidos tanto en morteros fijos como en metates.

La inspección minuciosa de diversas figuras de la sierra de San Francisco evidencia claramente el uso de un artefacto semejante a una brocha. La anchura y aspere-

za de estas marcas parece corresponder a las hojas del agave local, sumamente abundantes en fibra por lo que éstas probablemente fueron usadas como tales. También es muy posible que el yeso blanco haya sido usado para bosquejar las imágenes. Cierta evidencia nos indica que primero se esbozaba la forma deseada y posteriormente se cubría con el resto de colores. Es factible que las imágenes se repintaran e incluso que se delinearán con cierta frecuencia para disminuir el mimetismo y resaltar las figuras individuales.

Subestilo San Borjitas

El subestilo San Borjitas es designado por las características que se manifiestan en el famoso panel del sitio Cueva San Borjitas. Éste se localiza en la sierra de Guadalupe, aproximadamente a 30 kilómetros de Mulegé. El estilo presenta un fuerte rompimiento con el subestilo sierra de San Francisco y los diseños de animales parecen ser inusuales.

Mientras los antropomorfos de este subestilo fueron hechos de acuerdo con las convenciones estandarizadas Gran Mural, con actitud frontal y brazos levantados y extendidos, diversos rasgos lo colocan por separado como un subestilo distinto. Estos atributos incluyen grandes y desproporcionadas cabezas cuadradas; enormes y toscos cuerpos con forma de barril, piernas a menudo muy separadas y cortas en proporción a la longitud del tronco; brazos por lo regular extendidos en línea recta, más que levantados hacia arriba con los codos flexionados y cuerpos comúnmente decorados con líneas longitudinales o cuadrículas más que zonación roja y negra (Figura 7). Además los pintores de este subestilo diseñaron muchas figuras San Borjitas con falos prominentes, un rasgo generalmente no expresado en la imaginería Gran Mural. De mucho interés resulta que el subestilo San Borjitas parece estar restringido a un pequeño número de sitios ampliamente dispersos en la sierra de Guadalupe, aunque debemos recordar que estas montañas no han sido reconocidas significativamente. Algunos de los sitios más destacados de este estilo son: San Borjitas, El Muerto, La Angostura de San Juan, Boca de las Piedras, El Arrepentido y Agua Puerca (Crosby, 1984).

Subestilo La Trinidad

Crosby define un subestilo de la imaginería Gran Mural basado en primera instancia en un modo peculiar de dibujar venados (Crosby, 1984:143-144). Éste es encontrado en numerosos sitios ubicados al sur de la sierra de



Figura 6. Arroyo del Parral, sierra de San Francisco, B.C.S. Cueva de la Serpiente.

Guadalupe, al oeste de Mulegé. Su nombre se debe al típico panel del sitio denominado La Trinidad (Figura 8); en éste se plasmó un venado que muestra pronunciadas diferencias con aquellos diseños de venados típicos al subestilo de la sierra de San Francisco. En lugar de la zonación bicroma, los pintores prefirieron no rellenar de color o bien sustituir con patrones de cuadrícula. Diseñaron la cornamenta cuidadosamente e incluso, aunque la cabeza invariablemente se presenta de perfil, la cornamenta se muestra en vista frontal, arqueándose hacia adentro más que hacia el exterior, como sucede comúnmente en la sierra de San Francisco. Los cuerpos de los venados fueron hechos con un cuerpo prominente y rabadillas redondeadas con piernas generalmente cortas. Un rasgo distintivo adicional es la presencia de la boca y/o línea de la lengua que en ocasiones se extiende hacia atrás, a través del cuerpo hasta la cola. Mientras



Figura 7. Cueva San Borjitas, sierra de Guadalupe, B.C.S. Figura humana del típico subestilo San Borjitas.



Figura 8. La Trinidad, sierra de Guadalupe, B.C.S. Venado característico del subestilo La Trinidad.

que otras figuras animales y humanas fueron pintadas en los sitios de este subestilo, son difíciles de clasificar estilísticamente con el característico venado de La Trinidad, con excepción de los peces que muestran la misma ejecución linear.

Los subestilos semiabstractos meridionales

Crosby observa que hacia los límites australes de la sierra de Guadalupe, la imaginería naturalista tiende a ser realizada de una manera más abstracta. Los venados, por ejemplo, en ocasiones se representan como largos rectángulos o cuadrículas rectangulares con pequeñas cabezas y diminutas piernas añadidas. El relleno de las formas con color es mucho menos común que más hacia el norte. El rango geográfico del área Gran Mural termina en la sierra de Guadalupe; la imaginería rupestre que se localiza hacia el sur, dentro del estilo de la sierra de La Giganta, consiste en figuras pintadas pero predominantemente abstractas. Los sitios *Southern Semi-Abstract* de la sierra de Guadalupe parecen ser una transición hacia la imaginería abstracta del sur (Crosby, 1984:148).

Límites septentrionales

En las sierras de San Pedro Mártir y San Borja, entre los paralelos 28° y 29°, al norte de las de San Francisco y San Juan se localizan diversos sitios pintados con grandes figuras naturalistas humanas y animales. El uso predominante de pintura roja llevó a Crosby a definirlo como el subestilo Rojo-sobre-Granito (*Red-on-Granite*) para el área (Crosby, 1984). Algunos de los más importantes ejemplos incluyen los sitios de San Pedro, San Matías y

Campo Monte (Figura 9). Muchos de los diseños humanos y animales fueron realizados usando rasgos convencionales muy diferentes a los típicos del Gran Mural, tales como el uso de una paleta monocroma y figuras humanas diseñadas con los brazos hacia abajo.

No obstante, otros sitios en esta área muestran fuertes afinidades con las convenciones del típico subestilo de la sierra de San Francisco, tales como la división vertical bicroma y brazos levantados. Las figuras del sitio Rincón de las Cuevas, por ejemplo, hicieron que Crosby enfatizara: “ellas pueden haber venido directamente de la Sierra de San Francisco” (Crosby, 1984:163). La presencia Gran Mural en Montevideo es particularmente intrigante. Este sitio se caracteriza por la inclusión de un solo antropomorfo típico del subestilo sierra de San Francisco en un panel del subestilo *Northern Abstract*, compuesto principalmente por figuras policromas abstractas (Figura 10).

En resumen, esta área norteña puede ser vista como una zona de transición entre las áreas de los estilos *Gran Mural* y *Northern Abstract*, y en varios sitios se puede percibir la presencia de ambas tradiciones. Las grandes figuras naturalistas, tanto en sus cantidades relativamente bajas como en su divergencia formal de las convenciones de la sierra de San Francisco, tal vez están sugiriendo una influencia derivada del tardío subestilo Gran Mural.

Revisión de la investigación del fenómeno Gran Mural

Las primeras referencias de los murales se encuentran en los registros de los jesuitas del siglo XVIII (Barco, 1988). La era moderna en la investigación de los murales se inicia a finales del siglo XIX, cuando en 1894 Léon Diguët, un químico industrial que trabajaba en la mina de cobre francesa El Boleo, en Santa Rosalía, realizó exploraciones en las sierras de Guadalupe y de San Francisco. Subsecuentemente publicó descripciones de varios sitios murales (Diguët, 1895).

En 1951 Barbro Dahlgren y Javier Romero, bajo los auspicios del INAH, realizaron la primera excavación científica en los depósitos de un sitio Gran Mural, específicamente en la Cueva San Borjitas en la sierra de Guadalupe, al sur de la sierra de San Francisco (Dahlgren y Romero, 1951). En la primera mitad de los años sesenta, el escritor Erle Stanley Gardner patrocinó varias expediciones al área Gran Mural (Gardner, 1962a y b; 1967). En 1962 fue acompañado por Clement Meighan de la Universidad de California, quien investigó cuatro sitios en la sierra de San Francisco: Cueva Pintada (bautizada en ese entonces como “Gardner Cave”), Cueva

de Las Flechas, Cueva del Ratón (denominada Cueva Palmerito), y cueva de La Soledad (referida como Pájaro Negro)(Meighan, 1966, 1969). Los resultados incluyeron la primera fecha de radiocarbono de un sitio Gran Mural, lo cual se discutirá mas adelante (Meighan, 1966).

En los primeros años de la década de los setenta, el escritor Harry Crosby y el fotógrafo Enrique Hambleton iniciaron un reconocimiento pionero del área Gran Mural, documentando docenas de sitios con paneles monumentales que aún no habían sido reportados (Crosby, 1975; Hambleton, 1979). Los primeros trabajos de investigación del INAH en la sierra de San Francisco iniciaron en 1981, e involucraron cinco temporadas de campo para el registro de sitios (García-Uranga, 1983, 1984; Gutiérrez, 1992, con referencias de reportes previos). La década de los ochenta se caracterizó por la publicación de numerosos estudios de los Grandes Murales (particularmente de la sierra de San Francisco), llevados al cabo por aficionados al arte rupestre (Véase Ritter, 1991, para una revisión acerca de este trabajo).

A principios de 1989, un equipo de la Universidad de Barcelona realizó tres temporadas de investigación en sitios Gran Mural de las sierras de San Francisco y Guadalupe. Se excavaron dos abrigos del primer sitio, este trabajo ha sido parcialmente publicado (Castillo *et al.*, 1994; Fullola, Serra y Viñas, 1991; Fullola *et al.*, 1991, 1994a). Los investigadores también reportaron las primeras fechas directas de la imaginería Gran Mural (Fullola *et al.*, 1994b).

Interpretaciones del arte rupestre Gran Mural

Uno de los rasgos más característicos del Gran Mural es el diseño de figuras humanas o animales atravesadas con lanzas, dardos o flechas. Desde que se inició la etapa moderna en la investigación del fenómeno, la presencia de este atributo ha llevado a muchos investigadores a sugerir dos interpretaciones funcionalistas y literales para la imaginería: 1) que los pintores reprodujeron escenas de caza o magia de caza (Diguét en Grant, 1974; Grant, 1974:107; Ritter, 1974:16; Meighan, 1966:390, 1969:68); y 2) que diseñaron escenas de combate o magia de guerra (Diguét en Grant, 1974:27; Grant, 1974:114; Ritter, 1979:395; Crosby, 1984:99). Meighan sugiere que el fenómeno Gran Mural como magia de caza pudo haber sido estimulado por una eventual reducción en el número de piezas de caza, como consecuencia de un incremento en la aridez (Meighan, *ibidem*, 390).

La hipótesis de la *magia de caza* como un modelo viable para la interpretación del arte rupestre ha sido criti-



Figura 9. Campo Monte, sierra de San Borja, B.C. Aquí se manifiesta el subestilo septentrional Rojo-sobre-granito.

cada y rechazada con numerosos elementos fundados (Lewis-Williams, 1982:430; Whitley, 1982) y, como sucede en otras partes, no existen antecedentes en la etnohistoria local y la literatura etnográfica. Esta hipótesis parece debilitarse aún más por patrones inherentes a la imaginería misma. Sobre bases similares, las escenas de combate o hipótesis de magia de guerra pueden ser criticadas.

Los últimos veinte años se han caracterizado por la publicación de una diversidad de trabajos que describen la orientación chamánica de la imaginería Gran Mural. Esta postura se ha basado en la relación de ciertos elementos encontrados en algunos antropomorfos característicos a este estilo, con las descripciones etnohistóricas que hacen referencia a los atuendos de los chamanes peninsulares, así como por un creciente cuerpo de investigación que se ha dado en Norteamérica y en otras partes del mundo en donde se vincula la producción del llamado "arte rupestre" con prácticas chamánicas y temas tales como espíritus animales asistentes, visiones, vuelo del alma, transformación xeriantrópica y recientemente, trance (Jones, 1989; Smith, 1983, 1985a y b; Ritter, 1994:22). Relacionado con lo anterior, otros temas como el color, la orientación cardinal y simbolismo masculino-femenino, y el proceso de iniciación chamánica también han sido explorados (Ewing, 1992; Smith, 1983, 1985a y b). Los vínculos analógicos para estos trabajos en gran parte se basan en una mezcla de fuentes específicas y generales que incluyen información etnohistórica y etnográfica peninsular, información extrapeninsular proveniente del suroeste de Estados Unidos y por supuesto, de la literatura etnográfica mundial.

Mientras que la afirmación general de que la imaginería es de naturaleza chamánica es difícil de contradecir, "la evidencia indicada para (muchos) de estos planteamientos no ha sido acuciosa" (Laylander, 1987:520). En



Figura 10. Montevideo, sierra de San Pedro Mártir, B.C.

otra parte se ha propuesto la contextualización de la imagería Gran Mural, incluyendo sus asociaciones chamánicas, basada en la consideración de específicos conceptos religiosos peninsulares y la práctica ritual (Gutiérrez y Hyland, 1997).

Cronología y filiación cultural

La impresión de los jesuitas Joseph Mariano Rothea y Francisco Escalante, que en algún momento visitaron sitios Gran Mural, fue que las pinturas eran "viejas" (Barco, 1988:221-222). Esta impresión se basó no sólo en la valoración de las características físicas de la imagería, sino de manera más definitiva en las respuestas que obtuvieron de sus informantes cuando les preguntaron acerca de los murales. Los grupos cochimíes locales negaron tener conocimiento acerca de la pintura rupestre y de sus orígenes, atribuyéndola al trabajo de una antigua y ya desaparecida raza de gigantes provenientes del norte¹. Dada la política jesuita de erradicar la religión nativa, la veracidad de tales respuestas está abierta a un cuestionamiento serio.

Poniendo a un lado las subjetivas estimaciones jesuitas acerca de la condición de los murales y el resultado de sus interrogatorios, algunos observadores han sugerido que los murales deben ser considerados relativa-

¹Los mitos relatan que seres gigantes fueron reportados ampliamente en Baja California (Barco, 1988:209-213) y coinciden con las leyendas europeas de los Amazonas de California. Es interesante hacer notar que los seri, localizados al cruce del Golfo en Sonora, también tuvieron mitos relacionados con gigantes y tenían la costumbre de atribuir sitios arqueológicos seri y aun recientes atributos culturales a una antigua raza de gigantes (ver discusión en Bowen, 1976:103-107).

mente recientes (Meighan, 1966:379, 1978:11; Grant, 1974:115; Ritter *et al.*, 1982:53; Crosby, 1984:180-183). Esta premisa se basa en gran parte en el conjunto de artefactos del periodo prehistórico tardío relacionados a la cultura comondú,² que comúnmente se encuentran en los sitios murales y en una fecha de radiocarbono confirmada, la primera para un sitio Gran Mural: AP 1435±80 (Meighan, 1966,1969). Los materiales comondú (Massey, 1966) de los contextos prehistóricos e históricos, están asociados con los cochimíes del periodo del contacto y con sus antecedentes prehistóricos inmediatos. Esta asignación prehistórica-tardía para los murales está reflejada en las designaciones de *Cochimí Representational* (Grant, 1974) y *Comondú Representational* (Ritter, 1986).

La más reciente investigación desarrollada en la sierra de San Francisco (Gutiérrez y Hyland, 1997) produjo una considerable serie de fechas-radiocarbono de diversos contextos arqueológicos, incluyendo sitios Gran Mural. Sólo nueve de estas 81 fechas se colocan antes de 2000 AP, lo que coincide significativamente con la ubicación cronológica del periodo comondú. Las fechas provienen de muestras asociadas a artefactos (metates, lascas, carrizos) con residuos de pintura recuperados en contextos de superficie y depósitos excavados en tres sitios murales de esta sierra.

Sin embargo los primeros fechamientos directos de los murales, recientemente practicados en muestras de Cueva del Ratón, han arrojado cuatro fechas de un amplio rango para un solo panel: 5290±80 AP, 4810±60 AP, 1325±435-360 AP y 295±115 AP (Fullola *et al.*, 1994:3). El análisis de la Matriz de Harris en torno a la sobreposición de las figuras de este panel parece contradecir la secuencia de radiocarbono (Price, 1995: figura 14).

Mientras que la ubicación cronológica precisa del fenómeno Gran Mural aún esta lejos de ser firmemente establecida, la serie de fechas asociadas referidas actualmente constituían un fuerte soporte para la burda asociación temporal sugerida en principio por Meighan (1966), hace cerca de treinta años. Sin embargo, posteriormente se obtuvieron dos fechas directas confiables, provenientes de los paneles de los sitios San Gregorio II y Cueva de La Palma (2985 ± 65 AP, edad calibrada 1410-1030 AC y 3245 ± 65 AP, edad calibrada 1690-1410 AC, respectivamente), en el Arroyo de San Gregorio.

²*Comondú* es el nombre dado a la cultura arqueológica prehistórica tardía e histórica de la parte central de la península y se supone que ha sido asociada con los ancestros directos *cochimíes* del periodo del contacto (Massey, 1966).

Estas fechas registran actividad pictórica Gran Mural por lo menos desde 3300 AP (Gutiérrez y Hyland, 1997).

Conclusiones

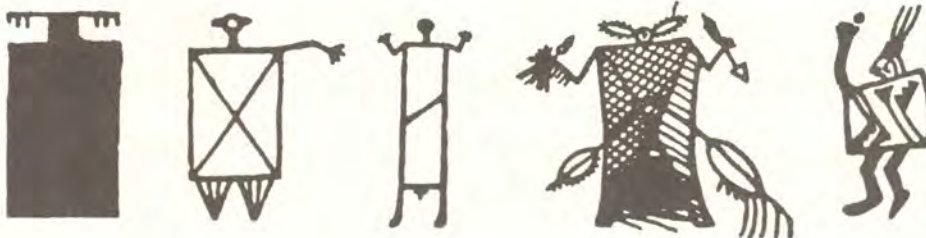
Actualmente el estudio de las tradiciones rupestres peninsulares va en aumento. Sin embargo, la enorme cantidad de sitios pintados y grabados y las vastas áreas donde se manifiestan constituyen un reto para la investigación arqueológica de esta región del país. Aun cuando existen burdas definiciones de los principales estilos y subestilos, es evidente que se requiere profundizar más en aspectos como los atributos que definen dichos estilos y sus distribuciones geográficas, para así estar en condiciones de establecer con mayor precisión sus límites, áreas de contacto y transición, e interrelación con el resto de contextos arqueológicos con los que están estrechamente relacionados. De este modo, además de lograr una comprensión más acabada del arte rupestre y la arqueología peninsular, estaremos en condiciones de proponer estrategias viables y eficientes para la preservación de esta importante herencia cultural.

Bibliografía

- Alt, A. y W. H. Breece, "The rock art of Tinaja de Refugio", en *Seven Rock Art Sites in Baja California*, C. W. Meighan y V. L. Pontoni (eds.), Socorro, New Mexico, Ballena Press, 1978, pp. 72-89.
- Barco, M. D., *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Bowen, T., "Seri prehistory: the archaeology of the central coast of Sonora, Mexico", en *Anthropological Papers of the University of Arizona* 27, 1976.
- Castillo, V., J. M. Fullola, A. Petit, A. Rubio y M. Bergadà, "Arte y arqueología prehistóricos de la península de Baja California (México)", en *Homenaje al Dr. Joaquín González Echeagaray*, J. M. Lasheras (ed.), Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografías núm. 17, Ministerio de Cultura, Santander, 1994, pp. 325-336.
- Crosby, H. W., *The Cave Paintings of Baja California: The Great Murals of an Unknown People*, Copley Books, Salt Lake City, 1975a.
- , "Red-on-granite rock painting in the Sierra de San Borja, Baja California", en *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 11(1), 1975b, pp. 35-42.
- , "Convention and variation in the Great Mural rock paintings of pre-historic Baja California", en *Baja California Symposium* 13, 1975c.
- , *The Cave Paintings of Baja California*, La Jolla, California, Copley Books, 1984.
- Dahlgren, B. y J. Romero, "La prehistoria bajacaliforniana: Redescubrimiento de pinturas rupestres", en *Cuadernos Americanos*, 58(4), 1951, pp. 153-177.
- Diguet, Léon, "Note sur la pictographie de la Basse-Californie", en *L'Anthropologie*, v, Paris, 1895, pp. 160-175.
- Ewing, E., "Cueva Flechas: A shamanic initiation site in Baja California", en *Rock Art Papers*, San Diego Museum Papers, 28, vol. 9, 1992, pp. 5-26.
- Fullola, J. M., M. M. Bergadà, V. Castillo, M. A. Petit y A. Rubio, "Comunidades pre-hispánicas de Baja California", en *Investigación y Ciencia* (211), 1994b, pp. 8-15.
- Fullola, J. M., V. Castillo, M. A. Petit y A. Rubio, "The first rock art datings in Lower California (Mexico)", en *International Newsletter on Rock Art*, 9, 1994a, pp. 1-4.
- Fullola, J. M., V. Castillo, M. A. Petit, A. Rubio, E. Sarrià y R. Viñas, "Avance de los resultados de estudio de los grandes murales de las sierras de Guadalupe y San Francisco y de la campaña de excavaciones en el yacimiento de 'La Cueva' (Baja California Sur, México)", en *Boletín del Consejo de Arqueología* 1990, 1991, pp. 114-120.
- Fullola, J. M., M. C. Serra y R. Viñas, "Informe sobre el proyecto arqueológico 'Estudio socio-cultural de las comunidades pre-hispánicas de la península de Baja California', en *Antropológicas* 6, 1991, pp. 83-84.
- García-Uranga, B. L., *Informe sobre los trabajos correspondientes a la primera temporada de campo del subproyecto de localización y registro de sitios con pintura rupestre y/o petroglifos en la península de Baja California, México*, Mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1983.
- , *Informe de los trabajos realizados durante la primera temporada de campo del proyecto localización, registro y estudio de sitios con pintura rupestre y/o petroglifos en la península de Baja California, México*, Mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1984.
- Gardner, E. S., *The Hidden Heart of Baja*, Wm., Morrow, New York, 1962a.
- , "The case of the Baja California caves: A legendary treasure left by a long lost tribe", en *Life* 53(3), 1962b, pp. 56-64.
- , *Off the beaten track in Baja*. Wm., Morrow, New York, 1967.
- Grant, C., *Rock Art of Baja California*, Los Angeles, Dawson's Book Shop, 1974.
- Gutiérrez M., Ma. de la Luz, *Informe de los trabajos realizados durante la primera temporada de campo del proyecto localización, registro y estudio de sitios con pintura rupestre y/o petroglifos en la Sierra de San Francisco, Baja California*

ARQUEOLOGÍA

- Sur, México*, Mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991.
- , *Informe de los trabajos realizados durante la segunda temporada de campo del proyecto localización, registro y estudio de sitios con pintura rupestre y/o petroglifos en la Sierra de San Francisco, Baja California Sur, México*, Mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1992.
- Gutiérrez M., Ma. de la Luz y J. R. Hyland, *Informe Técnico Final del proyecto Arte Rupestre de Baja California Sur*, Mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología del INAH, 1997.
- Hambleton, E., *La Pintura Rupestre de Baja California*, Ciudad de México, Fomento Cultural Banamex, 1979.
- Jones, B. M., Jr., "Shamanistic elements in Sierra de San Francisco rock art", en *Rock Art Papers*, San Diego Museum Papers, 26, vol. 7, 1990, pp. 11-18.
- Kaufman, T. S., "The Los Pozos rock art site", en *Seven Rock Art Sites in Baja California*, en C. W. Meighan y V. L. Pontoni (eds.), Socorro, New México, Ballena Press, 1978, pp. 89-124.
- Laylander, D., *Sources and Strategies for the Prehistory of Baja California*, MA, San Diego State University, 1987.
- Lewis-Williams, J. D., "The economic and social context of southern San rock art", en *Current Anthropology* 23, 1982, pp. 429-449.
- Lewis-Williams, J. D. y T. A. Dowson, "The signs of all times: entoptic phenomena in Upper Paleolithic art", en *Current Anthropology* 29, 1988, pp. 201-245.
- Massey, W. C., "Archaeology and ethnohistory of Lower California", en *Archaeological Frontiers and External Connections*, G. F. Eckholm y G. R. Willey (eds.), *Handbook of Middle American Indians*, vol. 4, R. Wauchope (general editor), Austin, University of Texas Press, 1966, pp. 38-58.
- Meighan, C. W., "Prehistoric rock paintings in Baja California", en *American Antiquity* 31, 1966, pp. 372-392.
- , *Indian Art and History: The Testimony of Prehistoric Rock Paintings in Baja California*, Los Angeles, Dawson's Book Shop, 1969.
- , "Analysis of rock art in Baja California", en *Seven Rock Art Sites in Baja California*, C. W. Meighan y V. L. Pontoni (eds.), Socorro, New Mexico, Ballena Press, 1978, pp. 1-18.
- Ritter, E. W., "Prehistoric hunting patterns inferred from rock art in central Baja California", en *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 10(1), 1974, pp. 13-18.
- , *An Archaeological Study of South-Central Baja California, Mexico*, tesis doctoral, University of California, Davis, 1979.
- , "Interpreting the rock art of La Trinidad, Baja California, Mexico with regional behavioral implications", en *American Indian Rock Art, Volume 10*, A. J. Bock y F. Bock (eds.), El Toro, California, American Rock Art Research Association, 1986, pp. 157-173.
- , "Baja California Rock Art: Problems, Progress, and Prospects", en *Rock Art Papers, Volume 8*, K. Hedges (ed.), San Diego Museum Papers 27, 1991, pp. 21-36.
- , "A petroglyph complex of the Sierra de San Francisco", en *Rock Art Papers, Volume 10*, K. Hedges (ed.), San Diego Museum Papers, 1993, pp. 81-102.
- , "Explaining regional differentiation in central Baja California rock art", en *Rock Art Papers*, K. Hedges (ed.), San Diego Museum Papers, 30, vol. 11, 1994.
- , "Marine, terrestrial, and geometric representations within the rock art of the Concepción peninsula, Baja California, Mexico", en *American Indian Rock Art*, edited by F. G. Bock, El Toro, California, American Rock Art Research Association, 1982, pp. 38-58.
- Smith, R., "Color encoding sequences and the pursuit of meaning in the Great Mural rock art of Baja California", en *Rock Art Papers*, K. Hedges (ed.), San Diego Museum Papers, 16, vol. 1, 1983, pp. 17-24.
- , "Rock art of the Sierra de San Francisco: An interpretive analysis", en *Rock Art Papers*, K. Hedges (ed.), San Diego Museum Papers, 18, vol. 2, 1985a, pp. 33-54.
- , "The Cochimí ritual landscape", en *Earth and Sky: Papers from the Northridge Conference on Archaeoastronomy*, A. B. a. T. Hoskinson (ed.), Thousand Oaks, California, Slo'w Press, 1985b, pp. 163-185.
- Whitley, D. S., "Shamanism, natural modeling and the rock art of far western North American hunter-gatherers", en *Shamanism and Rock Art in North America*, vol. Special Publication 1, San Antonio, Rock Art Foundation, Inc., 1994b, pp. 1-43.



José de la Cruz Pacheco Rojas

El norte de México. Una historia en construcción

Hasta hace pocos años, el interés por el estudio y la valoración de la cultura de la vasta porción del norte mexicano habían estado relegados a un segundo término, en relación con la preeminencia de la atención brindada desde finales del siglo XIX al centro y sur de nuestro país, como si se tratara de dos naciones o, en el mejor de los casos, de dos porciones de una nación cuyo desenvolvimiento histórico se ha forjado a partir de diversos procesos que han marcado sus diferencias.

Desde esa perspectiva, es justo reconocer que al calor de la comprensión del sentido de nación hemos podido desarrollar —a partir de las investigaciones históricas y de las culturas mexicanas y por ende del reconocimiento a su diversidad y pluralidad— una nueva concepción de los procesos históricos, culturales y sociales que han marcado las diferencias de percepción sobre el tipo de país que se ha ido conformando a partir de diversas matrices históricas.

El planteamiento anterior invalida de alguna forma el pensamiento tradicional de valoración de las expresiones culturales regionales de nuestro país, en muchos casos fuertemente cargado de expresiones chovinistas que rayan en la simplificación de los hechos históricos, al grado de asumir posiciones maniqueas que niegan o sobrealoran la contribución de ciertas regiones en la configuración de nuestra nación, sin reconocer la diversidad que nos caracteriza. Si bien en el fondo impera una noción de un doble bloque espacial que ha contribuido históricamente en la conformación de nuestro país, el punto central de la cuestión no es en qué medida lo han hecho, sino cuáles han sido sus aportes en los diversos procesos.

De ahí que debemos reconocer la contribución histórica de las distintas regiones en la forja de nuestra nacionalidad en función de tiempos y circunstancias históricas particulares, especialmente tratándose de un territorio tan vasto como diverso, tan rico en tradiciones, etnias y culturas. De este modo resulta congruente pensar efectivamente en dos grandes componentes que dan cuerpo, estructura, a nuestro país, el sur y el norte, cuyos aportes están marcados por el tiempo. Así, todo pareciera indicar que el sur es decisivo en la conformación del México virreinal, en tanto que el norte pareciera irrumpir tardíamente en el escenario histórico, a finales del siglo XIX y ante todo durante el siglo XX a partir de la Revolución mexicana. Pero esto sólo es una percepción engañosa, en realidad se trata de dos grandes bloques históricos que deben de concebirse como dos grandes componentes de la nación mexicana.

Ello significa reconocer en su justa dimensión las contribuciones de estos dos grandes componentes históricos; aquí nos interesa sobre todo destacar las aportaciones del norte de México puesto que el sur ha sido vastamente equilatado en ese sentido. El norte, en cambio, considerado por la historiografía tradicional como un área marginal más que decisiva en los procesos de conformación nacional, ha sido relegado a un segundo plano. De ahí que resulte conveniente destacar las características relevantes de los procesos históricos que caracterizan a la porción septentrional en su contexto más amplio, espacial y temporal.

De ese modo, es importante destacar, en primer lugar, que la conformación histórica del norte de México



Indígena de perfil, Santa Fe, California, ca. 1890-1900 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 466 882)

se estructura a partir de tres procesos fundamentales, a saber: las misiones, los reales mineros y los presidios. Tres instituciones que constituyeron la parte articular, estructurante, de la sociedad nortea que le dio carácter desde la época virreinal. En torno de estos procesos gira, en primer lugar, la conformación histórica del norte; en segundo término, la integración del territorio de la Nueva España, y sobre todo, la definición de los límites y la frontera septentrional de nuestro país como resultado de los procesos históricos anteriores.

A partir de los ejes articuladores que rigen los procesos de conformación del norte, que le dan unidad como un todo vasto y diverso, es posible entender cómo el septentrión se erige no como un área marginal, lejana, que subsidia en el mejor de los casos el desarrollo económico de Nueva España, sobre todo con la minería durante buena parte del periodo colonial, sino y ante todo como una porción fundamental que hizo posible sostener la estructura virreinal. Como se sabe, una vez agotadas las riquezas previamente acumuladas por las antiguas civilizaciones del México central, que fueron la

fueron la fuente principal del saqueo puesto en marcha por los primeros conquistadores españoles, luego de esquilmar hasta aniquilar a la población indígena a través del trabajo forzado y las encomiendas, los españoles se vieron obligados a buscar nuevas fuentes de riqueza, de preferencia para saquear. En su búsqueda se internaron en tierras desconocidas pero llenas de fantasías y de legendarias ciudades rebosantes de tesoros, anticipando así el posterior descubrimiento de ricos yacimientos mineros que habrían de cambiar el sentido original de la conquista. La minería se convirtió a partir de ese momento en el componente estructural más importante de la Nueva España, transformando incluso los sistemas de producción y la estructura social.

El norte estaba poblado por un universo de naciones que se encontraban dispersas a lo largo y ancho de su indeterminado territorio. Para conquistarlos y poder someterlos luego a trabajar en las minas o haciendas productoras de alimentos y de artículos para el abasto de los centros mineros, hubo que recurrir al sistema de misiones como el recurso más eficaz para el control, sometimiento y transformación de las etnias nativas a la vida religiosa, social y costumbres de los españoles. Si bien las misiones fueron ante todo centros donde se operó el cambio cultural más profundo de los indígenas, dirigido desde luego por los misioneros, estos espacios se convirtieron en bastiones de avanzada de poblamiento de las nuevas posesiones españolas, al tiempo que sirvieron en muchos de los casos como centros de abasto de mano de obra de los reales de minas más cercanos. Más allá de estas funciones instrumentales, el sistema de misiones contribuyó sustancialmente en la transformación cultural e integración de los indígenas de la región al régimen colonial español.

Los presidios, esas unidades militares y de poblamiento que también fungieron como centros de avanzada del régimen virreinal en el septentrión, se erigieron para proteger a los reales mineros y las misiones de los constantes ataques de los indígenas que permanecieron en rebeldía durante todo el periodo colonial. En su desarrollo fueron resguardando a los reales mineros y a las misiones de acuerdo con sus funciones originales, pero en la medida en que se consolidaron las posesiones españolas en el norte, se fue definiendo un cordón militar fronterizo que se reforzaría a finales del siglo XVIII ante la amenaza creciente de la expansión anglosajona, las exploraciones y el comercio rusos. Ello derivó en gran medida en la delimitación de la ulterior frontera con Estados Unidos de América, al ser el extremo septentrional mejor resguardado, en tanto que las regiones allende

del río Bravo y Colorado, más endebles en la ocupación real del territorio, menos integradas a la estructura de dominación virreinal, quedaron expuestas a los deseos expansionistas de los mensajeros de la doctrina del *destino manifiesto*.

Así pues, los reales de minas, el sistema de misiones y los presidios constituyeron un todo que caracterizó el proceso histórico de conformación del septentrión novohispano durante la mayor parte de la época colonial, lo que hace posible definirla como una unidad cultural y social con características e identidad propias, diferente al sur de nuestro país. Permiten concebirla como una extensa región cultural que contribuyó, como se ha bosquejado, en la integración del territorio norteño a la Nueva España, primero, y a la definición de la frontera con los Estados Unidos, más tarde. Asimismo, el papel que ha desempeñado el norte a partir de la guerra de 1847 con los expansionistas norteamericanos, como bastión en la defensa de la nación mexicana, parece reconocérsele poco, al tiempo que a partir de ese momento la región norteña se convirtió en un componente decisivo en las relaciones con Estados Unidos y el resto del mundo, pasando de un área marginal al escenario primordial de las relaciones de México con el exterior en los planos económico, social, cultural y político.

La irrupción del norte en los procesos de construcción de nuestra nación, como se puede apreciar, datan desde la época misma en que inició la forja de los componentes históricos de nuestro país, pero ante todo, como unidad cultural reconocida entró en los escenarios nacionales en el siglo XIX como protagonista de las grandes contiendas en defensa de la nación, especialmente durante la guerra de Estados Unidos con México, la intervención francesa y el Segundo Imperio, para luego transformarse en un área de penetración de capitales extranjeros e ideologías, principalmente de origen norteamericano, que lo situaron desde entonces en el escenario internacional, sobre todo en el orden económico. El siglo XX, podemos afirmar con toda certeza, es el siglo en que el norte consolidó su presencia en los procesos históricos nacionales e ingresó como actor principal en la definición de los nuevos componentes: la modernidad y el sistema democrático, así como la apertura de nuestro país al mundo a partir de una sociedad más dinámica.

De ahí la necesidad de una redefinición del norte de México a partir de los procesos históricos que hicieron posible su estructuración, vinculados desde luego a la conformación y desenvolvimiento histórico de nuestra nación. Al mismo tiempo es importante tener presente



Niña indígena, Santa Fe, California, ca. 1890-1900 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 466 895)

el carácter diverso, pluricultural, que ha dado pie a la formación de regiones que se reconocen como grandes bloques culturales a partir de rasgos histórico sociales que permiten definir los elementos de su identidad. Por ello no resulta gratuito hoy en día hablar de tres regiones norteñas principales: el norte, el noroeste y el noreste.

Bajo este planteamiento conceptual, si se quiere teórico, se han emprendido diversos programas de investigación sobre el patrimonio histórico y cultural del norte de México impulsados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia a través de sus representaciones en los estados norteños, con el fin de valorar el vasto patrimonio que posee dicha región. Así es como han venido fraguándose los proyectos de investigación del Camino Real de Tierra Adentro y de la Ruta de las Misiones del Noroeste. También el proyecto Las Regiones Indígenas de México en el nuevo milenio se inscribe en una concepción amplia de región cultural más que en la noción

étnica tradicional, y ha empezado a contribuir de manera muy importante al conocimiento de la cultura indígena del norte. Aquí nos dedicaremos a hacer un breve recuento de las implicaciones que han tenido los dos primeros proyectos, que son lo que conozco mejor, en el conocimiento y la valoración de la cultura y la historia norteña.

El Camino Real de Tierra Adentro

Haciendo eco a las inquietudes expresadas por un grupo de especialistas en antropología e historia de la región, la Dirección General del INAH decidió apoyar la iniciativa de emprender un programa de investigaciones vinculado al Camino Real de Tierra Adentro. Así, en 1995 el National Park Service, la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, el Bureau of Land Management y el INAH convocaron a académicos del norte de México y sur de Estados Unidos al I Coloquio Internacional El Camino Real de Tierra Adentro, que se efectuó en una de las poblaciones tradicionales de la ruta histórica, en Valle de Allende, Chihuahua. Entre los resultados más sobresalientes de este primer encuentro binacional, destaca el acuerdo de emprender diversos proyectos de investigación entre las instituciones participantes en materia de arqueología, antropología, historia y conservación del patrimonio cultural del norte de México y sur de los Estados Unidos, así como impulsar el reconocimiento de la ruta histórica en ambos países, preámbulo del reconocimiento de sendero histórico mundial. A la fecha, el coloquio va en su séptima edición y se ha convertido en una tradición académica y de encuentro cultural en la que se ha ido incorporando la sociedad en reconocimiento paulatino de las diversas expresiones de su identidad. Asimismo, durante el tiempo transcurrido del hoy denominado Programa Regional El Camino Real de Tierra Adentro, las aportaciones al conocimiento de la cultura y la historia de esa parte del norte son definitivamente muy importantes, aunque todavía difíciles de sistematizar y dimensionar.

El Camino Real de Tierra Adentro es sendero histórico que comunicaba a la Ciudad de México, capital del Virreinato de Nueva España, con la ciudad de Santa Fe, provincia de Nuevo México, en un recorrido de más de dos mil kilómetros. En su curso pasaba por las ciudades de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Chihuahua, El Paso del Norte, Albuquerque y Santa Fe, así como muchas otras poblaciones importantes que desempeñaron un papel relevante en la conformación histórica de la región nor-

te. En el proceso de construcción histórica, el Camino Real se desarrolló estrechamente asociado a la dinámica y las instituciones de expansión española en el septentrión. Como se ha dicho, los reales mineros, las misiones y los presidios constituyeron la triada de instituciones que forjaron el norte. El Camino Real se convirtió desde las primeras exploraciones de reconocimiento y conquista españolas en el conducto natural por el que fluyeron soldados, misioneros, mercancías, animales, tecnología, libros, imágenes religiosas, obras de arte, oro, plata, nuevas etnias, en fin todos aquellos elementos humanos y materiales que participaron en la formación del norte.

La traza de la ruta estuvo condicionada en gran medida al descubrimiento de los yacimientos mineros, a la fundación de reales de minas, el establecimiento de estancias agrícolas y ganaderas, la creación de villas, centros administrativos y políticos, erección de misiones y presidios. En algunos casos, es cierto, fueron reutilizados tramos de la antigua Ruta de la Turquesa, que habían trazado los indígenas del vasto noroeste para intercambiar diversos productos provenientes del área mesoamericana. Pero, sobre todo, el Camino Real de Tierra Adentro se proyectó como una construcción histórica que abrió la puerta a los procesos que estructuraron el septentrión, concebido como la fase decisiva en la definición cultural del norte. Bajo esta perspectiva, el desenvolvimiento de los procesos que intervinieron en su conformación sentaron las bases para la erección de una nueva sociedad y una nueva cultura, en las cuales el Camino Real fungió como elemento central, estructurante, por ser la vía de comunicación más importante en el norte, debido a su relevancia económica para el virreinato. La geografía, la ocupación del espacio por las etnias nativas, como de las fundaciones españolas, contribuyeron a reforzar el papel centralizador de la ruta histórica.

La construcción de la ruta ocurrió paralela o en muchos de los casos simultánea a las empresas de conquista española. Por ello, aunque así pareciera, su traza original no fue lineal, sino más bien eslabonada y definitiva, aparentemente regular, que surcó las grandes planicies del Altiplano Central, del Bajío y de la Mesa del Norte, resultado de la conjunción de los procesos históricos que intervinieron en la configuración del extenso norte. La construcción de la ruta física misma estuvo condicionada por las etapas del avance de los conquistadores, y no por la elección de la mejor topografía para la traza. En realidad, para poder penetrar en los ignotos territorios de Tierra Adentro, como así llamaban a las tierras norteñas, los españoles tuvieron que dar la vuelta hasta el Occidente para poder romper el cerco inexpugnable que



Gerónimo, jefe de los apaches chiricahuas, acompañado, Tombstone, Arizona, ca. 1886 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 422 782)

oponían las bandas de guerreros chichimecas, quienes les impedían penetrar en busca de riqueza. También en el intento por llegar a las legendarias ciudades de la Gran Quivira y Cíbola y la región de las Amazonas, rodearon por la planicie costera de la mar del sur y el Golfo de Cortés, pudiendo, de haberlo permitido los pobladores de la Gran Chichimeca, haber hecho el viaje de exploración por tierra adentro, acortando enormemente la distancia. Gracias a ello fueron conocidos los amplios territorios del noroeste, provocando al mismo tiempo el interés por explorar el Golfo de California, abriendo así la posibilidad para futuras incursiones de conquista.

El interés por conocer y conquistar al norte, que comenzó con una quimera, condujo a los españoles a buscar romper el cerco indígena de la confederación chichimeca en 1542, al enfrentar a los indígenas cazcanes y sus aliados en la Guerra del Mixtón. Con el triunfo español en esta batalla, decisiva en la historia ulterior del norte, dio inicio el desencadenamiento de los procesos conformadores de esta región. El primero de ellos fue el descubrimiento de las minas de Zacatecas en 1546,

y con ello la fundación del Real de Minas de Zacatecas. Dicha fundación marcó un hito en el avance español hacia el norte, por la importancia económica que significó para la elite de la Nueva Galicia, como para las autoridades del virreinato interesadas en ampliar las posesiones reales, pero también desde el punto de vista poblacional, defensivo, pero ante todo como centro dinámico en la expansión española hacia tierra adentro.

En primer lugar, el descubrimiento de Zacatecas acortó el acceso a la Ciudad de México utilizando una ruta más corta, asegurada por el nuevo poblamiento que en unos cuantos años resultó de mayor tamaño e importancia que Guadalajara, capital de la provincia de Nueva Galicia. Con el nuevo tramo quedó establecido lo que se ha dado en llamar el Camino de la Plata, que unía a los reales mineros de Zacatecas, Pinos, Ojuelos, San Luis Potosí, Guanajuato y el centro político administrativo de Querétaro con la capital del virreinato. Este entramado de ricas poblaciones, además de la alta producción de granos en la región de El Bajío, adquirió un peso enorme en la dinámica económica y social de la Nueva España, que

la transformó en una zona fuertemente ligada a los intereses primordiales de la corona española como productora del mayor volumen de plata en la provincia. Este hecho la separó en gran medida del desarrollo posterior del resto del norte, quedando más orgánicamente integrada a los intereses económicos y a la dinámica socio-cultural impuesta por las autoridades del virreinato.

El Real de Minas de Zacatecas se convirtió también en un eslabón decisivo en la dinámica expansionista de los conquistadores españoles. De este punto se emprendieron las grandes campañas de exploración y conquista que permitieron conocer e integrar las porciones del norte y noroeste a la Nueva España. El descubrimiento de nuevos reales mineros, el establecimiento de centros productivos y de población, algunos de administración y de control político, consiguieron una rápida integración del espacio recién ocupado. En 1554 partió Francisco de Ibarra de ese mismo lugar a explorar, fundar pueblos y explotar las minas que él descubriera en el territorio situado al norte de los minerales de San Martín y Avino; de esta campaña resultó el reconocimiento de la geografía de los actuales estados de Durango, Chihuahua, Sinaloa y Sonora, así como la emergencia de una nueva entidad política que daría estructura y coherencia a la integración del espacio septentrional a la Nueva España, la formación de la provincia de Nueva Vizcaya. A ella quedaron integrados los territorios de la mesa del norte y el noroeste.

La creación de la Nueva Vizcaya derivó en la integración de las otras dos grandes instituciones forjadoras del septentrión: las misiones y los presidios. Si bien es cierto que ya existían desde varios años antes, adquirieron sin embargo una importancia mayor como elementos de la estructura de una sociedad en conformación, que no podía recurrir a las instituciones que habían sido creadas en el sur del virreinato, porque la realidad sobre todo etnográfica y cultural era radicalmente distinta. Al mismo tiempo marcó las bases para el surgimiento de una sociedad con características propias, por tanto diferentes al resto de Nueva España, que permitieron concebirla como una región cultural configurada en torno del Camino Real, en tanto expresión tangible, articuladora de los procesos históricos que le dieron estructura.

A partir del reconocimiento de los procesos históricos anteriores, que condujeron necesariamente a la definición de una región cultural con marcadas expresiones de identidad, se planteó desarrollar el proyecto del Camino Real de Tierra Adentro. Más allá de las nociones de la historiografía tradicional y de la valoración de la cultura que se hace a nivel de cada una de las entidades federati-

vas, que suelen rayar todavía en un chovinismo ajeno a la recuperación de la conciencia y el sentimiento nacionales. Más bien, apoyados en las obras de nuestros colegas antropólogos e historiadores contemporáneos que percibimos la historia y la cultura en función de sus expresiones de largo alcance espacial y temporal, no confinados a los límites jurídico políticos de los estados.

Bajo ese enfoque se trata de estudiar el norte, en este caso particular la porción de tierra adentro, atendiendo los grandes procesos históricos que la conformaron. Para ello se ha tomado como punto de partida la definición de la región cultural que en nuestra opinión comparte rasgos culturales comunes como resultado del devenir histórico resultante de poco más de tres siglos de vigencia del Camino Real. De este modo, de acuerdo con especialistas en arqueología, antropología, historia y conservación de la cultura material del norte de México y sur de los Estados Unidos, se convino en la definición de la región cultural binacional que comprende los estados de Zacatecas, Durango y Chihuahua, parte de Texas y Nuevo México, donde se encuentran manifestaciones culturales comunes desde la época prehispánica como parte del corredor de la Ruta de la Turquesa, de la cultura anazasi y de filiaciones etnográficas. En la parte histórica colonial y reciente resulta más fácil dar cuenta de los rasgos comunes de esta región, que preserva un vasto patrimonio tangible e intangible que son los que le siguen dando vitalidad hoy día, a pesar de la frontera internacional y de los prejuicios racistas anglosajones.

El proyecto del Camino Real de Tierra Adentro tiene por objetivo investigar el patrimonio histórico y cultural material e intangible y propiciar, donde ello sea posible, la puesta en valor a fin de fortalecer los lazos de identidad regional. Estas tareas son posibles diseñarse como propósitos de investigación y de conservación gracias a las funciones sustantivas que definen al INAH, que permite a los estudiosos desarrollar proyectos donde pueden ver sus resultados aplicados en beneficio de la sociedad. A la fecha podemos mencionar algunos de los resultados en el ámbito de la investigación arqueológica, histórica y de conservación del patrimonio cultural, a partir de 1995, a saber: el estudio interdisciplinario de los sitios arqueológicos de Alta Vista, en Zacatecas, La Ferrería, en Durango, El Carrizal, Paquimé y Galeana, en Chihuahua y Mesa Verde, en Nuevo México; la elaboración del catálogo de monumentos históricos del Camino Real, la realización de estudios históricos específicos sobre el proceso de poblamiento, la cultura material en los reales mineros, entre otros, así como el catálogo de los archivos y bibliotecas de la ruta; en conservación destaca la

HISTORIA



Ciudad de Durango, vista parcial, ca. 1910-1920 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 355 201)

puesta en valor del sitio arqueológico de La Ferrería, la inauguración de los museos de las zonas arqueológicas de La Quemada y Paquimé, la realización del Seminario Internacional de Arquitectura de Tierra que se convoca cada año y diversos proyectos de rescate y restauración; en las actividades de difusión destaca el Coloquio Internacional del Camino Real de Tierra Adentro que se ha convertido en una tradición académica regional.

La Ruta de las Misiones del Noroeste de México

La ruta de las misiones es ante todo una noción conceptual, una construcción teórica que busca dar coherencia a una realidad histórica que puede ser captada como una unidad, al mismo tiempo evoca un sendero, una cadena cuyas piezas están articuladas. Ante todo se parte del reconocimiento de una realidad histórica que imperó en el

noroeste por poco más de dos siglos. En efecto, las misiones fueron las instituciones españolas de conquista más importantes en esa vastísima porción del norte de México, en ellas recayó no sólo la evangelización de los indígenas de la región, sino sobre todo la ocupación real, efectiva, del territorio reclamado como parte de las posesiones del imperio español. En ausencia de autoridades civiles y eclesiásticas, los misioneros ejercieron funciones y facultades que los convirtieron en amos y señores de la región, erigiendo por más de un siglo una forma social cuyos componentes estructurales eran regidos desde el orden espiritual. Las misiones constituyeron también las instituciones de avanzada más eficaces del imperio español, hicieron las veces de instituciones de frontera con las naciones no sometidas a la dominación espiritual o militar. También las misiones se convirtieron en los únicos centros para la introducción de técnicas y conoci-

HISTORIA

mientos agrícolas, artesanales, arquitectónicos, aprovechamiento de animales para carga, tiro y alimentación que transformaron radicalmente la vida y costumbres de los nativos. En suma, las misiones fueron ante todo centros de cambio cultural dirigido.

La historia colonial temprana del noroeste está llena de expediciones que en el ámbito de la burocracia del naciente régimen virreinal despertaron grandes expectativas por la localización de riquezas abundantes y fáciles de apropiarse. Si bien el avance logrado por Nuño de Guzmán hasta Culiacán, fundada por él en 1531, pareció a los ojos de muchos conquistadores que había abierto los cauces de nuevas y promisorias aventuras para hacerse de grandes fortunas. Provocó, eso sí, expediciones que redundarían sobre todo en el conocimiento geográfico del Golfo de California y del Océano Pacífico, primero, y más tarde del litoral, la llanura costera y los territorios de los actuales estados de Sonora y Arizona. Nuño de Guzmán no pudo consolidar la fundación española de Culiacán por la falta de hombres y porque no resultaba de ningún interés material para sus huestes, más allá de representar una avanzada en las posesiones y poblamientos propiciados por él para ganar terreno ante sus enemigos de la real audiencia, por lo cual el endeble surgimiento de esta nueva población pronto se vería opacado por el abandono de sus habitantes. No obstante, Culiacán se convirtió en el centro dinámico de mayor importancia en todo el noroeste a partir del cual se emprendieron expediciones para la búsqueda de regiones lejanas cargadas de fantasías, que dominaron la mentalidad de muchos españoles ambiciosos hasta mediados del siglo XVI. En realidad correspondió a Francisco de Ibarra repoblar y sentar las bases para la consolidación de la Villa de San Miguel de Culiacán a partir de 1563; por cierto es justo reconocer que le puso mayor atención que a Durango, sede de la naciente provincia de Nueva Vizcaya, quien más bien se dedicó a buscar minas, fundar pueblos y reforzar los establecidos por Nuño de Guzmán, como Chiametla.

Durante ese lapso, Culiacán se convirtió en el punto de partida de las más grandes empresas descubridoras del extremo noroeste. En 1533, la llegada del naufrago de las grandes planicies, Núñez Cabeza de Vaca, a esa villa, provocó una avalancha de expedicionarios y aventureros, algunos de ellos auspiciados por el propio virrey Francisco de Mendoza, que prolongaron la permanencia del nuevo establecimiento por más tiempo, colocando a Culiacán en un punto estratégico para la expansión española en la región recién descubierta. A partir de ese momento se realizaron las expediciones de descubrimien-

to más ambiciosas llevadas a cabo en el norte de la naciente Nueva España, que dejaron configurada la geografía del septentrión. Las odiseas realizadas por fray Marcos de Niza y Francisco Vázquez de Coronado en pos del descubrimiento de Cíbola y la Gran Quivira significaron una enorme contribución. Después de estos hechos los españoles se retrajeron al centro del virreinato y a la parte nuclear de la provincia de Nueva Galicia, en tanto que el desarrollo de la región del altiplano de Nueva Vizcaya tendió a consolidarse; el noroeste siguió su curso histórico por separado, en buena medida a causa del poco interés que mostraron los conquistadores y las autoridades virreinales.

Posteriormente, con la llegada de los jesuitas a la ya denominada provincia de Sinaloa, en 1591, dio inicio la fase histórica que forjó el noroeste como unidad cultural regional. El arribo a la villa de San Felipe y Santiago de los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez ese año, marcó una nueva era en la historia de la expansión española fundada más en la fuerza espiritual que en la de las armas, más producto del influjo de las ideas humanistas y de los prejuicios de la época en apoyo a los proyectos imperiales. La provincia de Sinaloa se transformó en el centro de operaciones, en el centro pionero del arranque de las misiones en el noroeste. De ahí salieron a misionar en los territorios más cercanos, entre las etnias cahitas y tahues, para luego internarse en la sierra logrando un cierto éxito en las labores de evangelización y reducción de los indígenas a la vida sedentaria. De los primeros trabajos destaca la misión de Sinaloa y la serie de visitas que realizaron a las rancherías de la comarca, así como la fundación de las misiones de Santa Cruz de Topia y San Andrés, erigidas desde Culiacán en territorio duranguense, para la evangelización de los acaxeos y xiximes.

La etapa fundacional de las misiones de Sinaloa terminó dramáticamente con la muerte del padre Gonzalo de Tapia, en 1594, producto del rechazo indígena a la nueva religión y al tipo de sociedad y costumbres que trataban de imponerles los misioneros jesuitas. Con esa labor inicial se dieron sin embargo los primeros pasos en la formulación de un nuevo sistema religioso social que constituiría la institución más importante del noroeste. En 1592 habían llegado otros dos misioneros, Álvaro de Santiago y Juan Bautista de Velasco, a quienes se les unió Hernando de Santarén. A partir de ese momento la actividad de los evangelizadores se desplaza con mayor fuerza hacia la sierra y realizan visitas a las comunidades indígenas de los ríos Sinaloa, Ocoroni y Mocorito, logrando importantes logros en el número de bautizados. En este



Misión de San Ignacio, Baja California, 1944 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 427 951)

periodo es importante destacar el papel desempeñado por las fuerzas militares en apoyo a los padres en la reducción de los indígenas a las misiones.

La fundación del presidio de Sinaloa en 1595 obedeció en gran medida a las necesidades de refuerzo que requerían los padres jesuitas para la realización de su proyecto social: someter a los nativos a las formas de vida cristiana y en “policía”. El capitán Alonso Díaz, primer jefe del presidio, dedicó parte importante de sus primeros oficios a apoyar a los teatinos en la ejecución del proyecto misional; pero sobre todo el capitán Diego Martínez de Hurdaide, también alcalde mayor de la provincia —consciente seguramente de la importancia que tenían las misiones como soporte para mantener la región en poder de la corona—, representó un auxilio de la mayor relevancia en la labor reductora durante los años de 1599 a 1626, justamente el periodo en el que se fundaron las misiones de Sinaloa. La experiencia de la muerte del padre Gonzalo de Tapia mostró la disposición indígena para someterse a los patrones de vida religiosa y material que trataban de imponerles quienes lle-

garon erigiéndose en sus nuevos guías espirituales, echándoles abajo sus formas religiosas e invalidándoles sus costumbres. Aprendida la lección, todas las incursiones posteriores se realizarían con las bayonetas por delante o al lado de los soldados de Cristo. La espada y la cruz se unieron para lograr la conquista espiritual y social más grande en el norte del continente americano.

La contribución sustantiva misional radicó en el hecho de ser la matriz, el eje fundamental, de una nueva sociedad concebida al calor de la experiencia evangelizadora en América, ante la resistencia opositora de los nativos a la empresa de conquista española, sobre todo de los grupos indígenas, que por el carácter de su cultura no eran fácilmente sujetos de dominación porque no habitaban en pueblos, no reconocían formas de gobierno ni estructuras políticas institucionalizadas o simplemente porque su dominación no era posible por la vía de las armas. Esta aventura, considerada únicamente en el aspecto religioso, llamada clásicamente “conquista espiritual”, tuvo que ver con la transformación, es cierto, de la vida espiritual de los nativos, pero ante todo

con su vida material. Para ello los misioneros jesuitas idearon un modelo social fundado principalmente en el orden social derivado de la teología clásica, de la legislación española colonial y en la mentalidad jesuítica ignaciana y el aprendizaje de la realidad etnográfica cultural del norte de Nueva España.

La emergencia de ese nuevo modelo social resultó diferente a las reducciones indígenas del centro de México, más dispuestas para el fácil aprovechamiento de la mano de obra masiva de los nativos, de las congregaciones y las encomiendas; el sistema misional fue concebido efectivamente como un modelo de cambio cultural y social relativamente autónomo de las autoridades civiles y eclesiásticas, financiado en gran medida por la corona española y la jerarquía romana, con el propósito de lograr la integración de los indígenas al régimen de dominación colonial. La estructura de esta nueva sociedad consistía en reducir en primera instancia a los “infieltes” a la vida urbana, civil o en “policía” para poder transformarlos a la vida cristiana, en un proceso que los jesuitas consideraban de humanización, para, al mismo tiempo, dar comienzo a la erección de las estructuras políticas y sociales que semejaran a los modelos de sociedad española de la época imperial, para también así integrarlas al sistema dominante. El modelo de misión jesuita no era sólo para lograr la transformación cultural de los indígenas, sino también para conseguir su incorporación a la estructura del régimen español.

Las experiencias misionales en Sinaloa, de Topia y San Andrés constituyeron en muchos sentidos la fragua de la cual surgió el modelo jesuita de misión que habría de implantarse en todo el noroeste. Durante el siglo XVII el sistema misional se extendió rápidamente hacia los territorios de la sierra, formándose las provincias tepehuana, tarahumara y de Sonora, para finales de la centuria dar inicio en la Baja California; el padre Juan María Salvatierra fue el pionero en la península. A principios del siglo XVIII el desarrollo de las misiones había llegado hasta los lejanos confines de la Pimería, en el actual estado de Arizona, impulsadas por el padre Eusebio Francisco Kino. La obra realizada en las misiones se vio interrumpida por la expulsión de los jesuitas en 1767, terminando con ello toda una era, que significó una gran empresa consagrada a la transformación de los indígenas; la interrupción del modelo social que pretendieron erigir entre las etnias de la región, en algunos casos tuvo un mayor compromiso humanista que en otros. El trabajo misional fue continuado por los miembros de las órdenes franciscana y dominica; del carácter de su obra se conoce aún poco como para distinguir el tipo de pen-

samiento que pusieron en práctica en esta segunda fase de las misiones del noroeste, que se extendió hasta principios del siglo XIX.

De hecho, las misiones constituyeron la forma de sociedad dominante en el noroeste durante la mayor parte de la época colonial. A ellas se debió la construcción de los cimientos de la sociedad que se desarrolló más tarde en la región, fundada en la transformación de las formas culturales de los indígenas sujetos a esos centros de cambio, que eran las reducciones a la vida en “policía”. En efecto, en ausencia de otras formas sociales españolas de dominación, el sistema misional constituyó el modelo social único y privilegiado de la avanzada de conquista por excelencia en el noroeste, debido en gran medida al hecho, a la imposibilidad o al desinterés que tuvieron las autoridades virreinales o de la provincia de Nueva Vizcaya por la región; sobre él recayó la construcción de una nueva sociedad basada en la transformación cultural y social de las etnias del norte novohispano. Ello condujo a formas o mecanismos de integración socio cultural al mundo y cosmogonía occidentales, que marcaron la pauta del desenvolvimiento de las sociedades de la época poscolonial en América y colocaron a las sociedades nativas del continente en el contexto de las sociedades modernas. Las misiones trazaron el puente entre las sociedades nativas y las de corte moderno.

De ahí que el proyecto de la Ruta de las Misiones del Noroeste parta de las manifestaciones históricas de dicho acontecimiento social, al asumir las transformaciones socio culturales como la base de la configuración de la nueva estructura social. Al mismo tiempo como estructuras fundantes de formas sociales, resultantes de procesos históricos transformadores de formas “incivilizadas” a “civilizadas”. Pero ante todo, de las expresiones tangibles e intangibles de la cultura generada por los procesos que condujeron a dichos cambios. En este sentido, se pretende evaluar la contribución de las estructuras sociales indígenas de las misiones, base fundamental de su estructura social, a partir del conocimiento de su composición étnica y cultural, considerando a los sujetos de la misión como actores primordiales de un entramado social que se teje a partir de ellos y no como resultado del proceso. Al mismo tiempo, busca dimensionar la importancia de su legado monumental, artístico, como su herencia cultural precedera.

Ello significa reconocer la contribución histórica de las misiones en la forja de la sociedad y la cultura del noroeste, matriz fundamental de la identidad de una vasta región que ha intercambiado procesos demográficos, étnicos y culturales desde la época prehispánica y que se

intensificaron durante el periodo colonial en virtud de la conquista española. En reconocimiento de los nuevos participantes en la formación de la nueva sociedad, de los nuevos actores como los propios conquistadores, mulatos, mestizos, negros y miembros de otras etnias, se plantea la necesidad de sentar las bases para la reconstrucción de la historia social e identidad del noroeste de México. De ahí que la Ruta de las Misiones sea concebida ante todo como el conducto de identidad que dio la mayor fuerza a la estructura de la sociedad y la cultura en el noroeste. En razón de ello el proyecto se propone reconstruir la historia e identidad del noroeste a partir de dichos procesos históricos. Para tal efecto, se contempla la recuperación de los monumentos históricos, las expresiones tangibles e intangibles generadas durante el proceso de fragua de las estructuras misionales, en tanto proyecto sociocultural, así como sus manifestaciones artísticas para el disfrute y la valoración del patrimonio cultural de la región.

En términos instrumentales significa el registro, la identificación, catalogación de los bienes inmuebles y muebles artísticos, entre otros, asociados a las misiones; pero ante todo, la contribución de las sociedades nativas en la formación de la nueva cultura y sociedad resultante de los procesos de cambio operado a partir del sistema misional. A fin de cuentas, la valoración del patrimonio cultural asociado a dicho legado cultural, que en nuestra opinión da sentido a la identidad de tan vasto territorio, que no se limita a los confines del septentrión sino que comprende por derecho histórico el sur de Estados Unidos, integrado en la misma región cultural. En su etapa de formación, el proyecto ha partido del reconocimiento de esta realidad histórica al iniciar los trabajos de investigación del patrimonio material de la ruta de las misiones de la Baja y la Alta California, al tiempo que en Baja California Sur se ha desplegado una intensa labor en pro del rescate material, social y del entorno natural de las misiones desde mediados de la década de 1990, en tanto que en Sonora se han realizado esfuerzos muy importantes en tareas de rescate y restauración de las misiones de la antigua provincia misionera sonorense y de la Pimería alta, conjuntando esfuerzos con instituciones y colegas del INAH en Arizona.

En tanto realidad histórica, el sistema de misiones influyó en la conformación de una extensa unidad regional que comprende los estados actuales de Sinaloa, Sonora, Baja California y Baja California Sur, en el noroeste de México; Arizona y la Alta California, en Estados Unidos de América; una sola unidad cultural producto de procesos históricos y culturales que le dan sentido de identi-

dad más allá de las fronteras políticas actuales de las dos naciones. A fin de cuentas, éste es el resultado perdurable del proyecto, la recuperación y toma de conciencia de las expresiones de identidad del patrimonio histórico y cultural, que ha sido la base de la forja de una parte de la definición de nuestra nación en la última fase de la modernidad con cara a la integración mundial. El proyecto de la Ruta de las Misiones del Noroeste de México se sitúa pues como un marco de recuperación y valoración del patrimonio histórico y cultural de esa vasta porción territorial que hoy comparten dos naciones.

De acuerdo con las consideraciones anteriores, el INAH se ha propuesto impulsar las tareas de recuperación y valoración del patrimonio cultural asociado a las misiones del noroeste en tanto manifestaciones tangibles e intangibles de la conformación histórica del noroeste mexicano durante la etapa colonial, al tiempo que constituyen la parte más sustantiva de la conformación de su identidad.

Conclusiones

Los proyectos anteriores, en su más amplia dimensión conceptual, temporal y espacial, dejan entrever una nueva noción en las formas de abordar el estudio y la valoración del patrimonio histórico cultural de nuestro país. En primer lugar es importante destacar que a partir de los procesos históricos se construye una región cultural que permite definir un territorio y una unidad con expresiones comunes de identidad, que son las que le dan carácter a una región definida en función de las líneas históricas que han marcado su derrotero. De esta manera es posible considerar dos regiones culturales fundamentales en el norte de México, que son las que a fin de cuentas le dan carácter e identidad: el norte y el noroeste, en tanto bloques históricos primordiales en la configuración del norte mexicano defensivo, fronterizo, de avanzada hispano occidental en el septentrión, agente civilizador de un mundo bárbaro multiétnico y pluricultural objeto de cambio de los proyectos imperiales del régimen español, que dieron origen a un par de unidades culturales que resultaron definitivas en la conformación del espacio septentrional y de la nación mexicana, en la confrontación ulterior con el avance del imperialismo moderno.

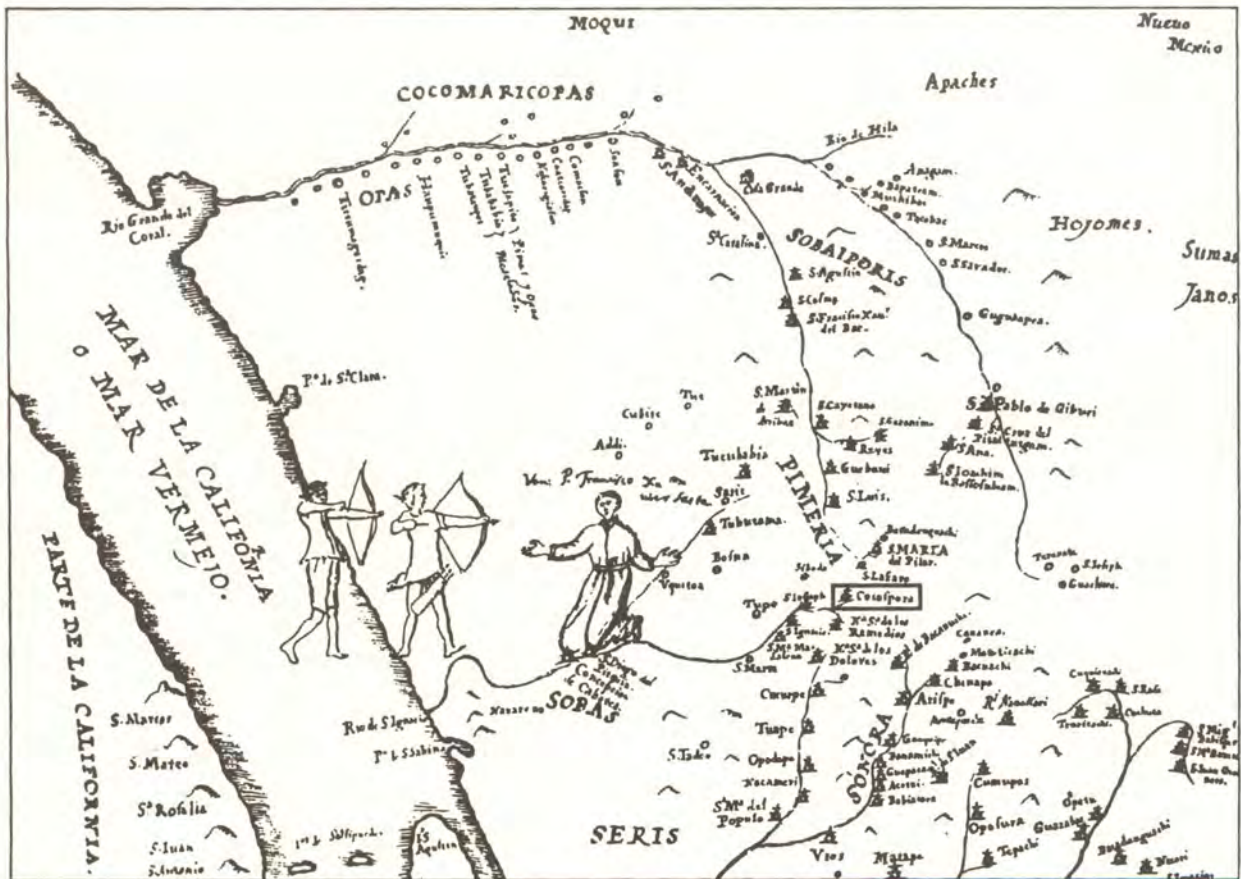
Por otro lado, los proyectos regionales mencionados constituyen un modelo de investigación en donde concurren diversas disciplinas vinculadas con el rescate, la valoración y la divulgación del patrimonio cultural tangible e intangible del norte de México, bajo una pers-

HISTORIA

pectiva que sitúa este legado en el centro de la atención de los procesos históricos primordiales de desarrollo de este gran componente de nuestro país que es el norte. La extensión y la diversidad de su patrimonio obligan a que en el abordaje de investigación concurren diversas disciplinas de investigación, lo que hace un importante ensayo de investigación de la cultura. Al mismo tiempo se trata de un par de proyectos de investigación aplicada, donde los resultados del conocimiento encuentran vinculación estrecha, en este caso, con los herederos o beneficiarios del patrimonio cultural. De igual forma, los proyectos del Camino Real de Tierra Adentro y Ruta de las Misiones del Noroeste de México significan una importantísima concepción innovadora en las maneras de abordar el estudio y la valoración del patrimonio histórico y cultural de la nación, a partir de los procesos históricos en su más amplia dimensión espacial y tempo-

ral, más allá de las nociones tradicionales de la historiografía y el reconocimiento de las culturas en sus estrechos confines estatales.

En suma, los proyectos del Camino Real de Tierra Adentro y la Ruta de las Misiones del Noroeste de México son, en primer lugar, un vínculo esencial en la valoración del patrimonio histórico cultural del norte de México que los sitúa como formas innovadoras en el abordaje de la investigación humanística en nuestro país. Dan pie, al mismo tiempo, para comenzar una nueva visión, una nueva concepción de la historia y la cultura del norte a partir de tramos temporales y espaciales más amplios, en fin, para la génesis de la reconstrucción histórica de los procesos de conformación del norte como entidad fundamental en la construcción y dinámica actuales de nuestra nación en tanto continente de identidades.



Mapa elaborado por el padre Eusebio Francisco Kino hacia 1696, que muestra las misiones principales (cabeceras) y secundarias (visitas), fundadas por los jesuitas en la Pimería Alta (tomado de Thomas H. Naylor y Charles W. Polzer, *The Presidio and Militia on the Northern Frontier of New Spain: A Documentary History*, Tucson, University Arizona Press, 1986)

La historia de los nómadas y sus fuentes¹

Hace algunos años me propuse hacer un estudio de las relaciones entre la población fronteriza nortea y los indios nómadas en el siglo XIX. Esas relaciones probaron ser conflictivas desde el siglo XVI porque los aventureros, exploradores, misioneros, religiosos y conquistadores españoles fueron incapaces de concebir o aceptar que ciertos grupos indios vivieran errantes, sin reconocer al dios cristiano y sin someterse al rey católico. Hacia el norte se dirigieron campañas de conquista que buscaban reducir a los indígenas a poblaciones fijas en donde se les adoctrinara, al tiempo que se expulsaba, aniquilaba o al menos neutralizaba a los grupos que se negaban a la sumisión y conversión. Desde entonces es una idea común que la adopción de una cultura “más elevada” o “mejor” supone la sedentarización. Los monjes y religiosos partieron del supuesto de que era necesario obligar a los indios a radicar en las misiones para que conocieran la palabra de Dios. Los exploradores y militares que los acompañaban ponían esa misma condición con el objeto de que demostraran el reconocimiento del rey, del orden virreinal y de sus leyes, y desde luego para posibilitar el uso de la mano de obra en actividades agrícolas, ganaderas o mineras. Los indios opositores a esta disposición fueron considerados infieles poseídos por el demonio, al mismo tiempo que enemigos del rey y de las instituciones.

¹ Este artículo forma parte del libro *Los andamios del historiador. Tratamiento y construcción de fuentes*, que se publicará en coedición entre el Archivo General de la Nación y el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Durante el siglo de la Ilustración las cosas cambiaron en el sentido de que las políticas del Estado se tendieron a separar relativamente de su justificación religiosa, iniciando la sustitución del binomio “barbarie vs. fe cristiana” por el de “barbarie vs. civilización”. Esta sustitución formó parte de un proceso amplio y complejo de secularización de la política, sobre todo notable ya en el siglo XIX, mismo que culminó en una idea de los grupos nómadas muy diferente en términos conceptuales, pero muy semejante en términos prácticos. La tradición misionera ortodoxa establecía la reducción forzosa de los indios para poder evangelizarlos; el liberalismo decimonónico pugnaba por lo mismo para poder civilizarlos. Nunca se entendió que la simple condición de asentarse en poblados fijos era una transformación tan grande de las sociedades nómadas, que prácticamente equivalía a su aniquilamiento o a una conversión radical a nivel cultural, la cual suponía la negación de tradiciones, pasado, identidad, formas de vida y afinidades.

El éxito en la reducción de los nómadas fue exiguu, casi inexistente. Los grandes grupos nómadas del norte (chichimecas, zacatecos, tobosos, etcétera) fueron desplazados y al final exterminados. Los pequeños grupos que aceptaron la vida misional en muchos casos sucumbieron y unos cuantos individuos sobrevivieron completamente ajenos a su cultura original. De grupos tan aguerridos como los apaches o comanches, los individuos que se intentó aculturar en la mayor parte de las veces perecieron o de plano se suicidaron. La separación cultural era así una frontera real, misma que se tradujo en una línea de fortificaciones presidiales que al cabo del tiemp-



Indio mojahue o mojave, retrato, Baja California, ca. 1886 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 422 788)

po se consolidó como límite fronterizo internacional.

Todo ello es necesario tomarlo en cuenta para entender la forma en que el historiador puede acercarse a las fuentes para comprender un conflicto de dos sociedades culturalmente enfrentadas a partir del discurso de una de ellas. Cabe aclarar que aquí usamos el concepto cultura en sentido antropológico (como conjunto de aquellos hábitos y costumbres que son propios de una colectividad, mismos que se reproducen en tanto que constituyen un modo de enfrentarse con el hábitat, un sistema de relaciones entre los individuos del grupo y un sistema de signos, de símbolos y comportamientos propios). De aquí que cuando hablamos de conflicto cultural no se refiere a un sencillo contraste de costumbres o ideas, sino a un enfrentamiento de fondo que involucra todo el ser de una sociedad. ¿Cómo encarar entonces el reto de entender la complejidad de esa confrontación siendo que casi la totalidad de los registros documentales provienen de uno de los contendientes?

Antes de describir cómo enfrenté ese problema, cabe hacer algunas precisiones acerca del propósito de mi in-

vestigación. Mi interés en el tema surgió como resultado de las frecuentes referencias en la historiografía del siglo XIX acerca de las incursiones indias a lo largo de la frontera norte. Se afirma que en todos nuestros actuales estados fronterizos fue tan importante el asedio de aquellos “bárbaros” que se había obstaculizado notablemente el desarrollo económico al menos hasta la séptima década de aquella centuria. Sin embargo la historiografía no ha profundizado lo suficiente en cuanto a las causas y formas concretas del conflicto con los indios. La importancia relativa que se le da a ese asunto en el desarrollo de la trama de la historia local por lo común no se corresponde con la abundancia del material de la época. Los periódicos locales y nacionales del siglo XIX están llenos de referencias a los ataques realizados por los llamados “indios bárbaros”, y los archivos de los pueblos fronterizos, de las instancias políticas y militares de los estados, así como varios ramos en archivos nacionales están plagados de comunicados sobre incursiones, solicitudes de auxilio, órdenes de protección a la población civil, informes, planes, etcétera. Hubo en consecuencia necesidad de hacer una revisión lo más completa posible de la historiografía, sobre todo la de índole local, a fin de acercarnos a la manera como los historiadores habían ubicado el tema y las razones de su desdén. Como claro resultado de esa búsqueda encontré que, a excepción de unos cuantos autores, el discurso historiográfico está emparentado con el de las propias fuentes, por lo que con frecuencia se utilizan explicaciones basadas en prejuicios raciales. La crítica a esos supuestos se ha planteado apenas en los últimos años, con lo que se han podido hacer contribuciones valiosas a la comprensión del fenómeno y de sus secuelas en la cultura regional.

Con respecto a las fuentes de primera mano, el problema inicial planteado fue el de su abundancia. En la hemerografía de la época y en informes oficiales es constante la referencia a los ataques de “indios bárbaros”. En un sistemático trabajo de búsqueda en fuentes hemerográficas acerca de los indios en México (realizado en el CIESAS por Teresa Rojas, Antonio Escobar y otros colegas), se puede apreciar que cerca de las tres cuartas partes de las noticias sobre indios se refieren al norte de México y concretamente a las incursiones.² Gracias al

² El resumen de esas noticias puede consultarse en: Antonio Escobar Ohmstede y Teresa Rojas Rabiela (coords.), *La presencia del indígena en la prensa capitalina del siglo XIX. Catálogo de noticias*, 4 v., México, INI-CIESAS, 1992; Teresa Rojas Rabiela (coord.), *El Indio en la prensa nacional mexicana del siglo XIX: catálogo de noticias*, 3 v., México, CIESAS, 1987; véase también el análisis de esa documentación en la tesis de Patricia Lagos Preisser, “La figura sociopolítica del indígena en

trabajo de localización y recolección hemerográfica realizado por ese grupo de investigadores pude hacer una revisión ordenada del material de periódico. Sin embargo la fuente periodística reveló tener muchas limitaciones entre las cuales creo pertinente señalar dos: 1) el lugar que ocupa la noticia, su amplitud y desarrollo, regularmente relacionada con el espacio disponible y con el resto de notas que cada día llegaban a la redacción; 2) eso significa que por lo regular no se seguía un asunto de manera sistemática y ordenada, y además que la cantidad y calidad de la información dependía de imponderables ajenos al hecho narrado y a lo que se quería decir de él. Resulta más que evidente que ciertos días, en presencia de noticias muy relevantes para el país, se dejaban de lado informaciones importantes, al mismo tiempo que se daba relevancia a noticias menores cuando no se tenía mucha información. Las noticias sobre incursiones de "indios bárbaros" en el norte se vieron por lo regular como notas de relleno. Era un asunto muy cotidiano, que atraía la atención como nota roja, pero que al mismo tiempo era prescindible o se podía dejar para la siguiente edición. Por ello muchas veces aparecía la información resumida en unas cuantas líneas, omitiendo el detalle y privilegiando la interpretación o calificación de los hechos. Con todo, la revisión de los periódicos es muy importante, pues ahí se incluyen muchos documentos oficiales, partes militares y correspondencia muy difíciles de localizar en archivo.

Justamente la riqueza de esos documentos publicados me invitó a trabajar los archivos públicos que parecían ofrecer series más continuas al respecto. He revisado depósitos documentales de los gobiernos estatales y archivos municipales, y ésta ha sido una de las fuentes que me ha sido de mayor utilidad. En general es información que circulaba entre funcionarios públicos y jefes militares alrededor del problema de las incursiones indias. La característica de esa fuente no es su objetividad, desde luego, y menos en relación con un asunto tan lleno de prejuicios para todos los habitantes de la frontera y para quienes escuchaban sus lamentos y plegarias. La documentación se generó en primera instancia por una autoridad local que daba cuenta a su superior sobre un ataque de indios, de que salieron a perseguirlos algunos vecinos y de que informó a otros pueblos o a los jefes militares. Sigue por lo común otra información sobre el regreso de la partida, el resultado de su persecución (normalmente un fracaso) y noticias sobre posibles daños que

través de la prensa capitalina del siglo XIX", México, ENAH, Tesis de licenciatura en Historia, 1992.



Indígenas, retrato, San Diego, ca. 1887 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 422 783)

podieran causar los indios en otros puntos o sobre el curso que siguen para cerrarles el paso. Algunas veces se cuenta con el diario de alguna partida de soldados presidiales que salían a perseguir a los indios. Esos documentos contienen la información sobre robos, asesinatos, secuestros o hechos de armas, además de apreciaciones sobre el carácter de los indios o la situación desesperada en cada pueblo. No faltan los funcionarios o militares que sugerían medidas para acabar con el problema, la mayor parte de las veces proponiendo campañas para su exterminio. Los comandantes generales, gobernadores y funcionarios de alto nivel solían discutir la pertinencia de los diversos planes de pacificación o en todo caso la opción de acordar con los diversos grupos la paz.



Hombres cucapás, retrato de grupo, Baja California, ca. 1870 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 418 211)

A medida que fui avanzando en el trabajo de fuentes, logré obtener algunas respuestas a problemas concretos (como las formas de la confrontación, los móviles inmediatos de las incursiones indias, las distintas etapas, etcétera), pero al mismo tiempo se fueron redefiniendo los propósitos y enfoques de la investigación, así como las maneras de acercarme al problema. Así entendí que era necesario darle relevancia a las características culturales de los enfrentamientos o de las negociaciones de paz y atender a las motivaciones de fondo de los grupos indios en sus contactos con la población nortea, tejana o angloamericana. En cuanto a la metodología quedó cada vez más claro que era imprescindible destacar la reconstrucción de la vida cotidiana, teniendo además en cuenta el universo de la significación. Descubrí que los innumerables actos de violencia relatados en las fuentes podían leerse como mensajes y comencé a tratar de des-

cubrir el lenguaje e intercambio culturales que suponía aquella forma de comunicación. Era entonces necesario acercarse a las formas en que vivían y reproducían sus condiciones de existencia los pobladores de la frontera mexicana y los propios indios nómadas, y cómo ello se traducía en la perpetuación de un ambiente intolerante y hostil entre ambas partes.³

Con las fuentes disponibles no parecía tan difícil resolver la parte que corresponde a los fronterizos mexicanos (criadores de ganado, militares y comerciantes la mayor parte de ellos); en cambio era todo un reto profundizar en las características culturales de los diversos grupos indios de la región de estudio. Siendo casi inexistentes las informaciones de propia voz de los indios nómadas y muy escasas y limitadas las descripciones de cada grupo indio, fue necesario recurrir a la experiencia de la etnohistoria: utilizar estudios antropológicos recientes del mismo grupo que se estudia para destacar algunos elementos, estructuras o discursos culturales, pero siempre cuidando ubicarlos en el contexto de la época y confrontarlos con información que se puede obtener de las fuentes documentales, así sea indirecta.

En este punto se debe proceder con mucha cautela. Una de las características de los estudios antropológicos es la consideración de las características de un grupo étnico en el momento en que el investigador entra en contacto con él, poniendo poco interés en los cambios que a lo largo del tiempo ha experimentado ese grupo humano. En ciertos momentos se ha querido justificar teóricamente este procedimiento, pero en general se puede decir que es producto del propósito preponderantemente comparativo de esta ciencia. Desde hace varias décadas la etnohistoria ha querido llenar este enorme hueco, aunque lo que en muchos casos se ha historiado no son tanto las transformaciones de los grupos étnicos en sí, sino los cambios en la relación e interacción entre los grupos aborígenes y los estados occidentales. Últimamente se ha puesto mayor atención a la conformación, transformación y desaparición de las etnicidades, con lo cual se ha caminado en el sentido de vencer el prejuicio de que lo indio es sinónimo de inmutable y de que es posible y necesario estudiar la temporalidad y dinámica de las identidades.

Justamente por ello, dado que partimos del hecho de que los documentos históricos nos brindan informaciones aisladas y descripciones incompletas, es necesario que

³ El enfoque metodológico de este trabajo lo expuse en mi tesis: "La amenaza comanche en la frontera mexicana, 1800-1841", presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1998.

tomemos en cuenta las estructuras integradoras de la identidad. Así, los mitos de creación, las leyendas y la tradición oral deben entenderse como discursos propios de una identidad que muchas veces revelan el sentido de una serie de prácticas culturales que, vistas aisladamente, no se pueden comprender. También contienen todo un discurso las ceremonias, ritos e instituciones, que si bien están sujetas a las transformaciones de la identidad, muchas veces conservan en su trama elementos del pasado. De este modo podemos utilizar el material etnográfico como plataforma de información, siempre y cuando tengamos en cuenta las distintas etapas por las que ha pasado el grupo en cuestión y sobre todo los momentos de ruptura.

Estas referencias a los estudios antropológicos parecieran alejarnos del asunto de las fuentes documentales que es el objeto de este ensayo, pero no es así. Para poder dar un uso adecuado al material de archivo es necesario que estemos conscientes de que ese objeto escurridizo de la identidad india, que eventualmente se nos aparece en los documentos, tiene además la pésima costumbre de cambiar, fraccionarse o disfrazarse. Esto último, sumado al hecho incuestionable de que las referencias escritas a esas identidades están casi invariablemente cargadas de prejuicios o de simple confusión, casi nos invitaría a abandonar la tarea de indagar acerca de los grupos nómadas del norte de México. El camino es muy escabroso y el resultado nada prometedor. Sin embargo, no podemos dejar de buscar explicación a una serie de hechos que tienen evidente relación con esos aspectos oscuros de las pertenencias indias.

En las fuentes del siglo XIX los nómadas aparecen como un estorbo o una molestia constante. El lenguaje es claro y terminante: se les llama indistintamente indios *bárbaros*, *salvajes*, *enemigos*, *gandules* u *hostiles*; se dice que son desalmados, traidores, ladrones y desleales y que proceden según su naturaleza vengativa y cruel.⁴ Se trata principalmente de correspondencia e informes escritos por rancheros, comerciantes, autoridades locales o estatales, militares y políticos, muy buena parte de los cuales tenían por objeto informar a la superioridad de las atrocidades cometidas por los indios y pedir que se diera una solución definitiva a sus incursiones. Se insiste una y otra vez en que se les escarmiente de manera ejemplar y se les obligue a someterse a la paz y al orden. Se trata de un

⁴ Las implicaciones del uso de ese lenguaje las desarrollé en el artículo: "Nuestros obstinados enemigos: ideas e imágenes de los indios nómadas en la frontera noreste mexicana, 1820-1840", en *Nómadas y sedentarios en el norte de México*, México, UNAM, 2000.



Indígenas cochimíes, retrato de grupo, Baja California, ca. 1880 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 351 282)

discurso repetitivo, orientador y cargado de una visión racista y discriminatoria, con algunas excepciones.

Inicialmente no tuve una visión muy clara de cómo trascender esta avalancha de información sesgada. Era evidente que si intentaba comprender el conflicto cultural necesitaba datos sobre las formas de organización y de vida de los nómadas, así como de los objetivos que se planteaban al hacer sus correrías en ranchos y poblados mexicanos. Como una primera acción decidí transcribir la documentación encontrada en los archivos de Coahuila, Nuevo León, Béxar, Relaciones Exteriores y la Defensa Nacional, y hacer una revisión ordenada del material hemerográfico. Para mi sorpresa, de aquel cúmulo de textos reiterativos comenzaron a brotar matices y pistas que me permitieron ir ubicando ciertos autores que se salían de la norma, y así fui localizando información útil para mis propósitos.

Ello me obligó a una reflexión acerca del uso de este tipo de fuentes. En primer lugar, era necesario ubicar institucional y socialmente a los autores y el tipo de información que emitían: rancheros y comerciantes demandaban una acción inmediata de las autoridades civiles y militares; los alcaldes de los pueblos afectados solicitaban al gobierno estatal la persecución de las partidas de indios; los capitanes de presidio daban parte y remitían diarios de expediciones casi siempre fallidas; el gobernador de algún estado fronterizo pedía la ayuda del gobierno central, el despliegue de tropas en la frontera o la entrega de armamento; el secretario de Relaciones Exteriores desde la Ciudad de México, proponía planes para estudiar la situación; el de Hacienda declaraba la imposibilidad de desviar recursos para atender a esas demandas y el de la Defensa invariablemente tenía ocupadas las tropas en necesidades más urgentes. Era el círculo de la ineficiencia que redundaba en la perpetuación de la situación desesperada de los pueblos fronterizos. En su conjunto, esta información permite ubicar los ataques y demás hechos de armas, la manera en que se vieron afectados los pueblos, las dificultades que tenían los vecinos para defenderse, los limitados efectos de las persecuciones, los graves problemas de aprovisionamiento y equipo que sufrían los soldados presidiales y demás cuerpos de tropa, las dificultades organizativas y de comunicación entre autoridades, los distintos planes para convencer o someter a los indios, entre otros aspectos. En medio de toda esa información también se puede advertir claramente el ambiente de temor que generaban las incursiones indias, lo que magnificaba igual los destrozos realizados por los indios como las efímeras victorias de la tropa o los vecinos.

La tónica general de desprecio hacia los indios nómadas en los documentos fue rota por algunos autores, en ciertos momentos y circunstancias. Las mismas limitaciones para hacer demostraciones de fuerza frente a los nómadas obligó en muchos casos a las autoridades de las regiones más expuestas a entablar negociaciones y hasta a tratarlos amigablemente. Alrededor de los militares que intervenían en esos contactos se generó la información más útil y rica, tanto por los reportes sobre la magnitud y disposición de los diversos grupos indios, como por las descripciones escritas por los propios negociadores. Esos negociadores tenían la obligación de comprender mejor que nadie las características culturales de cada uno de los grupos indios, normalmente dominaban o entendían una o más de sus lenguas y conocían el protocolo y ceremonias con que debían tratar a los jefes. Por eso cada uno de sus documentos tiene una importancia crucial,

pues contienen las claves de la relación con los nómadas.

Ahora bien, en este juego de confrontación de fuentes es necesario considerar tanto el cuerpo de lo que está explícitamente escrito en las mismas, como aquello que está implícito u oculto, es decir aquello que forma parte de la vida cotidiana y que por ser tan obvio no se transfiere al papel. El cúmulo de la correspondencia no revela una serie de aspectos fundamentales en la vida de quienes la escriben como son las formas productivas y de propiedad, las relaciones entre distintos grupos sociales al interior de los poblados, las maneras y circuitos de comercialización, las formas de representación política, etcétera. Estos aspectos deben ser abordados desde otro tipo de fuentes alternativas que van completando nuestra visión de aquella cotidianidad y al mismo tiempo nos brindan la posibilidad de aquilatar, acotar y expresar la información proveniente de las fuentes principales, que en este caso es la correspondencia. En especial se pueden destacar de este modo detalles que aparecen como secundarios o circunstanciales en las cartas, pero que forman parte importante del cuadro explicativo.

También debemos preguntarnos por las razones del lenguaje reiterativo y descalificativo sobre los indios nómadas. Uno de los aspectos notables de esas expresiones es que son mucho más que un conjunto de calificativos: se trata de un discurso que supone toda una caracterización, contiene un argumento sobre las dificultades para incorporarlos a la sociedad y llega a la clara conclusión de que es necesario controlarlos por la fuerza o aniquilarlos. Ciertamente que en la época hubo mucha discusión en torno al tema, pero ésta gira casi exclusivamente en torno a la estrategia: sobre el momento y los métodos para atacarlos; sobre la posibilidad de enfrentar unos grupos indios con otros; sobre las dificultades para poner en práctica un efectivo control militar en la zona y en consecuencia sobre los beneficios o efectos de firmar acuerdos de paz. La correspondencia entre autoridades y militares es muy clara: se firman tratados sólo por conveniencia, en el ánimo de aprovechar o fomentar división entre distintos grupos indios o calculando que de momento no es posible hacerles una guerra frontal. De suerte que el discurso en el fondo no cambia formando una especie de rezo colectivo, con las excepciones a que ya nos referimos arriba.

La insistencia en el discurso descalificador de los nómadas y seminómadas radica aparentemente en dos causas: primero, la gran mayoría de los comunicados son para informar acerca de los ataques, de la cercanía de los indios o de algún rumor de amenaza; segundo, los autores de esa correspondencia deben insistir en la peligrosidad,

dad de los “bárbaros”, convencer a la autoridad de la inminencia de los ataques y persuadirla de que no se puede actuar de otro modo que “escarmentándolos” o matándolos. Pero más allá de esas necesidades marcadas por la experiencia práctica, se nota un ambiente de constante angustia, de un temor provocado por la certeza de saberse indefenso frente a un enemigo poderoso e implacable. La amenaza es real, pero la zozobra como ya dijimos magnifica los hechos de sangre llevándolos a la exageración y en consecuencia la imagen feroz y destructiva de los culpables.

El análisis del discurso se ha aplicado principalmente a textos unitarios o a la expresión de un personaje en lo individual. Por ejemplo, Carlo Ginzburg hace toda una indagación de los orígenes o influencias en el pensamiento de un molinero italiano juzgado por la Inquisición a finales del siglo xvi. En ese caso, al analizar el discurso de un individuo excepcional, Ginzburg da cuenta del ambiente cultural de la época y descubre los efectos en el molinero de distintos discursos cruzados, así como de la experiencia social y comunitaria.⁵ El caso nuestro implica una operación inversa: se trata de integrar los elementos de un discurso colectivo contenido en una multitud de testimonios individuales. Este método busca tener varios resultados: primero, comprender la fuerza de las distintas propuestas para enfrentar el problema; segundo, encontrar a los individuos que expresan de manera más clara y argumentada el discurso común; tercero, localizar aquellos textos y autores que se salen de la norma y proponen auténticos discursos alternativos; cuarto, ubicar aquellos elementos sueltos en los textos que son informaciones útiles para completar el contexto.

En el estudio de la estructura, orígenes y transformaciones de este discurso sobre los llamados “indios bárbaros del norte”, encontramos en primer lugar una gran influencia de las ideas cristianas sobre los infieles que se niegan a la evangelización. En segundo lugar, ya en el siglo xix, se puede ver un creciente peso, sobre todo en la clase política, de las ideas provenientes de la Ilustración según las cuales el comportamiento de los salvajes o bárbaros se opone a la civilización y en última instancia al progreso. Las implicaciones de todo ello deberemos desarrollarlas en otro lugar. Sin embargo, para el tratamiento de fuentes cabe señalar que todas esas influencias ideológicas, políticas y religiosas, se ven proyectadas a través de un discurso fuerte e insistente por la experiencia de clase de los propios productores de aque-

⁵ Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnick Editores, 1986.



Pareja de cochimíes sentados, Baja California, ca. 1870 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 418 343)

llos textos. Eran criadores de ganado, agricultores y comerciantes, que se desempeñaban además como funcionarios, jueces y jefes militares, de modo que tenían particular interés en proteger los “bienes de campo” y caminos. Muchos de ellos declaran haber sufrido el robo de numerosos animales, la captura de sus hijos y la muerte de familiares. También suelen mencionar las enormes dificultades para la producción ganadera y todo tipo de comercialización. Muchos de ellos participaban directamente en la producción, pero por lo regular contaban con la contratación de pastores, vaqueros, arrieros, etcétera. Tenían la experiencia de que los indios nómadas no podían ser utilizados por ningún motivo como mano de obra útil para esas tareas, y por el contrario la cercanía de cualquiera de esos grupos indios ponía todo en peligro. Como prueba de lo anterior tenemos que los políticos de la Ciudad de México, cuando opinaban sobre la frontera norte enfocaban los problemas sin apasionamiento ni prisas, suponían que era posible atraer o convencer a los apaches y que se les podía utilizar con fines políticos, algo que era inaceptable para los rancheiros de la frontera quienes exigían acciones rápidas y con-

tundentes contra los “indios enemigos”. Como todo discurso de la guerra, era un recurso para generar identidad y para marcar la distancia con el adversario.

Como indicamos más arriba, mi persistencia en recurrir indiscriminadamente los textos relativos a indios fue destacando, por contraste con el coro casi uniforme, de aquellos documentos y autores que debían analizarse con detalle. De momento podemos señalar tres tipos de informante que rompían con el esquema general: los negociadores, los cautivos y los viajeros. Ya mencionamos que por su singular posición, aquellos militares encargados de guiar las pláticas con los jefes indios debían tener una visión comparativamente amplia y generosa. Los jefes indios tenían un conocimiento de los asuntos políticos de los blancos mucho más claro de lo que generalmente se piensa; en particular, conocían a los jefes militares, sabían de su carácter y debilidades, al grado que no aceptaban a cualquier persona como negociador. Las formas de organización de los nómadas guerreros, muy vinculadas al prestigio descalificaban de entrada a un militar que había demostrado cobardía o hipocresía. Preferían claramente a alguien que conociera su idioma o al menos que tuviera idea de sus costumbres y ceremonias. Las personas que podían colocarse entre estos dos flancos eran muy escasas y se constituían en auténticos traductores culturales. Unos eran excelentes en este trabajo y otros no tanto, pero siempre es cierto que las cartas y comunicados de esos negociadores alumbran las contradicciones e interacciones culturales y nos ilustran mejor en cuanto a los intereses de las comunidades indias, su filosofía y modos de vida.

Los grupos nómadas tenían por costumbre tomar como cautivos a los niños entre seis y doce años de edad, especialmente varones y algunas veces a mujeres mayores. Sin desarrollar aquí todo lo que ello significa, cabe señalar que los testimonios de aquellos menores que regresaron del cautiverio aportan una serie de datos muy importantes para entender la forma de vida de los indios y la manera como concebían su relación con los blancos. Como por lo general el objetivo de la captura de menores era su asimilación completa al grupo, quienes habían sido cautivos sabían de sus costumbres, ideas y concepción del mundo. Los comanches y apaches por lo regular lograban la aculturación de los menores y buena parte de los que regresaban a sus pueblos de origen no lo hacían por voluntad propia, de modo que la sociedad fronteriza los veía con recelo y los trataba con distancia. Ello significa que su presencia en la documentación no es correspondiente a la magnitud del fenómeno. Sin embargo encontramos algunos interrogatorios realiza-

dos por las autoridades en el momento de su retorno o cuando se deseaba averiguar algunos aspectos de la conducta de los indios, por ejemplo, su relación con los comerciantes de armas angloamericanos. Aunque en la mayor parte de los casos son documentos organizados mediante preguntas dirigidas a un fin preciso y las respuestas fueron escritas por un secretario —con la simplificación que ello implica—, aparecen detalles relativos a las relaciones de los distintos grupos indios entre sí, a la manera como hacían o pensaban la guerra, a la forma de vida o las relaciones familiares y, como ya dijimos, a la manera como veían y se relacionaban con los occidentales, tanto mexicanos como angloamericanos.

Un tercer grupo de testimonios muy reveladores, aunque no tan numerosos como quisiéramos, lo constituyen los relatos de viajeros. Lo importante de esos documentos es que parten de premisas totalmente diferentes de las de los pobladores asentados en la región y no comparten necesariamente los prejuicios. Su necesidad de formarse una explicación de ese mundo diferente, los lleva a la descripción de detalles de la vida cotidiana que pasan desapercibidos a la mayor parte de la gente o que por sabidos se callan. Esto es característico de todos los relatos de viajeros, pero en este caso en que la sociedad local está tan orientada a descalificar a los nómadas, las observaciones al respecto refrescan el ambiente y muestran que era posible pensar las relaciones interétnicas a partir de parámetros distintos.

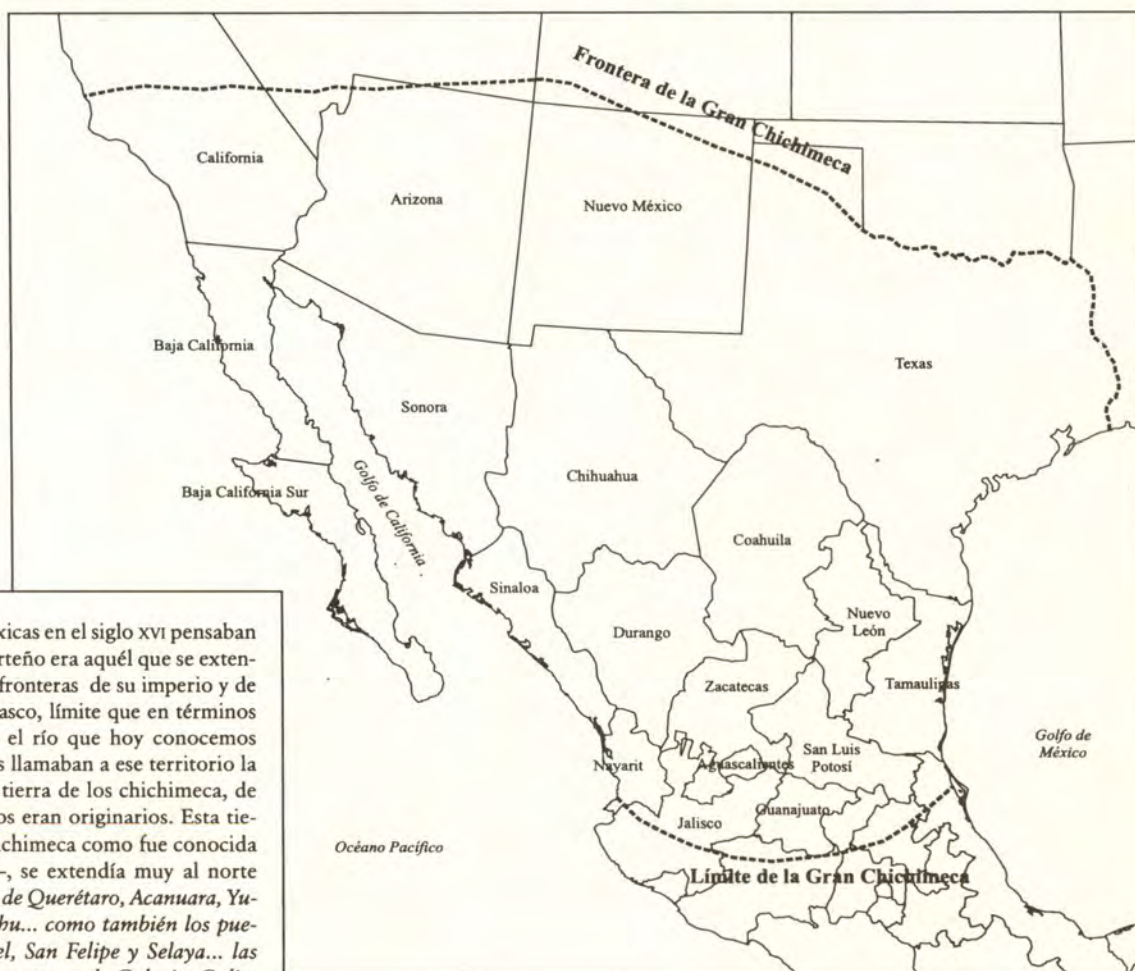
Carlo Ginzburg afirma que la evidencia histórica puede compararse a un vidrio deformado: “sin un análisis cabal de sus deformaciones inherentes —los códigos según los cuales se ha construido o se debe percibir— es imposible una reconstrucción histórica sólida”. Agrega este autor que la lectura interna de la evidencia exige una consideración de su dimensión contextual.⁶ Así, en sentido positivo la citada reconstrucción supone una labor de interiorización en los elementos constitutivos de la fuente y en la visión particular del autor de la misma, a partir de la ubicación del momento, del objetivo, del destinatario e incluso del significado y forma del lenguaje. Es un modo de entrar a la estructura intrínseca a ese vidrio para evitar en lo posible que las deformaciones nos impidan mirar a través de él. Se ha hablado mucho de las limitaciones impuestas al estudioso del pasado por la incompatibilidad entre sus propios propósitos y concepción del mundo y los correspondientes de las fuentes disponibles. Algunos han quedado presos del análisis de

⁶ Carlo Ginzburg, “Checking the Evidence: The Judge and the Historian”, en *Critical Inquiry*, otoño, 1991, p. 84.

HISTORIA

la fuente: señalan todas las desventajas, errores, confusiones y prejuicios, haciendo en todo caso una contribución muy útil a la comprensión del texto y de su autor, pero anulando al testigo y al testimonio. En otras palabras, siguiendo la metáfora propuesta, estos analistas después de estudiar hasta las moléculas del vidrio no se atreven a mirar lo que está al otro lado del mismo. Al negar la potencialidad de las fuentes se acaba negando la posibilidad de historiar. No podemos caer en este inmovilismo: ciertamente debemos estar conscientes de las limitaciones de la documentación que llega a nuestros días, así

como de su orientación y hasta deliberada deformación de los hechos, pero aun así sigue siendo en la mayor parte de las ocasiones la única ventana para mirar esos mundos perdidos del pasado. Sólo nos queda aprender a usar las fuentes con cuidado e imaginación. Nadie puede negar que los riesgos de esta operación epistemológica son inmensos —y son especialmente grandes para el estudio de los indios nómadas del norte mexicano, pues como vimos los documentos expresan lo que los occidentales desean oír y se asimilan a sus reglas y conceptos—, pero no existe otro camino.



Los poderosos mexicas en el siglo XVI pensaban que ese mundo norteño era aquél que se extendía más allá de las fronteras de su imperio y de las del imperio tarasco, límite que en términos generales recorría el río que hoy conocemos como Lerma. Ellos llamaban a ese territorio la *chichimecatlalli* o tierra de los chichimeca, de donde ellos mismos eran originarios. Esta tierra —o la Gran Chichimeca como fue conocida por los españoles—, se extendía muy al norte desde «los pueblos de Querétaro, Acanuara, Yuririapundaro y Sichu... como también los pueblos de San Miguel, San Felipe y Selaya... las provincias del nuevo reyno de Galacia, Culiacán, Copala, Chiametla, y todavía más lejos, la Isla de California... y en la amplia parte norteña, entre dos mares,... las provincias de Florida, Cibola, Quivira, Guasteca y el Nuevo México», Antonio de Herrera 1726." (Beatriz Braniff C., "El mundo precolonial norteño", en *El Mundo Norte / guía México desconocido*, 54, México, ed. México Desconocido, 1999, p. 15)



Hombre kikapú, retrato, Coahuila, 1870 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 418 100)

María Olimpia Farfán Morales,
Jorge Arturo Castillo Hernández e Ismael Fernández Areu

Los indios en Nuevo León. Textos para su historia*

Los textos referidos en este trabajo son de carácter histórico y resultan útiles para comprender el proceso de etnocidio que culminó con la desaparición de los grupos nativos del actual estado de Nuevo León durante la época colonial, y de los apaches y comanches que penetraron a la región hacia finales del siglo XIX. Cabe señalar que estos estudios son un primer acercamiento al conocimiento de las culturas de estos grupos, cuya investigación, como habrá de mostrarse, se encuentra en una fase incipiente.

En términos generales, y en comparación con otras regiones, la bibliografía sobre Nuevo León es escasa y con muy pocas obras dedicadas al estudio de los indios.¹ La inexistencia de población indígena nativa, la falta de evidencias arqueológicas monumentales y la creencia, hasta hace poco generalizada, de que las tribus aborígenes de la región permanecieron estancadas en “la barbarie y el salvajismo” hasta bien entrado el siglo XIX, propiciaron la indiferencia ante los indios y el desinterés por su estudio.²

Las tribus nómadas del Norte, sin embargo, han estado siempre presentes en el imaginario colectivo nacio-

nal y han contribuido de manera decisiva a la conformación de la identidad regional. La hostilidad, la violencia, la belicosidad de los indios y su resistencia pertinaz al dominio español han sido constantemente destacados por la historiografía local, y sin duda exagerados como contrapunto necesario para resaltar el triunfo de la tenacidad y el esfuerzo realizado por los colonos y pobladores blancos, quienes tuvieron que vivir bajo la amenaza permanente de los indios, pobladores originarios enfrentados a una naturaleza árida y agreste. Sobre este telón de fondo de peligros constantes, guerra contra el indio y estrecheces económicas, el crecimiento de Monterrey, que comienza con el surgimiento de la industria hacia finales del siglo XIX, aparece como el triunfo del empeño regiomontano.³

Según este discurso ideológico, parecería ser que durante poco más de 300 años la única contribución de los indios a la historia regional consistió en haber forjado el carácter, la voluntad y el arraigo de sus pobladores, quienes al término de las incursiones de apaches y comanches, en 1880, lograron avanzar por la senda del progreso durante la *pax porfiriana*. El indio aparece entonces, reducido a un solo elemento definitivo: su belicosidad y

*Este artículo forma parte de un estudio más amplio desarrollado por los autores.

¹Véase David Pina Ramírez, *Historiografía de la frontera norte de México*, México, Universidad Autónoma de Baja California / Universidad Autónoma de Nuevo León, 1990, y Benigno de Acuña, *et al.*, *Mil textos sobre la historia de la frontera norte de México*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, 1986.

²Recientemente se han publicado algunas investigaciones arqueológicas sobre los indios de Nuevo León en la época prehispánica, ver

Moisés Valadez Moreno, *La arqueología de Nuevo León y el noreste*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1999, 252 pp.

³Manuel Ceballos Ramírez, *Historiografía Nuevoleonesa*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León (Orgullosamente Bárbaros, 7), 1995, 37 pp. y los textos que aparecen en la sección de filosofía sobre Monterrey, en Celso Garza Guajardo, *Nuevo León, textos de su historia*, t. III, México, Gobierno del Estado de Nuevo León / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1989, pp. 243-259.



Hombre kikapú, retrato, Coahuila, 1892 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 351 551)

por ello se perciben de manera indistinta, tanto a los diversos grupos nativos que habitaron el territorio en la época colonial, como a los provenientes del río Bravo que se adentraron en Nuevo León y Coahuila durante el siglo XIX.

El estudio de los indios de la región como sujetos de su propia historia es una tarea pendiente para la historiografía y la etnohistoria regionales, aunque las fuentes documentales son abundantes, sólo recientemente ha comenzado la caracterización de los grupos étnicos que habitaban la zona. Hoy día, los términos opuestos de barbarie y civilización son revisados y cuestionados.

En este estudio bibliográfico se reúnen casi todos los textos que abordan directamente el tema de los indios en

Nuevo León. Fue en los años sesenta, a partir de los trabajos de Eugenio del Hoyo, Israel Cavazos Garza e Isidro Vizcaya Canales, cuando comenzó el interés por su investigación.

Eugenio del Hoyo, de origen zacatecano y radicado en Monterrey, se propuso sentar las bases que hicieran posible la revisión crítica de la historia del Nuevo Reino de León, para lo cual publicó documentos, vocabularios, colecciones documentales, guías y catálogos de archivos. A partir de su obra quedó demostrado que era posible el estudio documentado de los indios de la región en la época colonial. Preocupado por la identificación de los grupos nativos, el conocimiento de sus culturas, sus formas de vida y de sus relaciones con la población blanca y mestiza, en *Esclavitud y encomienda de indios en el Nuevo Reino de León, siglos XVI y XVII*; y en *Indios, frailes y encomenderos en el Nuevo Reino de León, siglos XVII y XVIII*, Del Hoyo abrió una perspectiva inédita, al presentar información que muestra muy claramente el papel de los indios en la historia del Nuevo Reino de León, que no puede reducirse al del insumiso e irredento enemigo de los blancos.

La contribución de Israel Cavazos Garza ha sido fundamental. Durante muchos años la poca información etnográfica conocida se encontraba en la publicación que Cavazos realizó de tres valiosas crónicas del siglo XVII que originalmente se hallaban en el volumen 12 de la *Colección de documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, de Genaro García. Se trata de las crónicas del capitán Alonso de León, Juan Bautista Chapa y Fernando Sánchez de Zamora, personajes clave en la historia política de la región, que tenían un conocimiento muy profundo de la tierra y de sus habitantes nativos. Por otro lado, Cavazos fue de los primeros en interesarse por la historia de las incursiones indias en el noreste de México durante el siglo XIX; además, estudió el papel fundamental desempeñado por los indígenas tlaxcaltecas en los pueblos y misiones del Nuevo Reino de León, en su artículo de 1999, "Los tlaxcaltecas en la colonización de Nuevo León".

Isidro Vizcaya Canales es el autor que más ha estudiado la presencia india en Nuevo León, dedicándose especialmente a las invasiones de apaches y comanches que ingresaron a nuestro país desde mediados del siglo XIX, y a los problemas que éstas provocaron entre México y los Estados Unidos, ofreciendo elementos para entender el conflicto fronterizo durante esos momentos de crisis nacional. Las contribuciones de Vizcaya destacan por la gran cantidad de referencias documentales y por la cuidadosa descripción de los acontecimientos que narra.



Familia tlaxcalteca, retrato, Nuevo León, ca. 1890 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 423 261)

Durante la década siguiente, entre 1970 y 1980, el tema de las rebeliones indígenas durante la época colonial comenzó a considerarse. María Teresa Huerta y Patricia Palacios brindaron por primera vez una cronología y una periodización de las rebeliones indias ocurridas en las distintas regiones de la Nueva España, intentando determinar sus causas. Si bien se trata de una obra que hoy pudiera parecerse muy general, en su momento fue muy importante pues ofreció una tipología de las revueltas de acuerdo con las causas y las modalidades que adoptaron, y una visión de conjunto que permitió captar la frecuencia e intensidad de las rebeliones.

Por esos años, Phillip Powell escribió su contribución fundamental al conocimiento de los pueblos indios del

centro norte y del noreste de México: *Soldiers, Indians and Silver*, publicado en 1975 y traducido como *La Guerra Chichimeca*. En esta obra por primera vez se narran y se explican las consecuencias que el avance colonizador provocó más allá de las fronteras mesoamericanas, y se describen los procesos de transfiguración cultural que condujeron a la desaparición de la lengua y la cultura de los pames, guamares y guachichiles. Entre sus aportaciones más valiosas se encuentra el dar a conocer detalladamente el choque cultural ocurrido cuando colonizadores españoles e indios sedentarios del centro y sur se enfrentaron a pueblos nómadas del norte de México.

Después, con la publicación de la extensa guía documental preparada en dos volúmenes por José Luis



Anciano descendiente de familia tlaxcalteca, retrato, Nuevo León, ca. 1895 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 419 419)

Mirafuentes, y otros índices, catálogos y tesis elaborados por otros autores, se hizo evidente la gran cantidad de información de archivo que existe para estudiar las rebeliones indígenas ocasionadas por las conflictivas relaciones entre blancos e indios.⁴

La resistencia india al avance del poblamiento español y las incursiones provenientes del norte del río Bravo, ha sido estudiada por Martha Rodríguez, quien presenta un amplio panorama de las diferencias culturales que existieron entre las numerosas tribus que recorrieron la zona, centrando su atención en los procesos de cambio que en ellas se operaron a través de la lucha y del enfrentamiento contra los blancos.

El énfasis puesto en un solo aspecto de la historia de los indios: su resistencia, ha minimizado la considera-

ción de su propia historia, de sus patrones culturales, su organización social y de la reproducción de sus formas de vida. Por ello, cabe destacar las obras de David A. Adams, *Las colonias tlaxcaltecas de Coahuila y Nuevo León en la Nueva España*; de Carlos Valdés, *La gente del mezquite* y la antología de Del Hoyo, *Indios, frailes y encomenderos en el Nuevo Reino de León, siglos XVII y XVIII*. Debemos mencionar especialmente la monografía de Martín Salinas, *Indians of the Rio Grande Delta*, que intenta establecer la identidad étnica de cada uno de los grupos y su territorialidad, además de pretender estudiarlos en sus comunidades como parte de la sociedad colonial, con sus propias estrategias adaptativas de sobrevivencia.

La desaparición de la población india no sólo fue producto de la violencia y de la guerra, también jugó un papel fundamental el proceso escasamente estudiado de mestizaje y sedentarización del indio.⁵

Al finalizar la época colonial comenzó una nueva etapa de la guerra contra el indio: Nuevo León volvió a convertirse en una “tierra de guerra viva”, y “la guerra a fuego y sangre” que se emprendió nuevamente en su contra tuvo un papel importante en el surgimiento de los caudillos regionales, los grupos de poder y la transformación de la economía, que décadas después convirtió a la ciudad de Monterrey en la capital industrial de México.

Mario Cerutti es uno de los autores más destacados en la investigación de los procesos de formación y consolidación de las formas capitalistas de producción en Nuevo León, durante el siglo XIX y principios del XX. En su estudio *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX*, analiza a través de una perspectiva regional cómo la economía de la zona noreste de México giró en torno al mantenimiento y aprovisionamiento de grandes contingentes armados, para lo cual gobernantes y militares dirigieron sus esfuerzos a la obtención de recursos suficientes con el objetivo de mantener la demanda del enorme aparato de defensa; aprovechando su papel de proveedores y prestamistas, los miembros de la burguesía regional se convirtieron en los principales usufructuarios de esa demanda. La economía de guerra estaba determinada por la situación de variadas y constantes con-

⁴Véase Eugenio del Hoyo, *Índice del ramo de causas criminales del Archivo Municipal de Monterrey (1621-1834)*, Monterrey, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (Historia 2), 1963, 200 pp.; Peter Gerhard, *La Frontera Norte de la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996; y la tesis de Cuauhtémoc Velasco Piña, “La amenaza comanche en la frontera mexicana, 1800-1841”, México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

⁵A este respecto puede consultarse el trabajo de Isabel González Sánchez, “Sistemas de trabajo, salarios y situación de los trabajadores agrícolas, 1750-1810”, en Enrique Florescano (coord.), *La clase obrera en la historia de México, de la Colonia al Imperio*, México, Siglo XXI, 1980, pp.125-172; y el texto de Tomás Martínez Saldaña, *La diáspora tlaxcalteca: colonización agrícola del norte mexicano*, Tlaxcala, Ediciones del Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1998.

frontaciones violentas, como eran el acoso del nómada, las incursiones extranjeras a territorio mexicano y las luchas civiles.

En el noreste de México, como en el sudeste de los Estados Unidos y en otras partes del continente americano,⁶ existieron fuertes intereses particulares que propiciaron el exterminio de los indios con el fin de favorecer la apropiación y el usufructo de enormes extensiones de tierras. Los últimos días del nómada, a finales del siglo XIX, fueron los mismos de los comienzos de la industrialización y el despegue económico de esta zona. El proceso de modernización que dio pie al progreso económico de la región, desde entonces, quedó asociado en el imaginario colectivo al exterminio del indio. El indio, todavía en la actualidad, más por su ausencia que por su presencia, ha desempeñado un papel muy importante en la formación de la identidad regional, de ahí que su estudio es tarea pendiente.

Bibliografía producida, en orden cronológico

Del Hoyo Cabrera, Eugenio, "Vocablos de la lengua quinigua de los indios borrados del noreste de México", en *Anuario Humanitas*, vol. I, Monterrey, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León / Editorial JUS, 1960, pp. 489-515.

Cavazos Garza, Israel, *Historia de Nuevo León con noticias sobre Coahuila, Tamaulipas, Texas y Nuevo México, escrita en el siglo XVII por el Capitán Alonso de León, Juan Bautista Chapa y el General Fernando Sánchez de Zamora*, estudio preliminar y notas de Israel Cavazos, Monterrey, México, Gobierno del Estado de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León (Biblioteca de Nuevo León, 1), 1961, 283 pp.

—, "Las incursiones de los bárbaros en el noreste de México en el siglo XIX", en *Anuario Humanitas*, vol. 5, Monterrey, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1964, pp. 343-356.

Huerta Preciado, María Teresa, *Rebeliones indígenas en el noreste de México, en la época colonial*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Historia, 15), 1966, 108 pp.

Vizcaya Canales, Isidro, *La invasión de los indios bárbaros al noreste de México en los años de 1840-1841*, Monterrey, Publicaciones del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (Historia, 7), 1968, 296 pp.

⁶Véase David Maybury-Lewis, "Política indigenista estadounidense", en Miguel Bartolomé y Alicia Barabas (coords.), *Autonomías étnicas y Estados nacionales*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998, p. 159.



Indígena kikapú sentado en piedras, con arma en la mano, Coahuila, ca. 1870 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 351 236)

Mirafuentes Galván, José Luis, *Movimientos de resistencia y rebeliones indígenas en el norte de México (1680-1821)*, Guía Documental I, México, Archivo Histórico de Hacienda / Archivo General de la Nación (Documental, 3), 1975, 201 pp.

Huerta Preciado, María Teresa y Patricia Palacios, *Rebeliones indígenas de la época colonial*, México, Seminario de Historiografía Social, Departamento de Investigaciones Históricas, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976, 366 pp.

Cerutti, Mario, *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX: gastos militares, aduanas y comerciantes en años de Vidaurri (1855-1864)*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1983, 213 pp.

Powel, Phillip, *La Guerra Chichimeca*, México, Fondo de Cul-

HISTORIA

- tura Económica / Secretaría de Educación Pública (Lecturas Mexicanas, 52), 1984, 308 pp.
- Del Hoyo Cabrera, Eugenio, *Esclavitud y encomiendas de indios en el Nuevo Reino de León, siglos XVI y XVII*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1985, 261 pp.
- , *Indios, frailes y encomenderos en el Nuevo Reino de León, siglos XVII y XVIII*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1985, 247 pp.
- Vizcaya Canales, Isidro, "El fin de los indios lipanes", en Mario Cerutti (coord.), *El noreste. Siete estudios históricos*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1987, pp. 51-89.
- Salinas, Martín, *Indians from the Río Grande Delta. Their role in History of Southern, Texas and Northeastern Mexico*, Austin, Texas, University of Texas Press, 1990, 193 pp.
- Bergen Adams, David, *Las colonias tlaxcaltecas de Coahuila y Nuevo León en la Nueva España: un aspecto de la colonización del norte de México*, Saltillo, Archivo Municipal de Saltillo, 1991, 303 pp.
- Mirafuentes Galván, José Luis, *Movimientos de resistencia y rebeliones indígenas en el norte de México (1680-1821)*, Guía Documental II, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliográfica, 12), 1993, 155 pp.
- Rodríguez García, Martha, *Los indios de Coahuila durante el siglo XIX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Instituto Nacional Indigenista (Historia de los pueblos indígenas de México), 1995, 212 pp.
- Vizcaya Canales, Isidro, *IncurSIONES de indios al noreste en el México independiente (1821-1885)*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León (Orgullosamente Bárbaros, 5), 1995, 35 pp.
- Valdés, Carlos Manuel, *La gente del mezquite. Los nómadas del noreste en la Colonia*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Instituto Nacional Indigenista (Historia de los pueblos indígenas de México), 1995, 277 pp.
- Rodríguez García, Martha, *La guerra entre bárbaros y civilizados. El exterminio del nómada en Coahuila, 1840-1880*, Saltillo, Centro de Estudios Sociales y Humanísticos A.C. (Expedientes Itinerantes), 1998, 288 pp.
- Cavazos Garza, Israel, "Los tlaxcaltecas en la colonización de Nuevo León", en Cavazos Garza, Israel et al., *Constructores de la nación. La migración tlaxcalteca en el norte de la Nueva España*, México, El Colegio de San Luis / Gobierno del Estado de Tlaxcala (Biblioteca Tlaxcalteca), 1999.
- Vizcaya Canales, Isidro, *Tierra de Guerra Viva. Invasión de los indios bárbaros al noreste de México 1821-1885*, Monterrey, Academia de Investigación Humanística, A.C., 2001, 467 pp.



Claudia Molinari

The Mexican War y el presidente James K. Polk: la formación del Estado norteamericano en el siglo XIX

Durante el siglo XIX, la conquista de territorios por parte de Estados Unidos era ante todo una política de Estado, del Estado que se crea a sí mismo, basada en la idea del progreso y en oposición permanente al poder de Europa.

La adquisición de territorio fue una necesidad económica y social, casi un impulso vital, debido en parte al arribo de millones de inmigrantes provenientes del continente europeo y de otros lugares del mundo. Este particular fenómeno migratorio, así como la emergencia política del sistema de gobierno federal bajo un régimen presidencialista y una ideología liberal, produjeron un movimiento social que algunos historiadores han llamado *expansionismo*, producto y productor de una ideología motriz peculiar: *el destino manifiesto*.

En este contexto, *The Mexican War*, es decir, la guerra que el congreso de Estados Unidos declaró formalmente a México el 13 de mayo de 1846 representó, desde la perspectiva del gobierno de ese país:

- 1) La primera guerra extranjera dirigida e imaginada desde Washington.
- 2) Una táctica para la adquisición de territorio que sigue a la imposibilidad del gobierno de Estados Unidos para llegar a un arreglo comercial o diplomático con el gobierno mexicano.
- 3) Un asunto primordial de Estado.
- 4) Una defensa a ultranza de la Doctrina Monroe.
- 5) Y finalmente, un acuerdo de paz con México que significó la legitimación de la apropiación del territorio de Nuevo México y de la Alta California, dando así inicio a la conquista del Oeste.

¿Cómo podemos explicar esta guerra desde una perspectiva transfronteriza? Si su finalidad era justamente la delimitación formal de una frontera entre Estados Unidos y México, ¿cómo sabremos entenderla desde una perspectiva etnohistórica? Una guerra cuyo resultado histórico inmediato fue la modificación y delimitación legal de una frontera internacional, que significó el acontecimiento de ruptura más importante en el septentrión americano durante el siglo XIX, desde la posición de todos los pueblos asentados antes de 1848 en ese vasto espacio geográfico. El Tratado de Guadalupe Hidalgo, que signó la paz entre ambos países, celebrado el 2 de febrero de 1848, repercutió en la vida de esos pueblos, básicamente nómadas atapascanos y yutoaztecas, modificando o incluso desintegrando sus estructuras sociales, provocando repliegues y reacomodos territoriales. Fue precisamente después de la delimitación de la nueva frontera en el río Bravo, que las correrías nómadas de apaches y comanches se incrementaron y convulsionaron los poblados del "Antiguo México", es decir, de Chihuahua, Sonora, Coahuila y Nuevo León. ¿Cómo podemos explicar esta guerra desde una perspectiva política?, una *guerra de Estado*, tanto para Estados Unidos como para México.

La historiografía de este acontecimiento ha tendido a explicar los sucesos a partir de visiones peculiares, respetando los mitos funcionales de la cultura a la que se adscribe, lo que nos permite afirmar la existencia de una historiografía estadounidense y una historiografía mexicana sobre la guerra misma entre ambos países, las cuales interpretan la historia desde una geopolítica propia y



Indio pápago, retrato, Sonora, ca. 1870 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 418 107)

nacional. A esas visiones debemos todo lo que sabemos sobre *La Guerra del 47* o *The Mexican War*.

Por lo que concierne a este artículo, es el primero de una trilogía que intenta explicar este acontecimiento desde tres visiones: la del Estado norteamericano, la del Estado mexicano y la de los pobladores apaches del territorio que pertenecía formalmente a México hasta 1848, y luego pasó a formar parte de la Unión Americana. Este ensayo se enfoca mediante una especie de *zoom* hacia la perspectiva norteamericana de la guerra.

The Mexican War y la creación del Estado norteamericano

En su excelente artículo "La guerra entre Estados Unidos y México, 1846-1848", Jesús Velasco y Thomas Benjamin argumentan una sugerente explicación a este acontecimiento que tomaremos como punto de partida para nuestro propio análisis.

Por principio, ubican el conflicto en el marco del desarrollo de ambos países, considerándolo como parte de

una historia común entre ambas naciones, donde las historias de cada una de ellas se traslapan en determinados momentos como lo fue en 1846. Es decir, en su opinión no podemos entender a Estados Unidos sin México, ni a México sin Estados Unidos.

Por cierto, al momento de su guerra —afirman los historiadores—, ambos países se encontraban en la encrucijada de sus respectivos proyectos nacionales. México y Estados Unidos padecían una crisis política como resultado de sus movimientos de independencia y de las condiciones en que se declararon esas independencias. Curiosamente, ambos países enfrentaban la necesidad de una unión nacional frente a los riesgos de las secesiones. Así, "la guerra estuvo íntimamente relacionada con esas condiciones críticas y fue un importante componente de su solución final". Después de la guerra, ambos países experimentaron un proceso acelerado de confrontaciones internas que se resolvieron con la hegemonía de un solo polo del poder: los liberales en México y los nordistas en Estados Unidos.¹

Desde la declaración de independencia de Inglaterra en 1789, el gobierno de Estados Unidos intentó un singular y muy apropiado experimento: crear una nación a partir de un Estado. Un Estado que, a diferencia del débil Estado mexicano, se consolidó muy tempranamente y se propuso entonces crear una nación.

Esa consolidación significó evidentemente una lucha de poderes, confrontaciones políticas y finalmente una guerra civil: expresiones de dos modelos distintos e irreductibles de capitalismo. Antes de la Guerra de Secesión o Guerra Civil (1861-1865), que afirmara la hegemonía del Norte sobre el Sur y la propuesta industrial de los primeros, la oposición de esos dos sistemas económicos produjo un conflicto ideológico, a veces desgarrador para sus protagonistas, que fue configurando a ese Estado como el eje rector de la vida pública que orquestaba y construía a la nación; se elaboraban leyes para normar la vida nacional, la economía, las relaciones públicas. Legislaciones que debían ser aprobadas por los

¹En Estados Unidos se produjo la guerra civil al tiempo que en México se imponía el imperio francés, encabezado por Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica (1862 -1867). Durante los años que siguieron a la guerra con Estados Unidos, en México se precipitó la consolidación del proyecto imperial conservador, se produjo la Guerra de Reforma (1854 -1857), que fortaleció a los liberales, en tanto los conservadores —en reacción a ello— se aliaron con Napoleón III y Eugenia de Montijo que, aprovechando un poco que los americanos estaban distraídos resolviendo sus diferencias, impusieron un imperio en México y, aunque el príncipe europeo resultó ser más liberal que los liberales mexicanos, fue hasta después de su fusilamiento y de la locura de Carlota que los liberales afianzaron su poder con Benito Juárez a la cabeza.



Gerónimo con acompañantes, retrato, Tombstone, Arizona (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 422 787)

poderes ejecutivo y legislativo, y acatadas por los diversos sujetos y grupos sociales, independientemente de su origen. Ésta es a mi modo de ver la manera como se construyó la nación norteamericana, a partir de un aparato estatal sólido que llegó a generar las reglas de sociabilidad, que permitieron a los inmigrantes —provenientes de diversos orígenes culturales y geográficos— integrarse a la nueva nación al asumir y reproducir dichas leyes. De tal suerte que la consolidación de una nación estadounidense está relacionada estrechamente con la actividad legislativa y por tanto normativa del Estado.

El Estado norteamericano no es producto de una cohesión social, cultural o racial. A diferencia de su país vecino —cuya población mantenía profundos vínculos históricos y étnicos, pero un Estado criollo y débil—, la Unión Americana se configuraba como una nación joven, en formación, integrada por un gran número de desterrados europeos y de diversos grupos sociales que se amalgamaban, conservando una fuerte noción de origen, ultramarino y no local, que fundamentaba sus nuevas identidades.

Estados Unidos es el producto de un consenso político, ideológico y social, en el que un grupo de políticos

liberales asumieron el poder en una sucesión de presidencias que se institucionalizaron muy pronto como un régimen bipartidista. Este bipartidismo, ya peculiar de esa nación, expresa también la rivalidad entre dos tendencias económicas y de concepción acerca de la Unión, *grosso modo*: los nordistas, impulsores de la industria y del trabajo libre, contrarios al esclavismo; abolicionistas de principio y promotores del capitalismo liberal fundado en la libre empresa; por otro lado los sudistas, que basaban su economía en la agricultura con base en la explotación del algodón, fundada en el esclavismo; grupos sociales con una mentalidad de frontera, con tendencias secesionistas y más daclaradamente anexionistas.

Ese bipartidismo expresa también la contradicción intrínseca entre el movimiento expansionista y las tendencias secesionistas. Esta contradicción, a mi modo de ver, da sentido y dirección a la historia de Estados Unidos durante el siglo XIX.

Josefina Z. Vázquez, quizá la más docta historiadora de esta guerra, dice que el expansionismo es connatural a la experiencia estadounidense. No sólo por la presión natural a la colonización de tierra adentro que ejercieron los millones de inmigrantes llegados en distintas hordas por



Niña indígena pintando cerámica, E.U., ca. 1920 (Fondo Cultuacán, Fototeca INAH, inv. 459 809)

el Atlántico, sino también por su peculiar mentalidad innovadora, que representó una experiencia de ruptura con la sociedad europea, al tiempo que participaban en la creación de una nueva nación. En los hechos tenían que construir todo (o quizás acabar con todo) para colonizar y avanzar.

La presencia de líderes religiosos, muchos de ellos perseguidos en Europa a causa de sus ideas, permitió un discurso de renacimiento que formó parte de la ideología que se iba gestando por y para el movimiento. La creación de dos religiones autóctonas hacia finales del siglo XIX: la Iglesia de los Santos de los Últimos Días y los Testigos de Jehová, es, a mi entender, una expresión concreta de la pujanza del movimiento y del tipo de ideas que produjo para reproducirse a sí mismo. A este respecto, Josefina Z. Vázquez escribe: "...las diversas formas de pensamiento utópico o reformador, que se multiplicaron durante la primera mitad del siglo XIX, también sirvieron de estímulo para empujar a los hombres al oeste: ya fuera para evitar la esclavitud, para fundar socie-

dades más perfectas o para preservar la práctica de la poligamia —como en el caso de los mormones".²

En tanto movimiento social, el expansionismo se fundó entonces en la oposición al modelo europeo y en la práctica de la renovación y la construcción de una nación que es la América. Los *americanos* son el nuevo sujeto social producto del movimiento. *América para los americanos*, la frase más célebre de la Doctrina Monroe, es la expresión más pura de la peculiar ideología que da sentido y justificación al crecimiento de la nación norteamericana.

El expansionismo y el seccionalismo fueron haciendo así, con su contradicción, el movimiento de construcción de los Estados Unidos. Pues mientras el expansionismo como ejercicio del poder y de la política implicó siempre intereses partidistas, el seccionalismo se mantuvo latente como salida a esa tensión aunque atentaba contra *la unión*, justificación última del expansionismo.

El expansionismo, fuese defendido o cuestionado, representó la forma en que ese Estado se consolidaba, al ir incrementando su territorio. La introducción de nuevos estados en la Unión significaba la potencial pérdida del equilibrio político entre sudistas y nordistas. El Estado tendió a buscar el equilibrio, pero con frecuencia se produjeron tensiones y riesgos de secesión. No era la anexión de territorio lo que cuestionaban algunos políticos, sino el hecho de que una vez sido aceptados como estados de la Unión Americana, se les considerara esclavistas o libres. En esto radicaba el equilibrio para que se mantuviese la Unión.

The Mexican War fue entonces un recurso estratégico del Estado norteamericano para conseguir el territorio de la Alta California y con él el puerto de San Francisco. La reconstrucción histórica de este acontecimiento, desde la perspectiva estatal, fue dejando la sensación de que leemos la *crónica de una guerra anunciada*, porque no queda duda que se trata de una guerra planificada y dirigida desde Washington.³

Dentro del Estado norteamericano, no existió sin embargo una sola postura en relación a la guerra con-

² Josefina Z. Vázquez, "¿Dos guerras contra Estados Unidos?", en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *De la rebelión de Texas a la guerra del 47*, México, Nueva Imagen, 1997, p. 14.

³ No cabe duda de que también para los políticos en el poder en México se trató de una guerra de Estado en el sentido de asumirla como una posibilidad de consolidar su poder, sobre todo ante la eventualidad de un acuerdo financiero con el gobierno de Polk. Si bien los acontecimientos les fueron adversos, las elites del ejército criollo pretendieron sacar prebendas políticas de esta coyuntura, pero ese otro lado de la moneda de esta historia es motivo de un segundo artículo.

tra México. Hubo opositores célebres como el expresidente John Q. Adams; la guerra y su objetivo, la obtención de una salida territorial al Pacífico, desataron aun antes de su consumación un álgido debate en las cámaras del congreso, especialmente en torno al tema de la esclavitud y el futuro político de los nuevos estados. Esta guerra vino a cuestionar todo el ejercicio estatal y a poner en riesgo los intereses partidistas, regionalistas y unionistas. Es sin duda *The Mexican War* un acontecimiento que precipitó o anticipó otra guerra, esta vez intramuros, la guerra civil, que ha sido calificada como la más sangrienta y trastornadora guerra ocurrida en Estados Unidos, en la que los ferrocarriles jugaron un papel principal, quedando en la memoria de los estadounidenses como un acontecimiento patrio y fundador.

Por el contrario, esta *Mexican War* tan exitosa, en términos de sus objetivos y su realización, quizá por haber sido una “guerra de conquista”, una guerra sin héroes de la que se dijo que servía a los intereses de la esclavitud, una guerra que desató apasionadas polémicas en aquel país, será olvidada con el tiempo, quedando en la memoria colectiva norteamericana como algo nebuloso o inexistente. Incluso la historiografía estadounidense la ha relegado dándole poca importancia. Curioso. Esta historia será sustituida por un mito, aquel del hombre que se hace a sí mismo, el mito del progreso y la libertad que conquistan territorios de nadie para transformarlos en paraísos de leyes y civilización.

La guerra contra México y el presidente James K. Polk

En el año de 1844 se celebraron las onceavas elecciones presidenciales en Estados Unidos. La anexión de Texas a la Unión Americana fue el tema más polémico en el debate electoral en aquel momento. Aparentemente sólo James Knox Polk —el candidato por el Partido Demócrata— asumió una posición anexionista de manera abierta, tomándolo como uno de los puntos de su programa de gobierno. Aunque sin mucho margen, ganó las elecciones.

Recordemos que Texas había declarado su independencia en 1836, tras la rebelión de los colonos angloamericanos contra el gobierno mexicano, encabezada por los Austin y por Samuel Houston. Para 1845, año en que pasó a formar parte de Estados Unidos, Texas era entonces una república no reconocida oficialmente por México.

Parece ser que el éxito de la campaña a la presidencia de Polk se basaba en su discurso abiertamente expansionista. El candidato era considerado un sureño, esclavista



Grupo de indígenas, retrato, San Diego, ca. 1870-1880 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 451 783)

y hasta el primer *dark horse* de la política norteamericana. Era hijo político de Jackson. Había hecho carrera con el Partido Demócrata al que se oponían los “Whigs”, un partido efímero pero de origen nordista que se formó precisamente para oponerse a la candidatura de Jackson (entre 1825 y 1830). Más tarde, en 1854, del Partido Whig se creó el Partido Republicano.

Es posible que al momento de asumir la presidencia de su país, en 1845, James Polk ya tuviera en mente la idea de la guerra contra México. Uno de los lemas electorales fue “Cincuenta y cuatro cuarenta o guerra”, en relación al territorio de Oregon en disputa con Inglaterra. A Texas la consideraba como un territorio reanexado a los Estados Unidos. Paradójicamente, los documentos de la época y su propio *Diario* permiten arribar a la conclusión de que mientras la confrontación con Inglaterra fue algo que todo el gobierno norteamericano tendió a evitar —y lo mismo hizo Gran Bretaña—, la guerra contra México fue cada día mas necesaria a los intereses de Estado y a la obligación de fortalecer la unidad *americana*



Indígenas, retrato, San Diego, ca. 1870-1880 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 451 788)

na. Y entonces fue Texas el argumento político para propiciar el conflicto, y fue el ejército del general Taylor el instrumento para detonar el enfrentamiento bélico.

No obstante considerar al expansionismo estadounidense como una causal de la guerra contra México, en todas las versiones de esta historia se ha asignado una particular responsabilidad al presidente James Knox Polk (1795-1849).

Esta responsabilidad de Polk en *The Mexican War* a la que todos los historiadores contemporáneos hacen referencia no es fortuita. Por principio, Polk llevó un minucioso *Diario* de sus actividades políticas y una de sus acciones más importantes, en tanto presidente de Estados Unidos, fue precisamente esta guerra. Esta confrontación con México fue para él un asunto primordial entre finales de 1845 y principios de 1848. Curiosamente, Polk perdió mucho de su interés por este tema apenas supo que

se firmaría el tratado de paz con México, entonces lo dominó la idea de comprar la isla de Cuba, California y Nuevo México, pasando a ser ahora éstas sus prioridades.

Después de su publicación en 1910, el *Diario* del presidente Polk se volvió una de las fuentes obligadas en esta historiografía. Pero además, la primera lectura del texto deja una fuerte sensación del protagonismo estelar que el propio Polk se obsequió a sí mismo en sus relatos. Es él quien, por obra del discurso, hizo la guerra, pudiendo decir que fue *su* guerra.

En su discurso personal, James K. Polk se asume como el director de *The Mexican War*, esperando que sus amigos del congreso y de otros puestos le dejaran dirigir a su modo este asunto, tal como él lo creyera conveniente; se enojaba cuando alguien no obedecía sus órdenes y, aunque aparentando serenidad y templanza, en su fuero interno, juzgaba con severidad a quien hablaba en su contra; era *él*, en tanto Presidente, quien mandaría, quien decidiría, quien concentraba toda la información e iba imaginando al discutir con su gabinete los pasos a seguir en la conducción de la guerra. Cuidaba todos los frentes y se preocupaba por lo que él llamaba los detalles. Pensaba, por ejemplo, en enviar algunos sacerdotes católicos acompañando al ejército de su país a México, con el fin de “desengañar a los mexicanos” que, bajo la influencia de los curas y siendo ignorantes como son, “podrían llevar una guerra desesperada y más sanguinaria para nuestro ejército”; pensaba en el número de voluntarios que cada estado debería aportar, proponía y daba seguimiento a los proyectos de ley; en colaboración con su gabinete redactaba mensajes al congreso o cartas con instrucciones para militares o representantes de su gobierno; se hacía aconsejar por las personas conocedoras para formarse una idea precisa.

El propósito de la guerra, expreso en su *Diario*, era la conquista de California, por lo que resultaba necesario tomar Nuevo México y después todo el territorio que fuera posible anexar. Su objetivo era lograr una guerra de corta duración y lo menos costosa posible. Su estrategia era la posesión militar de California y Nuevo México, el bloqueo portuario y la invasión de territorio al sur del Río Grande, que si bien en un primer momento sería intentado vía Chihuahua y Monterrey, después se decidiría por tomar Veracruz y asaltar la capital de México.

Este cambio de planes en la estrategia de Washington también lo advierte el historiador Roa Bárcena que, sin conocer la existencia del *Diario* de Polk —pero habiendo presenciado los acontecimientos—, concluye en sus *Apuntes para la historia de la invasión norteamericana*:

Tuvo (la guerra) dos fases o períodos principales, abrazando el primero de ellos desde las primeras batallas del lado de allá del Bravo (Palo Alto y Resaca), hasta la de la Angostura, y figurando en este primer período como principal jefe Taylor; y predominando el mayor General Winfield Scott en el segundo, abierto con el asedio y la toma de Veracruz, y cerrando con la toma de México y la celebración del tratado de paz.

Desde el asedio y toma de Monterrey de Nuevo León, el ejecutivo (se refiere a Polk y su Gabinete), comprendió lo tardío de los resultados del plan de Taylor y resolvió cambiar el de todas las operaciones y acelerarlas tomando el camino más corto para la capital de México. Siendo dueños del mar sus buques, estimó fácil desembarcar su ejército en algún punto de la costa oriental, eligió a Veracruz, llamó a Scott a fines de noviembre de 1846 y le hizo tomar el mando de todo el ejército invasor, que de ante mano le había sido conferido, encomendándole la ejecución del nuevo plan. Scott, antes de salir de los Estados Unidos, se dedicó activamente a tomar las disposiciones necesarias, y anunció a Taylor que se vería en la necesidad de privarle de sus mejores tropas... el ejército de Río Grande quedó considerablemente debilitado antes de medirse con el grueso de las fuerzas mexicanas en la Angostura.⁴

Es evidente que la dirección de Washington en el curso de la guerra contra México fue advertido en el momento mismo en que sucedían los acontecimientos. Sin embargo, el argumento más importante para concluir que James Polk, en tanto presidente de los Estados Unidos junto con su gabinete, tuvieron una fuerte participación histórica en *The Mexican War*, es que los acontecimientos militares de esta guerra, es decir, la primera escaramuza en la rivera del Río Grande, ocurrida el 25 de abril de 1846, las batallas subsecuentes, la ruta de invasión y el tipo de ataque, tal cual sucedieron realmente, fueron primero imaginados, o a veces sólo intuidos por el poder ejecutivo de Washington. Acontecimientos que antes de suceder fueron pensados y examinados por él y su gabinete como estrategia para conseguir la cesión de territorio por parte del gobierno mexicano.

Esto es así por ejemplo para el caso de la escaramuza que dio motivo a la declaración de guerra, la toma de Monterrey, Chihuahua, la toma del puerto de Tampico, la ciudad de Veracruz y de la Ciudad de México. Además de la decisión del bloqueo de los principales puertos

de México —que antecedió a la declaración misma de guerra—, Polk y su gabinete van tomando decisiones cada martes y cada sábado sobre cómo y de qué manera proseguir la guerra, con el fin expreso de presionar a la negociación de la paz lo más pronto posible.

Tengo la impresión, al leer su *Diario*, que la estrategia de guerra se va construyendo a partir de la información que recibe Polk de los implicados en el evento, como el general Taylor en el río Bravo y en Monterrey, de sus consejeros como el coronel Benton, senador por Kentucky, quien le sugiere la osada idea de tomar la Ciudad de México y logra convencerlo rápidamente de llevar a cabo esta acción, de las propuestas del general Winfield Scott, quien fue nombrado jefe supremo de las fuerzas de invasión de Estados Unidos, o de visitantes como el misterioso caballero llamado coronel Alejandro Atocha, quien le insinúa venir en representación del general Santa Anna, exiliado en aquel momento en La Habana, para proponerle un trato muy suspicaz, que incluía el regreso de Santa Anna al poder en México, y que ciertamente parece dejar intrigado al señor presidente.

A través de la lectura de su *Diario*, se puede conocer el manejo político cotidiano de Polk y su gabinete. Metafóricamente, nos asomamos por una cortina de la oficina de Polk y presenciamos cómo trabaja un presidente en la Casa Blanca, cómo se ve él a sí mismo, cómo ve a los demás. En el texto se perciben los distintos niveles de la comunicación entre los hombres del gobierno, aquello que es secreto, las misiones secretas, aquello que se insinúa, la intriga política, aquello que es público, o aquello que sólo Polk piensa y no dice. Se percibe también la lucha partidista, de facciones y por la sucesión presidencial. Se palpa una tensión con los altos mandos del ejército a nivel de la toma de decisiones, especialmente con el general Taylor (futuro presidente de los Estados Unidos), a quien Polk considera incapaz para el mando y sobre todo con el general Scott (posterior candidato a la presidencia por el partido Whig), por quien Polk guarda una gran desconfianza a causa de su insubordinación y oposición a su administración.

Y conforme iban sucediendo estos acontecimientos y el presidente con su gabinete recibían despachos del correo del Sur, al tiempo que discutían y tomaban decisiones para los futuros pasos en la prosecución de la guerra, hasta conseguir la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, a principios de 1848, James Polk escribía y relataba en su *Diario* las conversaciones, acuerdos y las visitas, cada que tenía un tiempo, a solas, con alto detalle y conciencia de su posición de presidente de los Estados Unidos, como quien se adelanta a la historia y le deja su huella.

⁴ José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*, vol. 1, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, pp. 56-58.

HISTORIA

Junto con Polk, vamos construyendo la estrategia de una guerra que políticamente suscitó controversias, excitación pública, entusiasmo y temor, alborozo e indignación en la Unión Americana. Por esta guerra Polk se hizo enemigos políticos que lo atacaron con dureza. Él hacía grandes esfuerzos por permanecer impasible al huracán que se desató por el control de la guerra y su botín. Era un hombre muy enérgico, de gran vitalidad y capacidad de concentración, sin embargo su salud, de naturaleza frágil, decayó bastante hacia el final de su administración en la que, literalmente, se le fue la vida. Murió apenas unos meses después de terminar su mandato, en junio de 1849, y fue enterrado en la ciudad de Nashville, Tennessee.

Con todo esto quiero decir que, tras la lectura pausada de su largo *Diario*, se hace evidente la profunda implicación del presidente Polk en los sucesos bélicos de 1846. Una implicación personal y política que sin embargo no explica en sí misma el por qué de la guerra. En tanto presidente de los Estados Unidos, Polk fue un personaje público que condensa en su hacer las pulsiones más vitales del movimiento expansionista y les da curso y sentido histórico.

Bibliografía

Cabrera, Luis (recop., trad., pról. y notas), *Diario del Presidente Polk (1845-1849). Reproducción de todos los asientos relativos a México, tomados de la edición completa de M.M. Quaiyer con numerosos documentos anexos relacionados con la guerra entre México y Estados Unidos*, México, Antigua Librería Robredo, 1948.

Paso, Fernando del, *Noticias del Imperio*, México, Diana Literaria, 1998.

Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*, 2 vols., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.

Schumacher, María Esther (comp.), *Mitos en las relaciones México - Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Valadés, José C., *Breve historia de la guerra con Estados Unidos*, México, Diana, 1993.

Vázquez, Josefina Zoraida (coord. e introd.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, México, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997.

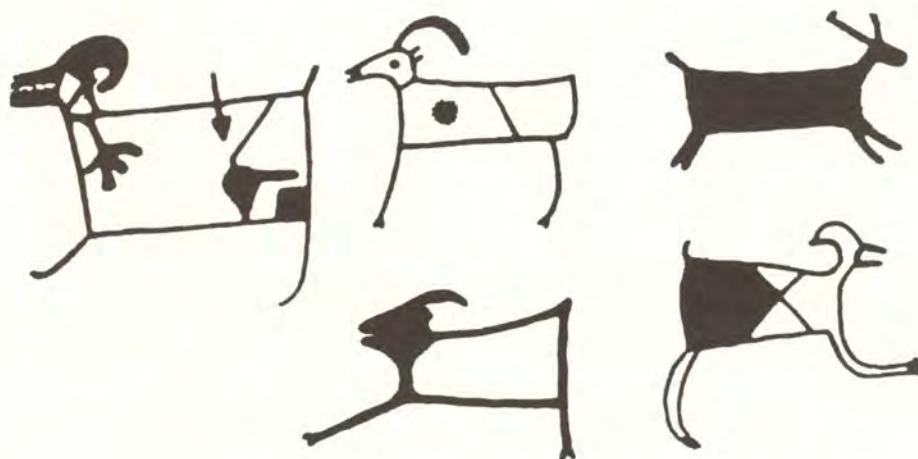
—, “A manera de introducción”, en *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997.

—, “¿Dos guerras contra Estados Unidos?”, en Josefina Zoraida Vazquez (coord), *De la rebelión de Texas a la guerra del 47*, México, Nueva Imagen, 1997.

Velasco Márquez, Jesús, “La separación y la anexión de Texas en la historia de México y los Estados Unidos”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *De la rebelión de Texas a la guerra del 47*, México, Nueva Imagen, 1997, pp. 125-165.

Velasco, Jesús y Thomas Benjamin, “La guerra entre Estados Unidos y México, 1846-1848”, en Schumacher, María Esther (comp.), *Mitos en las relaciones México - Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Weber, David J., *La frontera norte de México, 1821-1846. El sudoeste norteamericano en época mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.



Juan Luis Sariego Rodríguez

Desarrollo e interculturalidad en la Sierra Tarahumara

Entre los muchos aspectos presentes en el debate actual sobre el desarrollo, el tema de las implicaciones de las variables socioculturales ha adquirido una creciente importancia. Tanto en el ámbito de la academia como en el de las instituciones públicas y los organismos no gubernamentales, cada vez es más evidente que el término desarrollo connota significados muy distintos entre grupos humanos cuyas matrices culturales, cosmovisiones y prácticas sociales son diversas, particulares y diferenciadas. Por eso mismo, y a pesar de las tendencias hacia la globalización, se impone cada vez con más claridad la necesidad de concebir microproyectos de desarrollo que en su diseño, metas y evaluación incorporen las visiones sobre el bienestar de los grupos sociales a los que van dirigidos.

El caso de algunas poblaciones indígenas de América Latina que han mantenido por siglos bastantes de sus elementos culturales distintivos resulta ilustrativo de lo que venimos planteando. En muchas circunstancias se resisten (de forma activa o pasiva) a asimilarse a las concepciones sobre el desarrollo económico del entorno occidental que les circunda, son reacias a aceptar los programas gubernamentales que se les trata de imponer y permanecen en sus "regiones de refugio" tratando de preservar, no sin conflictos, sus propias percepciones y convicciones sobre el sentido de la vida y del cambio.

Las reflexiones que planteo a continuación derivan de esta preocupación y son sólo algunas de las lecciones aprendidas a partir de mi experiencia y de una revisión sistemática de los resultados de los programas de desarrollo que diferentes agencias públicas y privadas han

ensayado durante los últimos cincuenta años con los grupos indígenas que viven en la Sierra Tarahumara, en el estado de Chihuahua, al norte de México. En este vasto territorio, porción de la Sierra Madre con una extensión de cerca de 60 000 km², viven en pequeñas rancharías dispersas en un medio geográfico sumamente agreste, cerca de 90 000 indígenas, en su mayoría *rarámuri* (tarahumaras) y en menor medida *ódame* (tepehuanes), *warijón* (guarijónes) y *o'oba* (pimas). Desde principios del siglo xvii, todos ellos han mantenido un contacto estrecho con la cultura occidental, primero a través de los misioneros jesuitas europeos y posteriormente con colonos mineros, ganaderos, agricultores y madereros que llegaron a estas tierras en busca de fortuna. Se estima que actualmente los indígenas son sólo una tercera parte del total de los habitantes de la Sierra Tarahumara; el resto son los mexicanos descendientes de aquellas diferentes generaciones de inmigrantes europeos.

A lo largo de cuatro siglos de penetración occidental, estos pueblos indígenas han sido objeto de muy variadas estrategias de asimilación cultural y de integración a los patrones del desarrollo económico de la nación, pero, a decir verdad, los resultados de esta larga "cruzada indigenista" son, en el mejor de los casos, exiguos. En efecto, y de acuerdo con las cifras gubernamentales, los grupos étnicos de la Tarahumara concentran en la actualidad algunos de los índices más drásticos de México en materia de analfabetismo, desnutrición, mortalidad infantil y carencia de servicios de educación, salud, energía eléctrica, vías de comunicación, agua entubada y drenaje. Para colmo de males, este territorio abrupto se ha



Hombres tarahumaras con palos y pelota en un paraje, retrato, Chihuahua, ca. 1905 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 350 779)

convertido en las últimas décadas en un lugar de degradación forestal y en una región predilecta para la siembra y comercio de estupefacientes.

Este fracaso de las políticas nacionales de integración y desarrollo tiene como contraparte la tenaz resistencia de los indígenas a mantener firmes sus convicciones y prácticas culturales expresadas, entre otras cosas, en la dispersión y atomización de los asentamientos y viviendas, el mantenimiento de un complejo agro-ganadero de bases tecnológicas simples, la persistencia de rituales agrarios prehispánicos ligados siempre al consumo del *tesgüino* (bebida alcohólica elaborada a partir de la fermentación del maíz), la práctica de la medicina tradicional, la organización de sistemas de gobierno y justicia ajenos al control del Estado nacional y, en fin, una compleja cosmovisión centrada en una serie de concepciones sobre el territorio, el equilibrio del hombre con la

naturaleza, el alma y los estados de salud y enfermedad, el sentido de la vida y el destino de los muertos. Sólo para poner un ejemplo que permita entender cuán alejada se encuentra esta cultura de las raíces del pensamiento occidental, baste decir que los *rarámuri* o tarahumaras —a quienes me refiero más explícitamente en este texto— se consideran a sí mismos como “las columnas del mundo”: ellos propician, a través de sus rituales y danzas, que el ciclo de la vida no cese, que la regularidad de la noche y el día, el ritmo de las estaciones y la seguridad de las cosechas sean posibles, porque ellos son los únicos hijos de Dios-*Onoriame* (que es a la vez hombre-mujer); los demás son criaturas del diablo.

¿Cómo explicar esta paradójica incomunicación entre dos culturas, una hegemónica, pero incapaz de hacer valer sus principios en el mundo indígena; la otra, subalterna y obligada a pagar un alto costo social para poder perpetuarse?, ¿cómo justificar tantos fracasos reiterados del gobierno, las iglesias y los grupos civiles, muchas veces investidos de una mística y una ética intachables, para hacer valer sus convicciones y prácticas sobre el desarrollo?

Entre otras muchas, dos me parecen ser las claves fundamentales para explicar esta incomunicación intercultural y entender muchos de los fracasos de los proyectos de desarrollo emprendidos en la Sierra Tarahumara. La primera tiene que ver con una arraigada práctica entre las agencias de desarrollo de sustentar sus programas en una perspectiva sobre la vida comunitaria, que está lejos de corresponder a la que los propios tarahumaras tienen de sí mismos. La segunda se refiere más específicamente a la incompatibilidad cultural entre las visiones occidental e indígena sobre el desarrollo económico y el bienestar social.

Comunidad indígena versus comunitarismo indigenista

Desde la época de los primeros contactos, los misioneros europeos estuvieron persuadidos de que el cambio social de los tarahumaras —su salvación— sólo podía ser posible a partir de que éstos aceptaran —de buen grado o como resultado de la imposición— formas colectivas y comunales de organización. Esta estrategia implicó propugnar por la vida en comunidad, la fijación sedentaria en el territorio, la asimilación de prácticas productivas agrícolas (y no cazadoras-recolectoras), la creación de pueblos, la aceptación de un régimen centralizado de autoridad y representación políticas, un cierto igualitarismo económico y, en general, la conformación de patrones de acción en los que el individuo



Mujeres en carrera a campo traviesa, Chihuahua, ca. 1965. (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 380 534)

apareciera subordinado a la colectividad. En suma, pues, una defensa a ultranza de lo que podríamos llamar un “comunitarismo indigenista”.¹

Esta estrategia de desarrollo, que se tradujo durante la época colonial en la “reducción” de los indios a los pueblos de misión, el trabajo colectivo de la tierra y la imposición de formas de gobierno y justicia vigiladas por los misioneros, habría de ser el sustento de las políticas del gobierno mexicano hacia estos grupos étnicos a lo largo de los siglos XIX y XX. Hacia 1900, los gobernantes de Chihuahua, convencidos de que la dispersión geográfica y el arraigo a las costumbres de los indígenas eran el principal obstáculo para su desarrollo y “civilización”, intentaron, sin éxito, crear colonias agrícolas tarahumaras, obligando a éstos a fijarse en el territorio, asistir a la

¹ Utilizo los términos “indigenismo” e “indigenista” para referirme a las concepciones, justificaciones y reflexiones teóricas, así como a las estrategias y acciones institucionales que han tenido como objeto integrar económica y culturalmente a los grupos indígenas a la nación mexicana.

escuela y practicar la agricultura moderna. Entre las reformas sociales emprendidas por los gobiernos nacidos de la Revolución mexicana (1910-1920), dos afectaron particularmente a los grupos étnicos de la Tarahumara: la creación de los ejidos (con tierras agroganaderas y reservas foresales) y la implantación de los internados, donde los niños indígenas, traídos desde sus poblados de origen, eran recluidos durante todo el año escolar para aprender y ejercitar los principios fundamentales de la lecto-escritura, las operaciones básicas del cálculo aritmético, ciertas nociones sobre la historia nacional y el aprendizaje de algunos oficios manuales (agricultura, fruticultura, carpintería, herrería, sastrería, curtiduría, etcétera).

Desde 1952 el gobierno mexicano asumió una participación más decisiva en el desarrollo de los tarahumaras al erigir en la sierra de Chihuahua un Centro coordinador dependiente del Instituto Nacional Indigenista (INI), organismo público encargado de la política federal en materia indígena. El INI ensayó desde entonces hasta



Tarahumara frente a elementos simbólicos, Chihuahua, ca. 1965 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 380 749)

la fecha muchos programas en materia de desarrollo forestal y agropecuario, educación en escuelas-albergue y bajo el régimen de internados, alimentación, clínicas y centros de salud, caminos y comunicaciones, etcétera. Todos estos programas tienen algo en común: parten del principio del comunitarismo indigenista: los indios deben de asumir formas colectivas de vida, organización, gobierno y trabajo para poder acceder a los beneficios del desarrollo. En las dos últimas décadas, el indigenismo ha tratado incluso de incorporar algunos de los lemas del etnodesarrollo, proponiendo que sean los propios grupos étnicos quienes definan las prioridades de los proyectos de desarrollo, pero siempre bajo el control y la fiscalización del Estado. Así por ejemplo, en 1986 fueron creados los Comités comunitarios de planeación (COCOPLAS) para que, a través de la participación comunitaria, los poblados definieran sus propios proyectos y, en 1992, el gobierno federal instauró los Fondos regionales de solidaridad, concebidos éstos como microempresas productivas relativamente autónomas y con capacidad de financiamiento público.

Más allá de las buenas intenciones en que están inspirados, es evidente que todos estos programas han sumado más fracasos que éxitos. Basten algunas evidencias: según datos oficiales de 1995, los casi 260 mil habitantes que residen en la Sierra Tarahumara se asientan en más de 6 800 localidades, que en un 52 por ciento son asentamientos de una o dos viviendas y, en conjunto, la densidad de población es sólo de 4.2 habitantes por km², lo que habla por sí mismo del fracaso de las políticas de concentración demográfica. El complejo agro-ganadero tarahumara opera con niveles de productividad muy por debajo de los estándares nacionales. La explotación intensiva del bosque por parte de los ejidos y las empresas forestales está provocando una erosión y un deterioro ecológico irreversibles en muchas zonas. Las sequías cíclicas derivan periódicamente en coyunturas de hambrunas y desnutrición infantil; las escuelas registran altas tasas de ausentismo debido en gran parte a que los niños, para llegar a ellas, deben recorrer largas distancias desde sus rancherías de origen. La medicina oficial no ha logrado desplazar las prácticas curativas tradicio-



Familias tarahumaras en espacio rústico, Chihuahua, ca. 1965 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 380 731)

nales. Y los programas de promoción de pequeñas empresas y asociaciones productivas sustentados en criterios asociacionistas han fracasado en esta sociedad donde lo que predomina es la dispersión y atomización espacial de los núcleos familiares.

Estas evidencias, y otras más que pudiéramos aportar, muestran un hecho insoslayable: muchas de las estrategias del desarrollo aplicadas en la Tarahumara se sustentan en una concepción occidental de la comunidad que no es la propia de los grupos indígenas de este territorio. Para ellos, el núcleo central de la organización social es el individuo y la estructura familiar doméstica. Los pueblos no son pueblos sino una red diseminada de pequeños asentamientos autónomos tan dispersos como dispersos se encuentran en este ecosistema los recursos del agua y de la tierra. El respeto y el reconocimiento particularizado por cada individuo son tales, que tradicionalmente y para identificarse o nombrarse, un tarahumara no cuenta con apellidos ni marca alguna de pertenencia a un linaje o clan territorial, sino simplemente con un sobrenombre que hace referencia al para-

je de residencia. La propiedad tampoco es colectiva sino individual, aun en el seno mismo de la familia, donde los esposos conservan, por separado, sus tierras y donde la herencia se transmite, por partes iguales, entre los hijos, sean éstos hombres o mujeres. El trabajo en común se limita a formas de reciprocidad entre individuos pero no tiene el carácter de empresa cooperativa orientada a obtener beneficios de uso colectivo. Como consecuencia lógica de la dispersión, los espacios y las ocasiones de la sociabilidad son sumamente restringidos y se limitan a las celebraciones rituales, siempre acompañadas de la bebida del *tesgüino* que, en muchos casos, deriva en borracheras colectivas. Como lo ha mostrado un antropólogo norteamericano,² estas *tesgüinadas* son el momento preciso —y a veces, el único— para establecer alianzas matrimoniales, hacer arreglos económicos, mostrar a través de la oratoria la capacidad de liderazgo, intercambiar

² Puede verse al respecto John G. Kennedy, "Tegüino complex: the role of beer in Tarahumara culture", en *American Anthropologist*, v. 55, 3, parte 1, pp. 620-640.

información útil, juzgar a quien ha cometido algún delito y, en no pocas ocasiones, externar formas de conducta violenta.

Los principios con que se rige y ejerce el gobierno indígena —presidido por un gobernador o *siríame* que se auxilia de un conjunto de funcionarios subalternos— son de un orden cultural muy diferente a los de la democracia formal, división de poderes, sufragio electoral, voto directo, plebiscito, partidos políticos, representación indirecta y otros más que presiden la cultura política nacional. En el medio indígena no hay una separación formal entre el ámbito de lo civil, lo político y lo religioso; la tradición está por encima del contrato social; los derechos individuales se conciben limitados por los de los demás; la autoridad es elegida a partir del reconocimiento del prestigio social; en la toma de decisiones nunca opera el principio de la mayoría sino el del consenso, lo que en ocasiones implica largos procesos de consulta “hasta que todos estén de acuerdo”; las autoridades mantienen una lealtad primaria al pueblo que los nombró y éste puede revocarles su mandato sin que existan tiempos estipulados en el ejercicio de los cargos; las decisiones consensadas adquieren el carácter de obligatoriedad moral y de norma social y su transgresión se convierte en objeto de sanciones.

Este conjunto de elementos culturales no puede por menos de chocar con la lógica que inspira muchos de los programas de desarrollo que han tratado de imponerse, desde fuera, a los tarahumaras. Casi siempre se exige de ellos mecanismos de toma de decisiones que en tiempo y forma contradicen el modo indígena de proceder. Los principios asociativos y colectivistas que inspiran programas como las escuelas albergues, los centros de salud, el trabajo en común en la construcción de caminos vecinales y la conformación de empresas cooperativas de producción artesanal o agropecuaria chocan abiertamente con una tradición de sociabilidad restringida. Es también común que los promotores técnicos de estos proyectos traten de suplantar a las autoridades tradicionales, monopolizando los canales de comunicación entre el mundo indígena y el entorno de las agencias públicas o no gubernamentales. Pero también sucede, en ocasiones, que estas agencias llegan a invertir a las autoridades autóctonas de poderes y responsabilidades (como la distribución de ayudas alimentarias y crediticias) que están más allá del rango de las atribuciones conferidas por sus representados, lo que, en ocasiones, acaba por generar un descrédito de su prestigio moral. Por muchas de estas razones, las propuestas de desarrollo resultan ajenas y extrañas al modo de pensar y actuar indígena y

son por ello objeto de rechazo. Su aceptación representaría una transgresión a principios y costumbres profundamente arraigados.

Desarrollo versus tradición

En los *nawésari* o sermones que los gobernadores tarahumaras acostumbran a impartir todos los domingos y en las ceremonias rituales, aparece siempre un principio moral recurrente: todo *rarámuri* debe seguir el buen camino, el que Dios-*Onorúame* estableció desde el principio del mundo; debe respetar la tradición, repetir lo que hicieron los *anayáwari* (antepasados) y seguir celebrando fiestas, ofreciendo maíz y tesguino a Dios. No hay duda de que un paradigma ético de tal naturaleza contradice el concepto occidental del desarrollo, el crecimiento, el cambio y la innovación. Esta diferencia de perspectivas parece explicable si tomamos en cuenta que los tarahumaras, como otros muchos grupos indígenas, entienden la vida a partir de un esquema cíclico —y no lineal, como en la cultura occidental— ligado al ritmo de las estaciones.

Pero en realidad esta actitud indígena de recelo y desconfianza tiene raíces en su propia experiencia histórica: el uso —o abuso— intensivo que los agentes occidentales han hecho de sus bosques, tierras y aguas y la depredación ecológica derivada de ello no son los mejores argumentos para convencerles de las bondades de la idea del progreso económico que tanto predica el gobierno. Los criterios de la acumulación-reinversión de la riqueza y de la recurrencia al mercado, tan íntimamente ligados a muchas iniciativas y microproyectos de desarrollo, no son tan obvios ni axiomáticos en una sociedad donde el intercambio es sumamente restringido y donde la austeridad es una norma ética. Es preciso, dicen los *rarámuri*, vivir sin muchas cosas para que el hombre, al morir, pueda emprender, ligero y sin cargas pesadas, el camino hacia el más allá.

Además, también el igualitarismo permea la visión indígena sobre la distribución de la riqueza, por lo que las celebraciones festivas se convierten en una circunstancia propicia para que quienes más tienen lo reinviertan en costear estas ceremonias. El *kórima*, término tarahumara que suele ser traducido por limosna, significa en realidad el derecho y la obligación recíproca de cualquier individuo a ser asistido en caso de necesidad de alimentos y ayuda. Por todo ello, acumulación de riqueza y movilidad social no son consignas que tengan una particular aceptación en el medio indígena. Por el contrario, producir lo necesario para sobrevivir y asumir una

cierta austeridad en el consumo parecen ser las conductas más recurrentes.

La actitud indígena frente a la utilización de los recursos naturales de los ecosistemas serranos (tierras, bosques, aguas y minerales) difiere en forma sustantiva del paradigma en que se sustentan muchos de los planes de desarrollo impuestos. En especial, porque estos tienden a proponer como estratégica la vía de la monoproducción (agrícola, forestal, ecoturística) intensiva, mientras que en la lógica indígena predomina el criterio de la diversificación: justamente para defenderse de las inclemencias derivadas de las sequías, los tarahumaras optan por sembrar distintos tipos de plantas y semillas, según gradientes de altitud y niveles de erosión y nunca dejan de recurrir a la caza, la pesca y la recolección de raíces y plantas silvestres. Prefieren el estiércol de sus cabras por encima de los agroquímicos para fertilizar sus tierras y conciben el bosque como un espacio sagrado integral en el que no sólo se reproducen los recursos maderables, sino también las plantas medicinales y los animales comestibles. En abierta oposición a la actitud depredadora de empresas y consorcios forestales, cuenta un relato tarahumara que al principio del mundo, Dios juntó a todos los seres vivos del bosque y les dijo:

Vengo a preguntarles qué opinan sobre si quieren que haya muerte o no. Los animales y las plantas pensaron y dijo un puma gordo: “Los animales grandes no queremos que exista la muerte”. Entonces los animales chiquitos protestaron: “Nosotros, los camaleones, las lagartijas, los sapos y muchos otros, sí queremos que exista la muerte, porque, si no, habrá muchos animales grandes y nos van a pisotear todo el tiempo”. Dios pensó un rato y finalmente tomó en cuenta a los animales pequeños. “Sí, va a haber muerte”, les dijo, “pero los que van a tener más larga vida van a ser los pinos, los encinos y otros árboles más, porque ellos no caminan, no pisan ni hacen daño a nadie”. Y es por ello que existe la muerte y los árboles duran tantos años...³

Después de muchas experiencias fracasadas de desarrollo en la Tarahumara, es tiempo ya de reconsiderar la viabilidad de las tradiciones silvícolas, las culturas agrícolas, los saberes productivos y, en fin, la lógica misma de la “ciencia de los indígenas”, en especial, para resolver uno de sus más acuciantes problemas, el de la autosuficiencia alimentaria.

³ Relato de Josefina Rivas Vega, tomado de Secretaría de Desarrollo Social, *Organización, desarrollo y gobierno indígena en la Tarahumara*, México, Sedesol, 1998, p. 45.



Mujer con su bebé, bebiendo de una jícara, Chihuahua, ca. 1965 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 380 707)

A modo de conclusión: en defensa de la comunicación intercultural

Hasta hoy dos modelos contradictorios se han planteado para explicar las vías del desarrollo y bienestar de los indígenas de la Tarahumara. Uno de ellos, que podemos denominar “indianista”, propugna por dejar que los indígenas se mantengan cerrados en su propio mundo y condena por tanto todo tipo de intervencionismo social que ponga en peligro la pureza e integridad de este universo cultural de hondas raíces históricas. El otro, el modelo “indigenista”, asume que la única vía de futuro para estos grupos autóctonos es su incorporación irreversible al mundo occidental, lo que justifica medidas integracionistas y aculturativas.

Entre una y otra opción cabe pensar en el principio de la interculturalidad. Esta busca asegurar la equidad, el res-

peto y la convivencia entre culturas distintas que, por razones históricas, comparten no sólo un espacio geográfico sino también un cierto destino dentro de una nación.

El contexto de la interculturalidad es por lo demás obvio: resulta impensable creer que los grupos étnicos de la Tarahumara —o de otras latitudes—, a pesar de su relativo aislamiento geográfico, puedan vivir ajenos a la dinámica económica y política del resto del país y aun del mundo. Concebir para ellos un futuro ajeno al de ese entorno resultaría una falsa quimera, porque, en realidad, la relación mutua —vestida de daños, impactos o beneficios— entre el mundo indígena y el no indígena no ha cesado durante cuatro siglos. El actual contexto de globalización económica del que la Sierra Tarahumara no es ajena, quizá tiene ya muchos años de existencia.

La pregunta obligada a la que nos lleva la defensa de la interculturalidad puede resumirse en estos términos: ¿cómo orientarla de foma tal que se aseguren el respeto y la equidad?, ¿cómo hacer compatibles las concepciones y los sistemas —indígena y occidental— de comunidad, territorio, gobierno, justicia, desarrollo y bienestar que, por proceder de matrices culturales distintas, son, por naturaleza, diferentes?

Creo que la respuesta a esta pregunta sólo puede provenir de una defensa a ultranza de la comunicación intercultural. En todos los órdenes de la vida social, será preciso encontrar mecanismos de traducción y convalidación culturales que generen puentes de articulación entre visiones distintas, pero no necesariamente contradictorias y opuestas. Entre otros muchos, concluyo proponiendo tres.

El primero consistiría en hacer, en el contexto indígena, una sana autocrítica del concepto de desarrollo y sustituirlo por el de bienestar. El primero está cargado de demasiados contenidos, connotaciones y simbolismos que se adaptan mal a la idiosincrasia de los grupos étnicos. El segundo es susceptible de ser ajustado y reformulado en situaciones culturales diversas. En tal sentido es impostergable la necesidad de replantear a nivel regional e internacional los medidores, atributos y prioridades del bienestar y, su contraparte, la pobreza, porque uno y otra asumen dimensiones específicas en cada cultura.

Muchas veces, el tiempo es una de las claves para entender la incompatibilidad entre nuestras visiones y las de los indígenas sobre el cambio social. El tiempo de enseñar y aprender, de difundir y socializar, de aceptar las innovaciones y de incorporarlas al núcleo central de la cultura es muchas veces más largo y duradero que los tiempos políticos y de entrega de resultados que rigen la gestión y evaluación de muchos programas de desarrollo.

La interculturalidad requiere de sus ideólogos, promotores y técnicos y es probable que esta tarea esté aún por hacerse no sólo en la Sierra Tarahumara de México, sino en muchas regiones indígenas del mundo. Porque lo que hasta ahora ha predominado entre los organismos públicos y privados ha sido la alternativa de formar cuadros aplicadores y ejecutores de esquemas del desarrollo concebidos desde fuera del universo indígena. Lo que se requiere, en cambio, es algo más complejo: hacer que estos cuadros tengan en sus manos el diseño de las estrategias de bienestar ideadas y concebidas desde la propia cultura indígena.



Estrategias para la socialización infantil en una colonia pobre de la ciudad de Tijuana

En los últimos años los antropólogos han intensificado esfuerzos por estudiar pueblos, ciudades y sociedades complejas, para comprender los procesos que se han dado en torno a los grandes conglomerados humanos, producidos, primero, por efecto de la industrialización y la urbanización,¹ y ahora alentados por las políticas de globalización económica.

Las consideraciones metodológicas surgidas del estudio de estas sociedades complejas son interesantes, y los resultados particularmente significativos para los antropólogos que comprenden la obligatoriedad de penetrar en la problemática de estas poblaciones y en el conocimiento de la cultura que se reproduce en las zonas urbanas del mundo posmoderno.

El objetivo general de este estudio es el describir algunos aspectos del proceso que siguen las familias de una colonia pobre y marginada de la ciudad de Tijuana, para lograr la socialización de sus niños. Parte del considerando que en estos sectores de la ciudad, que se caracterizan por dar la nota de su dinámico crecimiento urbano, las estructuras familiares y el tratamiento dado a los niños y adolescentes presenta peculiaridades propias, que difieren de los patrones identificados como urbanos y rurales ya tradicionales.²

¹ Cf. Íñigo Aguilar Medina, *La ciudad que construyen los pobres*, México, INAH / Plaza y Valdés, 1996.

² Cf. Íñigo Aguilar Medina, *Pobreza y cuidado infantil en el área metropolitana*, México, ENTS-UNAM, 2001; Margaret Mead, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Laila, 1975; José Antonio Pérez Islas (coord.), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La in-*

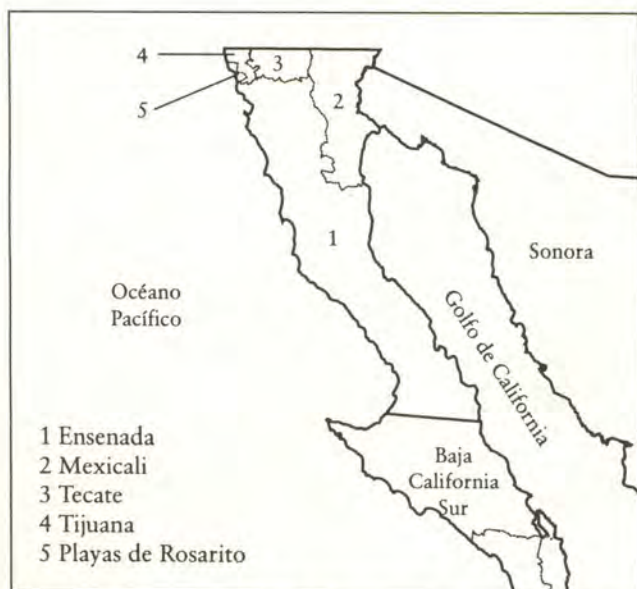
Por diversas circunstancias, muchos de los niños que habitan en este tipo de colonias no tienen acceso a los beneficios que otros sectores de la población disfrutaban, ya que las instituciones de servicio no tienen la capacidad para satisfacer las necesidades de salud, educación, vivienda y recreación para esa población pobre y marginada.³

Tijuana, Baja California, cabecera del municipio del mismo nombre, colinda con el estado más rico de la unión norteamericana. Su situación de ciudad fronteriza le ha permitido registrar un alto índice de crecimiento demográfico durante las últimas cinco décadas, como resultado del crecimiento natural de la población, y por los intermitentes flujos migratorios atraídos principalmente por el mercado de trabajo que ofrece la franja fronteriza y por la posibilidad de cruzar hacia Estados Unidos. Allí encuentran posibilidades de ocuparse en las actividades agropecuarias y de servicio y aquí tienen la oportunidad de trabajar en las maquiladoras, en los diversos tipos de servicios, que dependen en gran parte de la afluencia del turismo estadounidense, como son los hoteles, las cantinas, los restaurantes y los cabarets, o en la venta de variados artículos artesanales.

Una urbanización forzada como la presentada en el municipio de Tijuana, es consecuencia del alto índice de

vestigación de la juventud en México 1986-1999, 2 tt., México, SEP / Instituto Mexicano de la Juventud, 2000.

³ Cf. Margarita Nolasco, "Síntomas de la marginalidad en las ciudades perdidas", en *Antropología e Historia*, INAH, época III, núm. 26, abril-junio, 1979.



División municipal de Baja California, 2001 (Fuente: INEGI, México, 2001)

migración provocada por la demanda de mano de obra en ambos lados de la frontera, factor que actúa con gran fuerza, hasta producir enormes concentraciones de población con una inevitable acentuación de la pobreza urbana.

Dentro de este proceso de urbanización, los migrantes aprenden a adaptarse de manera muy rápida a nuevas formas de vida. Así aparecen novedosas formas de comportamiento, nacen nuevos contactos sociales; el individuo entra en una dinámica de gran movilidad geográfica por la necesidad de trasladarse cada día hacia el trabajo, la escuela o hacia los centros en donde habrá de proveerse de los satisfactores básicos; también se ve obligado a modificar su conducta ante la necesidad de hacer uso de la complicada y siempre cambiante tecnología urbana.⁴

Al municipio de Tijuana han llegado personas de todas las entidades del país, tanto de regiones urbanas como de zonas rurales, quienes portan los rasgos culturales de la región de donde provienen y en muchos de los casos utilizan los lazos de amistad o parentesco, para ubicar el lugar donde van a vivir, lo que en cierta medida va predeterminando las zonas de asentamiento según la región de procedencia de los nuevos migrantes. Se realiza entonces, con el transcurso del tiempo, una nueva forma de

vida en la que se combinan rasgos culturales tanto urbanos como rurales y se empiezan a adoptar los rasgos culturales característicos de la frontera norte del país.

En la actualidad Tijuana es un centro de concentración y redistribución de la población migrante. La que presenta un alto índice de movilidad social, hecho que incide en la organización social y en las instituciones básicas de la ciudad, propiciando la variedad en las estructuras familiares, la reorientación de la función social de la familia y del rol mismo de los parientes dentro del núcleo familiar.

De los cinco municipios de Baja California (*cf.* Plano 1), Tecate, Ensenada, Playas de Rosarito, Mexicali y Tijuana, es este último el que concentra la mayor cantidad de individuos. Para 1960 Tijuana contaba con una población de 165 mil habitantes; desde la década de 1960 a 1970 la ciudad se convirtió en un polo de atracción demográfico y captó población migrante de casi todos los estados de la República Mexicana. Para 1970 el censo registró una población de 340 mil habitantes, y para el año de 1995 la cifra llegó a 991 mil personas, y ya sin contar a la población del nuevo municipio creado en 1995, con una porción del antiguo territorio de Tijuana y llamado Playas de Rosarito, que cuenta con 46 mil habitantes.

Los migrantes presentan formas específicas de apropiación y de adaptación al nuevo entorno urbano, entre las cuales la creación de nuevos espacios es una de ellas, así se tiene que han invadido las lomas, los cerros y las cañadas que rodeaban a la ciudad, espacios en los que han formado extensas colonias, las que van por el norte desde la línea internacional hasta la Misión por el sur, de Las Playas de Tijuana en el oeste y crecen hacia Tecate por el este.

A causa de este urbanismo anárquico, producto de los nuevos asentamientos humanos, la ciudad de Tijuana está considerada como una de las localidades más críticas en el plano nacional. En esos asentamientos, muchas veces irregulares, se presentan problemas de escasez de agua, sistemas inadecuados para el desalojo de las aguas negras, mala calidad de la vivienda, problemas de transporte, y como resultado de las erosiones de tipo hídrico, hay una constante eliminación de la ya de por sí escasa capa vegetal. Así, el paisaje se muestra a nuestros ojos gris, seco y en algunas partes pedregoso.

La colonia Matamoros, que pertenece a la delegación La Presa, y que nos sirvió de referencia para elaborar este trabajo, comparte las características enunciadas anteriormente, y se encuentra ubicada en el límite de la zona urbana e invadiendo parte de la zona rural del mu-

⁴ *Cf.* Rocío Hernández Castro, *Migración y Derechos Humanos. Mexicanos en Estados Unidos, México*, ENEP Aragón-UNAM (Apuntes, 59) 2000.



Colonia popular de Baja California, que ilustra la urbanización forzosa provocada por las grandes olas migratorias hacia la zona fronteriza (Foto: Zazil Sandoval, 1992)

nicipio, donde se puede apreciar la cárcel, los plantíos de olivo, los antiguos ranchos y las gigantescas construcciones de las maquiladoras, lo mismo que el terreno sobre el cual se tienden las líneas de transmisión de la termoeléctrica. Las casas se ubican en línea paralela sobre ambos lados de aquellas líneas de corriente eléctrica que, según los expertos, por sus emisiones, provocan en las personas que viven bajo o cerca de ellas una variedad de enfermedades entre las que está el cáncer.

Hay que recordar que con el programa de industrialización de la frontera, en el año de 1965, se estableció a lo largo de ella una franja de 20 km, para que ahí se colocaran las fábricas que conocemos hoy con el nombre de maquiladoras, y fue en sus cercanías en donde fueron naciendo los nuevos asentamientos irregulares, lo que trajo aparejado presiones sobre el medio ambiente.

La arquitectura doméstica observada en estas zonas es completamente anárquica, casas construidas con madera, láminas, bloc, así como con otros materiales que

no son precisamente los apropiados para la construcción como son las llantas usadas de los automóviles o los tambos de lámina. Sus pobladores con el tiempo y poco a poco, van logrando una vivienda, que como es autoconstruida y sin asesoría técnica, resultan casi siempre antieconómicas y poco estéticas, por lo que intentar mejorar sus condiciones se convierte siempre en una empresa a muy largo plazo.⁵ Así, las condiciones de vida resultan particularmente precarias, con servicios indispensables que están presentes en forma parcial, como el de agua y de luz, pero carecen siempre de los básicos, como son por ejemplo los que se proporcionan por medio del desagüe. Las calles están sin pavimentar, no hay banquetas para los peatones, pocos son los árboles sembrados por los residentes, no hay alcantarillas y como

⁵ Cf. Íñigo Aguilar Medina, "El desarrollo arquitectónico-funcional de la habitación en la ciudad perdida", en *Arquitectura y Desarrollo Nacional*, Documentos Básicos del XIII Congreso Internacional de Arquitectos, México, 1978, pp. 340-344.



Índigena mixteca migrante a Baja California, al cuidado de un grupo de infantes (Foto: Zazil Sandoval, 1992)

las mujeres tienen el lavadero al frente de la casa, corre el agua hacia la calle, formándose grandes charcos.

El servicio de limpia municipal sólo se efectúa cada ocho días, mientras las calles se convierten en depósitos de basura. La colonia carece de los servicios de correo, telégrafo, jardines públicos, etcétera.

Familia

El mundo social primario del niño está conformado por su familia de orientación, ámbito en donde se producen sus primeras relaciones personales directas; dentro de la familia se inculcan los valores, las normas morales, se transmiten las creencias religiosas y se inculcan los hábitos, en una palabra se socializa al niño.⁶

⁶ Cf. Mario Luis Fuentes, Luis Leñero Otero *et al.*, *La familia: investigación y política pública. Día internacional de la familia. Registro de un debate*, México, UNICEF / DIF / El Colegio de México, 1996.

El número de miembros promedio por familia corresponde a un conjunto de cinco o seis personas y se encuentran casos de familias con hasta 15 miembros, en viviendas que en promedio sólo son de uno o dos cuartos.

Las familias de migrantes recientes están constituidas básicamente por una pareja joven en edad reproductiva e hijos pequeños; menor es el número de familias compuestas por una pareja e hijos casados, y encontramos también familias jefaturadas por una mujer, con ausencia del varón y con hijos pequeños.

En la colonia universo de este estudio, encontramos varios tipos de estructuras familiares, en donde predomina la familia nuclear joven en edad reproductiva, ella no mayor de 30 años, y según los datos censales el padre y la madre provienen de otro estado de la República Mexicana, lo que nos habla de una migración continua, mujeres en plena fecundidad y con altas expectativas de reproducción.

También se encuentran familias maduras en edad reproductiva, en donde la mujer cuenta entre los 30 y 45 años de edad, formadas por migrantes que ya tienen mayor tiempo de vivir en Tijuana y en las que algunos de los hijos ya han nacido aquí.

Se tienen familias en donde falta alguno de los miembros clave. Pero encontramos que, si el padre o la madre faltan, se les sustituye con la presencia de algún otro miembro adulto de la familia extensa, para que asuma el rol básico que falta.

Existen muchas familias con uno, dos o más parientes, provenientes de la familia extensa, los que usualmente son recién emigrados y que se acoplan al núcleo familiar en forma transitoria, mientras esperan colocarse en el mercado de trabajo y conseguir su propio espacio para construir su vivienda; otras veces su presencia se debe a la necesidad de que sustituyan en sus roles a uno de los miembros clave, generalmente a la madre, ya sea porque tiene necesidad de trabajar al otro lado de la frontera, en Estados Unidos, por tiempo determinado, como obrera o empleada doméstica de tiempo completo, lo que a veces la obliga a llamar a la abuela o a la hermana, para que se hagan cargo de la casa y de sus hijos pequeños.

El migrante se acopla a un núcleo familiar residente ya sea porque le unen con él lazos de parentesco consanguíneo o de afinidad, o por tener el mismo lugar de procedencia.

Se encontró que en una familia extensa patrilocal, con catorce miembros (véase esquema), los siete niños de la hija mayor, mujer abandonada por el marido, están a cargo de los abuelos, mientras la madre trabaja del otro lado de la frontera; así la socialización primaria de estos infan-

tes de la tercera generación es compartida por el grupo de parientes consanguíneos adultos, en vez de centrarse en la familia nuclear.

Dentro del hogar las relaciones cotidianas revisten conductas habituales con distinciones y matices en el tratamiento dado a los niños pequeños, a los adolescentes y a los jóvenes. A los niños se les trata en general con cuidado y cariño, inculcándoles siempre el respeto a los mayores; sin embargo, en muchos casos se recurre al castigo físico de adolescentes para asegurar la obediencia y la sumisión.

El padre impone los castigos más severos, pero la madre castiga con mayor frecuencia por el hecho de permanecer el mayor tiempo con los chicos. Así la disciplina corre a cargo de la mujer madre, principalmente; ella impone las normas de comportamiento y sanciona las transgresiones, pero si ella no está presente dicha función le corresponde ejercerla a la madre sustituta.

Es importante señalar que existen madres jóvenes trabajadoras, que no tienen familiares femeninos a quien recurrir para ser sustituidas en su papel tradicional del cuidado infantil, y que tampoco cuentan con la ayuda institucional de guarderías o estancias infantiles. Por ello han desarrollado redes de ayuda mutua, las que se han creado en el vecindario e involucran tanto a mujeres jóvenes como a mujeres mayores; éstas ya son abuelas y reciben una pequeña cuota a cambio de atender en su propia casa a los niños desde que tienen tres o cuatro



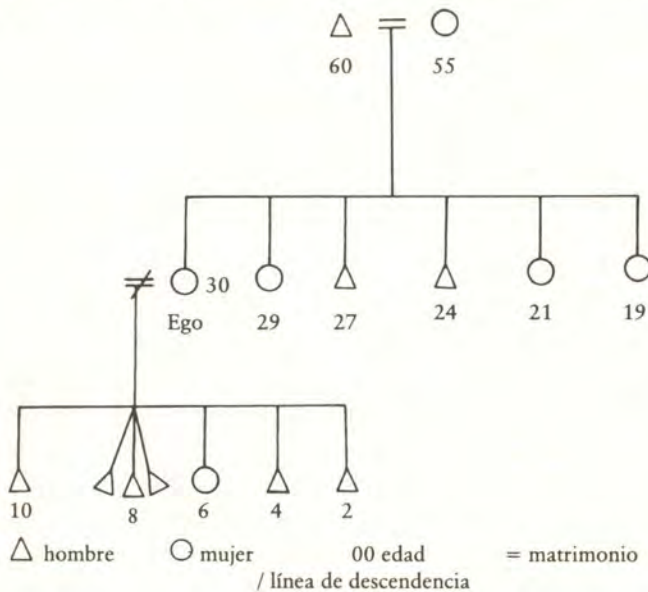
Mujer indígena guerrerense, dedicada al comercio en la franja fronteriza de Tijuana (Foto: Zazil Sandoval, 1992)

meses, y hasta que cumplen cuatro o cinco años de edad. Así pues se sule a las familias y a las instituciones en el cuidado de niños, por medio de redes que proporcionan un trabajo o actividad regular a mujeres que de otra manera no tendrían forma de contar con un ingreso propio.

Un caso muy especial y que llamó nuestro interés es el de Lupita, que de la atención a 12 niños ha hecho su forma de vida. Lupita tiene 30 años de edad, es originaria de Morelia, Michoacán, está casada y tiene seis hijos, es ama de casa y cuida además a dos pequeños que son sus sobrinos, los atiende durante toda la semana mientras los padres de éstos trabajan en una fábrica. Pero además les da de comer a los cuatro hijos de su vecina Toña, los que se quedan solos todo el día, ya que Toña trabaja desde las siete de la mañana y hasta las cinco de la tarde.

La disponibilidad de Lupita le ha permitido desempeñar un papel decisivo en la economía y en la socialización de los niños de tres familias, las que de otra manera se verían seriamente perjudicadas en sus ingresos y en la oportunidad de ofrecer a sus niños una socialización que ellos consideran como la más adecuada, pues parte de la vigilancia de un adulto que comparte su confianza y sus valores.

Las familias de esta colonia también consideran que un adolescente, hombre o mujer, a partir de los 13 años ya está en condiciones de asumir ciertas tareas importantes, como es el cuidado de sus hermanos menores, por lo que se les pide que asuman roles sustitutos. Así hay varios casos de adolescentes que se quedan en casa



Esquema de familia patrilineal extensa. Colonia Matamoros, Tijuana, Baja California. Fuente: Sara Molinari, Trabajo de campo en la ciudad de Tijuana, DEAS-INAH 1998.



Vista parcial de colonia fronteriza bajacaliforniana (Foto: Zazil Sandoval, 1992)

con esa responsabilidad y en ocasiones sin oportunidad de asistir a la escuela.

Por otro lado, las madres tienen como única opción el hacerse acompañar por los hijos a donde quiera que vayan, lo cual limita sus posibilidades de encontrar un trabajo permanente y bien remunerado.

La pobreza condiciona las maneras en que se atiende a los niños; así por lo que respecta a la atención de las necesidades corporales, las madres bañan juntos a todos los niños menores de 10 años, en grandes tinas de lámina que tienen en el patio con el agua que se ha entibado por el efecto de los rayos solares. Por ejemplo, Nancy baña a sus tres hijas juntas, con las tres hijas de su vecina, con el objeto de ahorrar agua y tiempo.

La madre trabajadora y aun el ama de casa, encuentra muy cómodo el comprar pañales desechables, pero como no tienen dinero para comprar los que realmente necesita el niño, la criatura puede estar horas y horas sin que se le cambie el pañal, lo que ocasiona que los bebés se rocen y enfermen, pero en tanto la madre no tiene que ocuparse en enseñar al niño a controlar sus esfínteres. Por lo regular es hasta los tres años que se empieza a enseñar al niño a ir al baño y a olvidarse de los pañales desechables.

Los hábitos de higiene corporal, como lavarse las manos, la cara o peinarse, no se exigen sino hasta que los

niños empiezan a asistir a la escuela. El valor preventivo de la vacunación es reconocido ampliamente.

Con frecuencia el descanso nocturno es compartido con otros niños o con un adulto. El caso de Lupita nos lo ejemplifica. Como ya se dijo, ella tiene seis hijos y cuida toda la semana a dos niños de su sobrina. Así, tres niñas duermen en una cama matrimonial, dos varones en una cuna y los esposos y tres niños en una cama matrimonial en tan sólo dos cuartos que tiene la casa.

Durante el ejercicio de las técnicas que permiten guiar la conducta infantil, se procede de la siguiente manera: no se dirige o se demuestra cómo hacer las cosas, simplemente se ordena hacer esto o aquello; existen técnicas específicas para ofrecer recompensas a cambio del buen desempeño de una tarea, dando premios como son los dulces, o los permisos para salir a jugar a la calle, etcétera.

Respecto de los criterios de seguridad física, las madres realizan sus labores dentro de la casa pensando que están vigilando a los niños, o en el patio cuando están lavando la ropa, así consideran que previenen algún accidente en la calle o pueden evitar el extravío de los niños. En verdad ellos se cuidan a sí mismos y la madre sólo les presta atención cuando ésta es requerida a gritos por los chicos y debido a que la situación en la que se encuentran los ha rebasado.

Conclusiones

La pobreza, que origina el cambio de residencia, produce serias alteraciones en la organización familiar. Así se van creando otros tipos de familia urbana, en donde los vínculos del parentesco se diluyen para dar paso también a las relaciones de vecindad.

En la familia pobre de la ciudad de Tijuana, la estructura de la misma, en cuanto a los miembros que la conforman, sus roles, su estatus legal y los estereotipos de comportamiento, dependen de las condiciones sociales, económicas y culturales en que viven: asentamiento físico, localización geográfica, recursos y oportunidades de trabajo, situaciones que actúan en el ajuste a patrones urbanos.

El núcleo familiar puede perder a uno de sus miembros clave de manera temporal o definitiva, pero no se desorganiza en cuanto a sus funciones, las que son realizadas por sustitución de roles, permitiendo la supervivencia de la institución y la socialización de los integrantes de las nuevas generaciones. Ello muestra que en estos ambientes pobres la familia se reestructura en forma dinámica, buscando mecanismos de ajuste a sus múltiples necesidades de subsistencia y educación.

La vida social de los habitantes de las colonias pobres se circunscribe a la vecindad más inmediata, son áreas de habitación establecidas con base en los vínculos que les proporciona el ser originarios de la misma región, ya sea de la misma ciudad, o de la misma comunidad rural, o de formar parte de las extensas redes de parentesco, para establecer sólidas organizaciones de ayuda mutua en la ciudad de destino.

Esas redes sociales, con las personas con quienes se mantiene un contacto habitual en el vecindario, ayudan para enfrentar muy diversas necesidades que van desde los mínimos problemas diarios, pasando por el cuidado y socialización de los niños, hasta las crisis mayores. La ayuda que se pide puede ser tanto material como espiritual, por lo que resulta entonces que la petición con respecto al cuidado de un niño se considera natural y normal, ya que existe el interés de las vecinas por cuidar y ayudar a los niños y a sus mamás.

Las innovaciones en la manera de socializar a los niños de las familias migrantes y pobres, sin duda se ve configurada por las características bajo las cuales se da la acumulación de la riqueza en la dinámica impuesta por la economía de la globalización.

Así pues, la socialización de los niños en este tipo de comunidades de inmigrantes pobres resulta ser una tarea que no se deja de manera exclusiva en manos de los

miembros de la familia nuclear, sino que en ella se involucran los miembros de la familia extensa y las vecinas, lo que indica que en la socialización de los hijos intervienen, además de los padres, un grupo de personas que sin duda se han de distinguir por compartir valores muy similares, de tal manera que se asegure la herencia de la propia visión del mundo y de la propia cultura.

Bibliografía

- Aguilar Medina, Íñigo, *La ciudad que construyen los pobres*, México, INAH / Plaza y Valdés, 1996.
- , “El desarrollo arquitectónico-funcional de la habitación en la ciudad perdida”, en *Arquitectura y Desarrollo Nacional*, México, Documentos Básicos del XIII Congreso Internacional de Arquitectos, 1978, pp. 340-344.
- Aguilar Medina, Íñigo et al., *Pobreza y cuidado infantil en el área metropolitana*, México, ENTS-UNAM, 2001.
- Arango Montoya, Martha, *Atención integral a la niñez, alternativas innovadoras y acciones complementarias*, Washington, Organización de los Estados Americanos, 1990.
- Bar-Din, Anne (comp.), *El niño en América Latina*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades-UNAM, 1990.
- Fuentes, Mario Luis, Luis Leñero Otero et al., *La familia: investigación y política pública. Día internacional de la familia. Registro de un debate*, México, UNICEF / DIF / El Colegio de México, 1996.
- Hernández Castro, Rocío, *Migración y Derechos Humanos. Mexicanos en Estados Unidos*, Apuntes 59, México, ENEP Aragón-UNAM, 2000.
- Lima Barrios, Francisca, *Familia popular, sus prácticas y la conformación de una cultura*, México, INAH (Científica), 1992.
- Massolo, Alejandra (comp.), *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 1994.
- Mead, Margaret, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Laila, 1975.
- Nolasco, Margarita y María Luisa Acevedo, *Los niños de la frontera norte*, México, Océano, 1985.
- Nolasco, Margarita, “Síntomas de la marginalidad en las ciudades perdidas”, en *Antropología e Historia*, México, INAH, época III, núm. 26, abril-junio, 1979.
- Pérez Islas, José Antonio (coord.), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación de la juventud en México 1986-1999*, 2 tt., México, SEP-Instituto Mexicano de la Juventud, 2000.



Salvador Rueda Smithers

Justo Veytia
Viaje a la Alta California,
 1849-1850
 México, INAH (Papeles de Familia),
 2000.



Oro de buena ley

“Todo comenzó una tarde del mes de enero de 1848, cuando un carpintero llamado James Marshall encontró lo que creía que eran motitas de oro en el saetín del molino de John Sutter, próximo a la confluencia de los ríos American y Sacramento”. Con este relato anecdótico, el escritor Timothy Green explicaba el primer estallido moderno de uno de los fenómenos más antiguos y recurrentes de la historia: el descubrimiento de una edénica tierra hecha de oro, que ofrecía sus riquezas relajadamente. Como los anteriores paraísos minerales, éste, novedoso, se ubicó con precisión geográfica en el confín del mundo, en un sitio que hasta la segunda década del siglo había sido “provincia fantasma del imperio español”, para tomar la frase del

novelista V. S. Naipaul, y apenas unos meses más atrás, en 1847, rincón de México.

La deseada orilla del universo estaba en la Alta California. Hasta ese momento, lejano lugar de indios inciviles, de misiones simples de adobe, ajeno a la grandeza ornamental que dio fama a las construcciones barrocas beneficiadas por la producción de plata, punto final del único camino terrestre que lo comunicaba con los centros poblacionales del orbe civilizado. Como cualquier paraíso, el suyo tapizado de oro también fue fantástico y atractivo. Al igual que todos, llamó con eficacia al ensueño y a la aventura. La apuesta era la vida misma. Fue un riesgo que miles de hombres jugaron.

El fenómeno histórico lleva el memorable nombre de “la fiebre del oro de San Francisco”. En su momento conmovió esperanzas y fantasías que parecían dormidas. Combinó al oro como promesa e intención con el afán de botín y la fe del milagro.

La noticia de tales abundancias corrió rápida y extensamente, como epidemia de ambición: se dijo que un amplio placer aurífero cubría las tierras californianas cercanas al puerto de San Francisco, territorio hasta hacía poco apenas explorado, más como frontera contra rusos y norteamericanos que como posibilidad real de bonanza económica. No es posible menospreciar sus efectos en el alma de comerciantes, labradores, artesanos y soldados: la codicia, según reportó el

periódico *San Francisco Californian* en 1848, cambió la vida de la gente de la región, como el molinero Sutter y los descendientes de los pobladores novohispanos avecindados en aquel confín. La nota se reprodujo en otros países, y pronto mexicanos, chilenos, franceses, ingleses y norteamericanos se asentaron en las márgenes de los ríos y en el puerto mismo, con la fe puesta en la escuchada exageración: se recogía el oro “a paladas”. Riqueza tan fácil de obtener como infinita era la promesa; la única dificultad, según entendieron muchos lectores de los diarios de la época, era llegar a los remotos campos de ese nuevo El Dorado.

En Guadalajara, ciudad tranquila, cabecera de los intercambios comerciales de haciendas que ajustaban sus rutinas cotidianas a los vaivenes de los centros productores de plata, un grupo de jóvenes tapatíos debió leer y oír del portentoso lugar en ese 1848. La fiebre les contagió su equívoco entusiasmo. Dos de ellos, Justo Veytia y su amigo Ignacio, planearon aventurarse, tentar a la suerte. Armados de confianza, decidieron buscar fortuna. Eran las primeras semanas de 1849. A partir de entonces podemos seguir sus pasos: Justo Veytia pensó útil escribir un diario de viaje, una crónica de su propia historia. No sin gusto:

Mi corazón —escribió en las primeras líneas del diario personal— se dilata al contemplar que voy a atravesar los mares, que voy a conocer países

lejanos, diferentes gentes y diversas costumbres; que sufriré ciertamente muchas penalidades y me veré expuesto a mil peligros, pero que al fin seré premiado de todo esto con un porvenir pronto y brillante, al que es preciso para alcanzarlo pasar por todos estos escollos y dificultades en que se cifra el principal mérito cuando se acometen aventuras de este género; aventuras que tienen no sé qué atractivo para mí por lo romántico y novelesco y cuya consideración en vez de arredrarme me anima y exaspera más y más mis deseos de conocer el mundo y probar fortuna lejos de mi país.

Sin embargo, la realidad muy pronto templó los ánimos de los jóvenes.

En su primera parada con rumbo al puerto de San Blas, en el poblado de Amatitán, tres ajusticiados, colgados del cuello, anunciaron que la naturaleza de las cosas respondía a normas alejadas del sentido bucólico que le adjudicaban los románticos. Era, de hecho, cruel, ajena a todo sentimiento de piedad. Tal fue el primer paso en el camino del endurecimiento espiritual de Justo Veytia. El principio del final de la fantasía.

Los relatos del aventurero narrador y de su amigo se siguen con sobria claridad a lo largo del diario. Baste adelantar aquí que este texto logra compartir el estado de ánimo que rodeó su azarosa escritura. Vale la pena, sin embargo, extenderse un poco más sobre la lectura intertextual de sus páginas, sobre las medidas de su factura. En primer lugar, se hace evidente que el protagonista del drama es también el gran ausente: el oro, señuelo y motivo de la aventura, nunca aparece. La suerte lo negó. En segundo término, los momentos de la escritura, casi siempre nocturnos, que hacen del destino del espontáneo minero jalisciense y de sus amigos un hecho consumado, un acontecimiento que no es dable borrar. Por último, los ritmos del mundo, tiempos que hoy se han olvidado.

Pulsaciones amplias, largas, de distancias que hoy son incomprensibles pero que antes hacían al mundo más grande. Por ejemplo, el camino de Guadalajara a San Blas, que sin premuras se cubría en poco más de dos semanas; o la ruta marina de San Blas a San Francisco, plagada de incomodidades soportadas a lo largo de un mes de viaje. Las medidas de Veytia señalan, asimismo, el tamaño de la aventura en el confín americano: habiendo salido de Guadalajara el 9 de febrero, llegaron a San Francisco el primer día de abril y no tocaron las arenas ribereñas que escondían las pepitas de oro sino hasta cuatro meses más tarde, el 10 de julio.

Un paréntesis en la lectura permite la comparación: poco más de medio siglo antes de este viaje, la corona española organizó las expediciones de reconocimiento al puerto de San Francisco; la aventura naval de entonces fue terrible: los marinos enfermaron de escorbuto y su costo en vidas fue muy alto. Las tecnologías de navegación eran en 1849 menos contingentes, y multitud de barcos de todos tamaños costeaban el Océano Pacífico a lo largo de toda América. Esta vez, Veytia y sus compañeros de viaje sufrieron por la descostumbre propia de los habitantes de tierra adentro: el mareo fue su estado corriente a lo largo de quince días, a bordo de un navío de bandera peruana.

La búsqueda de fortuna no fue agradable. Tampoco exitosa. El diario, entonces, reflejó los ritmos de un hombre que se hizo maduro a golpe de desventuras. Demora su narración en las incomodidades sufridas, las dificultades para relacionarse con los extraños, la hostilidad hacia los mexicanos, recientemente convertidos en enemigos de los dueños de la Alta California. También relata los pormenores de un paisaje abrumador y extremo: vientos gélidos llegados del mar, ríos lodosos, lluvias todo el tiempo, mosquitos, garrapatas, coyotes y osos que poblaban una naturaleza indócil. El pa-

norama humano no era mejor: indios de carácter impenetrable, competencia entre los gambusinos ensimismados en sus labores, expuestos a los aguaceros tanto como a los ladrones, la sorpresa de un oro que no se obtenía “a paladas”, robos —como el de sus relojes, que tanto lamentó—. Alrededor, la ciudad de San Francisco que crecía, con sus casas de madera, sus garitos, sus tiendas generales, sus bizarros sitios que abrigaban por igual a marineros, desertores, truhanes tramposos, buhoneros, mineros arruinados, comerciantes enriquecidos, agentes gubernamentales que también eran empresarios y una multitud de hombres de otras tantas naciones que vivían en el puerto y sus cercanías sin tiempos fijados. Esa Babel de madera pagó el costo de su desorden: en la Navidad de 1849 un incendio devoró parte de los edificios. Casi al término de su relato, con cierta carga de desencanto, el incidente es expuesto por Veytia de manera puntual.

El minero improvisado en Santa Cruz, sitio cercano a San Francisco, pronto cambió la ambición de oro por la simple supervivencia y las ganas de regresar a Guadalajara. Ganó el cansancio; traslados largos, costosos e inútiles; hospedajes forzados en rancharías extrañas; peligros sin fin en ríos y bosques; contactos difíciles con hombres de culturas ajenas, incomprensibles; lluvias y fríos que acompañaban malas comidas, accidentes y enfermedades; temores y nostalgia; todo ello, expuesto a manera de confesión, decidió a Veytia a reorientar sus rumbos. No por gusto. Dejó de lado la batea del gambusino y, no sin durezas, tomó la hachuela del carpintero que ofrecía tejamaniles para las casas que poco a poco daban rostro al paisaje de San Francisco y sus alrededores. Nada vergonzante hubo en soportar reveses de la suerte. Menos aún cuando la carencia y la melancolía, atroces en sí mismas, no doblegaron al aventurero ni le trastornaron los valores morales que se adivinan fueron labrados desde la infancia. Valores que

NOTAS

corren casi sin sentirse, subterráneamente, que son el invisible pero real cuerpo de las mentalidades, con sus gestos, modos y costumbres reconocibles. De hecho, las conductas guiadas bajo esos códigos morales fueron signos de identidad cultural: tal era el comportamiento de los paisanos de Tepic y Guadalajara en particular, y de los mexicanos en general. No faltan las muestras de apoyo y solidaridad de los embarcados en la aventura del oro, entre quienes, por cierto, no aparece ninguna noticia a los que la fortuna hubiera favorecido.

Nadie puede simular la felicidad; tampoco disfrazar la tristeza. El diario trasluce dificultades diarias en una secuencia que parecía no tener final. El grueso del escrito es la lucha contra la desesperación. Tan sólo en un par de pasajes se mira a un Justo Veytia que da permiso a su sensibilidad para describir el contorno que lo abrumaba, agradecido de un Dios inescrutable que vive en el Universo visible en las estrellas, en quien deposita la fe en su futuro inmediato. Un Veytia optimista y alegre, que podía dormir —a veces— sin las zozobras, sin la ropa mojada, sin ocuparse de los parásitos, sin el miedo al robo y a la muerte. Dos pasajes que, es fácil imaginar, disfrutó al momento de describirlos. Son, además, algunos de los más largos del diario.

Es posible hacer un pequeño balance general de las circunstancias históricas que rodearon la aventura californiana de Justo Veytia. Por lo pronto, el despertar moderno de la economía en la cuenca continental del Pacífico significó la bonanza de muchos puertos, desde Chile hasta el mismo San Francisco. Favoreció el establecimiento de casas comerciales

que desdoblaron su prosperidad al surtir a los buscadores con productos agrícolas, aperos de labranza y herramientas. También fue génesis de otro tipo de consumidor: el lector de relatos de aventuras, de crónicas de viaje cargadas de anécdotas y sorpresas, creadoras de un mundo rudo pero compensador, constructoras de héroes tan violentos como admirados.

En julio de 1849, las noticias que aparecían en los diarios mexicanos buscaban atemperar la febril ansia de riqueza fácil. *El Monitor Republicano*, por ejemplo, reportaba declaraciones del cónsul norteamericano y agente naviero en Monterey, Thomas Larkin, y del comandante de la escuadra norteamericana del Pacífico, el comodoro Jones. Las notas decían que si bien el oro era abundante, la carestía, la escasez de moneda, las enfermedades y el exceso de trabajo en climas demasiado rigurosos habían convertido al paraíso minero en un infierno de hombres descastados, viciosos y rudos. La verdadera fiebre resultó del mercado enrarecido por la inflación: la mitad del oro que se obtenía cambiaba de manos diariamente sin mostrar el esperado rostro razonable y progresista. Era riqueza sin control, arrancada a los ríos por el ejército loco de improvisados mineros, que se perdía entre comerciantes inescrupulosos y jugadores de baraja de honestidad dudosa. El hambre cotidiana, la falta de higiene, los bandoleros, las partidas de indios hostiles, los insectos y los animales montaraces completaban el bizarro cuadro. Un cálculo conservador menciona la muerte violenta o por enfermedad de aproximadamente cinco mil gambusinos en muy pocos años. Ciertamente la fiebre del oro activó la econo-

mía continental y fue el origen de algunas fortunas, pero el perfil del paraíso en la Alta California tuvo un lado oscuro, desequilibrado y cruel.

Finalmente, la memoria escrita de aquel desastrado viaje, la crónica de ese tremendo año y medio de reveses, fue la huella del destino de don Justo Veytia. Regresó a Guadalajara en agosto de 1850. Con las manos casi vacías: sin oro, pero con un cuaderno de notas de gran valor. Por él sabemos más del costo en sangre de la fantasía de El Dorado.

Pero valioso también para su historia personal. Son testimonio de un voluntarioso sobreviviente. Las rudezas se desdoblaron en lección para los suyos, en herencia con fines didácticos que enseñaría que nada es peor que las malas aventuras lejos de la familia y de la tierra natal. Urdió una maravillosa épica ejemplar: sin que se lo propusiera entonces, en el diario transmitía una moraleja: era preferible la sobriedad local que la promesa de riquezas que nunca llegan. Aprendió ese secreto después.

Los textos que con adivinado celo ordenó y cuidó fueron el verdadero tesoro que de la Alta California llevó Justo Veytia a Guadalajara. La rica herencia a sus hijos y nietos son los escritos que reflejaron la estatura del hombre, puesta a prueba y fielmente atestiguada, resultado de una férrea disciplina, más poderosa que la desesperanza que rodeó su factura. Una mala decisión de este insospechado Job tapatío, víctima del entusiasmo engañoso de la fiebre dorada. Pero su testimonio, el paso del tiempo y el recuerdo se convirtieron en orgullo familiar legítimo y en oro puro, de buena ley, para sus lectores modernos.



María Eugenia Olavarría

José Luis Moctezuma y María Elisa Villalpando (eds.)
 “*Antropología de la identidad e historia
 en el Norte de México. Homenaje
 a Alejandro Figueroa Valenzuela*”
 Número especial de la revista *Noroeste de México*,
 Hermosillo, Sonora, Centro INAH Sonora, 1999, 198 pp.



No cabe duda que en este número especial de la serie *Noroeste de México*, dedicado a la memoria del doctor Alejandro Figueroa Valenzuela, se evoca al amigo, al académico, al antropólogo. Justamente en esta colección fue publicada su historia del pueblo yaqui *Los que hablan fuerte. Desarrollo de la sociedad yaqui*, que marcó el inicio de su interés por investigar los procesos históricos en la conformación de las identidades étnicas del Noroeste de México. Este interés culminó en su tesis doctoral sobre el sistema identitario de yaquis y mayos, el cual representa, entre otros, un significativo aporte en la identificación de procesos étnicos e interétnicos en el nivel regional. En este tenor, queda poco por decir sobre cada uno de los artículos que no haya sido mencionado ya en la excelente introducción a este número, elaborada por José Luis Moctezuma y María Elisa

Villalpando, por lo que centraré mi comentario en lo que este conjunto de trabajos representa para la construcción teórica de la macro región que da su nombre a esta colección, el *Noroeste de México*.

El conjunto de artículos que integra este número se articula en torno a una perspectiva regional y de búsqueda de procesos más que de fenómenos. Y a pesar de o gracias a su diversidad y riqueza, la mayoría de las investigaciones antropológicas y lingüísticas parece aglutinarse alrededor de un cuestionamiento: ¿a través de cuáles procesos se interrelacionan lenguaje, ideología y ritual en el contexto de las identidades de una macro región que ha sido conceptualizada desde su inicio como heterogénea, intermedia y poco conocida? Una de las repuestas a esta problemática la proporciona el artículo de Juan Luis Sariago, “Propuestas y reflexiones para una antropología del norte de México”.

Ya Wissler y Kroeber (1926) y Kroeber (1931) en un esfuerzo pionero por proponer regionalizaciones y tipologías de las culturas indígenas de América, incluyeron al Norte de México en el área comprendida por el Gran Suroeste¹ (de Estados Unidos), aduciendo que la escasez de da-

¹ Generalmente descrita por investigadores de habla inglesa como The Southwest o Greater Southwest, se trata de un área con bases culturales y medioambientales definida por su población de cazadores-recolectores y agricultores de las tradiciones Pueblo y Sonora-Gila-Yuma (Villalpando 1991:33)

tos sobre esa región impedía conocer el elemento común de las culturas tribales del área. Menos aún, conocer el sustrato del cual emergieron o la interrelación de sus desarrollos, en suma, renunciaron a conocer la ecología humana de la región. A pesar de reconocer la inexistencia de una prehistoria del Norte de México, estos autores admitieron que el conocimiento del Gran Suroeste dependía en gran medida del estudio del Norte de México, dado que éste fue considerado desde entonces como la puerta de entrada del flujo cultural proveniente de Mesoamérica. Asimismo, al afirmar que en el Gran Suroeste confluyen de manera importante dos flujos culturales paralelos e interrelacionados —agricultores y no agricultores— sentaron una de las bases para el estudio de la región.

Desde entonces, la definición de un área cultural no fue considerada como un fin en sí mismo, sino como un medio para el entendimiento de los procesos culturales e históricos, de manera que Kroeber llegó a plantearse como uno de sus ideales la construcción de mapas sin fronteras que mostraran tanto el flujo como la distribución culturales.

En su definición del Gran Suroeste, tanto Kroeber como Sauer (1935) incluyen el Norte de México, ya que sitúan su límite hasta el trópico de Cáncer, por lo que la mitad del *Great Southwest* quedaría en lo que actualmente es México. Siguiendo la línea del Pacífico, incluyen a los cahitas y el centro de Sinaloa, mien-

tras que hacia el continente la delimitación no es tan clara y ambos dudan en incluir a tarahumaras y conchos (aunque finalmente incluyen a los primeros y dejan a los segundos como parte del área México Central).

Más tarde, Kirchhoff (1954) llegó a preguntarse si el Gran Suroeste era o no una entidad 'real' ya que las culturas regionales sólo existen en un tiempo y un espacio determinados (advertencia olvidada por quienes aun hoy día emplean el concepto de Mesoamérica de manera descontextualizada). Su propuesta constituye ciertamente un paso más allá de una tipología hacia una auténtica clasificación, al establecer como criterio definitorio la presencia de instituciones políticas centralizadas en Mesomérica y Oasisamérica, frente a la preeminencia del parentesco en Aridoamérica.

Décadas más tarde, el término Mesoamérica —acuñado en 1943 (Kirchhoff 1967)—, no obstante facilitar la comunicación intradisciplinaria y a pesar de la valoración desproporcionada que recibió, aún provoca cierta preocupación entre los antropólogos puesto que, si el Gran Suroeste se define por una serie de rasgos que se supone llegaron por Mesoamérica, no existen datos arqueológicos que corroboren esta afirmación, más allá de los métodos de contraste tradicionales (Nalda 1991). De manera que, si bien el esfuerzo clasificatorio precede cualquier entendimiento de la historia de los grupos que integran un área cultural, este procedimiento no es, como ya se indicó, un fin en sí mismo sino un paso previo que partiendo de lo sincrónico busca ahondar en el desarrollo de procesos culturales.

Una de las enseñanzas de esta historia es que el conocimiento actual del Norte de México posibilita ya superar tipologías y esquemas clasificatorios difusionistas y empiristas para proponer modelos teóricos, lo que implica abandonar la noción simplista y poco fundada del centro de México como donante cultural y el

Suroeste como receptor. En este sentido, las definiciones del Noroeste son, en su mayoría, por ausencia: "El Suroeste comparte con México (sur) la agricultura, metate y tortilla, pavo doméstico, cerámica pintada, algodón, textiles, ritualización, sacerdocio, máscaras. *Pero carece* de metales, estructuras piramidales, aparato político" (Kirchhoff 1954, traducción y cursivas mías).

Hace falta una definición positiva del Noroeste de México que contemple su situación geográfica intermedia —una superárea que abarca del valle de San Miguel Culiacán hasta el área conocida como la cultura Trincheras al norte— la cual determina en gran medida la perspectiva que se tiene del Norte de México como también culturalmente intermedia. La presencia tanto de aspectos mesoamericanos como de la región septentrional, entre los grupos nativos de este extenso territorio, ha planteado a los investigadores no pocos problemas que desembocan, en la mayoría de los casos, en la apreciación de sólo una de las caras de la moneda: la definición de la frontera norte de Mesoamérica (Broda 1991: xiv). Por su parte, la comparación con los pueblos indígenas septentrionales, sobre todo los pueblo y navajo del Suroeste y los indios de las llanuras, no se ha retomado desde los importantes intentos llevados a cabo hace ya más de sesenta años por Parsons (1939). Y más importante aún resulta retomar los casos del Valle de Altar y la cultura Trincheras (Villalpando).

Frente a este orden, quedan pendientes varias cuestiones que deberán ser resueltas por la investigación etnográfica, arqueológica y filológica de los grupos de las familias lingüísticas que prevalecen en la región: la yutonahua o utoazteca y la pimana, considerando su especificidad cultural. Las etnias que componen la familia lingüística utoazteca ocupan al menos dos áreas, la mesoamericana y la oasisamericana, cuyas fronteras no son impermeables y cuyo establecimiento, como ya se mencionó, se debe a un in-

tento de Kirchhoff (1967) por sistematizar la concurrencia de determinados rasgos, más que a fundar una tipología.

Podrían considerarse los avances en otros aspectos y regiones, por ejemplo, el concepto de *tradición religiosa mesoamericana* acuñado por López Austin alude a la congruencia global inferida de fuentes antiguas y actuales que corresponde a una misma corriente histórica ubicada en la dimensión de la larga duración: religión mesoamericana y religiones coloniales. No se trata de un mismo conjunto de formas de pensamiento o cosmovisiones, sino de reconstruir un contexto: "en los estudios del mito es prioritaria la reconstrucción del contexto de las creencias mitológicas. Éste debe tratar de reconstruirse a partir de las fuentes más explícitas, y hoy lo son, precisamente, las fuentes documentales que se refieren a los pueblos nahuas del Altiplano Central" (López Austin 1989:93).

Este procedimiento ya ha sido probado con validez en las investigaciones relativas a los petroglifos del Norte de México y de los sistemas astronómicos del Suroeste de Estados Unidos.² La *conexión mesoamericana* se afirma sobre el conocimiento que se tiene de los grupos de la Meseta Central, lo que ha permitido la identificación de las peculiaridades del Gran Suroeste como un conjunto de sistemas con ausencia de: *a*) calendarios escritos, *b*) sistemas numéricos de cuenta larga, *c*) "años" de 260 días y *d*) año bisiestro; todo ello asociado a una mayor indefinición entre las temporadas de secas y lluvias (Zeilik 1991:545).

En otro terreno, con base en los estudios de la lingüística histórica, Hill (1992) reconstruye un sistema ritual propio de los pueblos de lengua utoazteca creado a partir del concepto de *flor*, dicho sistema es identificado por la autora aun en antiguas fases de desarrollo de la comu-

²Verbigracia los sitios de El Zape en Durango, y La Proveedora y Calera, Sonora (Broda *et al.* 1991).

nidad de habla, lo que le permite proponer un patrón común de representación del mundo entre los grupos nativos aludidos. Este complejo cromático identificado como el *mundo flor*,³ dada su significación y distribución entre los utoaztecas, sugiere un origen septentrional y además de estar presente entre las lenguas utoaztecas sureñas, se encuentra en el hopi; las lenguas numic manifiestan algunos aspectos del complejo, y en menor número, las lenguas takic. Si esta conexión se ha probado en el nivel lingüístico, el punto de vista histórico confirma las distintas formas como tuvo lugar la conformación de la identidad de las comunidades indias del noroeste.

En lo particular, los sistemas simbólicos de estos pueblos no han sido tratados exhaustivamente, a diferencia de otras regiones y grupos etnolingüísticos. A pesar de que pueden identificarse determinados ejes como la escatología, el diluvio y el origen de los astros, las direcciones del universo con sus colores y principios numéricos asociados (cuatro o cinco), el origen de la vida breve y de los bienes culturales, son temas que representan una guía para la reconstrucción del pensamiento mítico de la zona. Particular importancia adquiere el estudio de los héroes culturales, trazando la línea de transformaciones lógicas que lleva de Coyote y el Hermano Mayor en los pueblos septentrionales hasta el Quetzalcóatl de los tepehuanes, pasando por Bobok el sapo entre los yaquis y Moctezuma entre los pápagos. En el dominio de la ritualidad, un intento de este tipo es el que realiza Alejandro Aguilar Zeleny en "Las identidades del rito", al establecer algunas bases que permitan la compara-

ción entre los ciclos rituales de los tohonomam, conca'ac, pimas y guarijíos. Desde este punto de vista, el Noroeste no representa un área homogénea en lo físico ni en lo cultural, ya que la extinción de numerosos grupos humanos lo convierten en un mosaico incompleto cuyas piezas son en algunos casos irrecuperables.

Esta perspectiva, que se aleja del esencialismo, es la que impera en los estudios contemporáneos sobre identidad. El valioso acercamiento a los procesos de identificación y autoidentificación de los grupos étnicos, pretende alcanzar, con base en un punto de vista relacional y multi-referenciado, el punto de equilibrio en el que confluyen las distintas relaciones: cómo un grupo se define a sí mismo, cómo lo hace en su relación con los otros, y cómo es visto por los otros. La identidad como relación inteligible al interior de un sistema que abarca lenguaje, ideología y ritual, se aprecia con mayor claridad en la situación de conflicto, o en procesos de subordinación y dominación, tal como lo muestran los trabajos de Hill, Moctezuma y Morúa Leyva. La sección de antropología y lingüística está dominada por la problemática entre identidad, ritualidad y lenguaje, permeada por la noción de poder. Esta cuestión es observada y analizada en contextos diversos como el mestizo o de los grupos indígenas rarámuri, yaqui y mayo, pima, seri o guarijío, ya sea en situaciones intra o interétnicas, en el plano fronterizo y el binacional. Los trabajos de Aguilar Zeleny, Buenrostro, Coronado, Porras, Salles y Valenzuela enfatizan la relación entre identidad y rito. Los de Moctezuma, Hill, Díaz y Morúa Leyva, la relación entre procesos lingüísticos e identidad. Rodrigo Díaz completa este triángulo al identificar aspectos valiosos de la relación entre rito y lenguaje, el rito como lenguaje o el valor de las palabras rituales.

Este ensayo teórico de gran profundidad nos conecta con otra dimensión presente en este libro: el de la diversidad de enfoques teóricos. Cada trabajo ela-

bora su campo conceptual y se aprecia la originalidad e imaginación en el terreno del análisis de las identidades regionales (Núñez Noriega), el desarrollo de metodologías para el estudio de los valores (Flores), así como la creatividad de la lingüística antropológica (Hill).

En el terreno de la investigación arqueológica e histórica, este número reúne aproximaciones a diversos contextos espaciales y temporales. Abarca un marco regional más amplio: desde Sinaloa (Carpenter) y Baja California Sur (Gracida Romo) hasta el noroeste de Sonora y Chihuahua, y en lo temporal se ilustran hitos significativos de la historia de la región, desde el registro arqueológico rupestre (Contreras y Quijada) hasta investigaciones de archivo y hemerográficas del siglo xx (Restor, Padilla, Gutiérrez López). La fructífera interrelación de las disciplinas arqueológica, histórica y antropológica queda de manifiesto en varios trabajos como los de Villalpando, Álvarez Palma y Nolasco. Y por último, cabe resaltar el rigor y profundidad con que todas estas investigaciones aportan en la construcción de una conceptualización positiva —que no por ausencia o contraste frente a Mesoamérica— de una región a cuyo conocimiento dedicara su vida académica el doctor Alejandro Figueroa, el Noroeste de México.

Bibliografía

- Broda, Johanna, *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM (Historia de la Ciencia y la Tecnología, 4), 1991.
- Figueroa Valenzuela, Alejandro, *Los que hablan fuerte. Desarrollo de la sociedad yaqui*, en *Noroeste de México*, Hermosillo, Centro Regional del Noroeste, INAH/SEP, 1985.
- Hill, Jane H., "The Flower World of Old Uto-Aztecán", en *Journal of Anthropological Research*, núm. 48, Tucson, Department of Anthropology, Univer-

³ Las características de este complejo son, entre otras, la evocación cantada, no narrada; la representación de la tierra y del aspecto espiritual del pueblo, animales y objetos; presencia del símbolo del corazón humano y la sangre; la asociación con el fuego, la fuerza y espiritualidad masculinas, y en menor medida con la feminidad.

sity of Arizona, Tucson, núm. 48, 1992, pp. 117-144.

Kirchhoff, Paul, "Gatherers and Farmers in the Greater Southwest: A problem in classification", en *American Anthropologist*, Southwest Issue, 1954.

—, "Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", suplemento de la revista *Tlatoani*, México, ENAH, 1967.

Kroeber, Alfred Louis, "Native culture of the Southwest", en *American Archaeology and Ethnology*, vol. 23, University of California, 1926, pp. 375-398.

—, "Cultural and natural Areas of Native North America", en *American Archaeology and Ethnology*, vol. 38, University of California, 1939, pp. 1-242.

López Austin, Alfredo, *Los mitos del tlacuache*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1989.

Nalda, Enrique, "¿Qué es lo que define Mesoamérica?", en Guzmán, Antonio y Lourdes Martínez (eds.), *La validez teórica del concepto Mesoamérica. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, INAH-SMA, 1990, pp. 11-20.

Parsons, Elsie C., *Pueblo Indian Religion*, vol. II, University of Chicago Ethnological Series, University of Chicago Press, 1939.

Sauer, Carl, *Aboriginal Population of Northwestern México*, Berkeley, California, University of California Press, 1935.

Villalpando, Elisa C., "Las culturas arqueológicas del desierto sonorense", en Gutiérrez y Gutiérrez (coords.), *El Noroeste de México. Sus culturas étnicas*, México, Museo Nacional de Antropología, 1991.

Zeilik, Michael, "Sunwatching and Calendars: a Southwestern-Mesoamerican Contrast in a Distant, Smoky Mirror", en Broda Johanna *et al.*, *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM (Historia de la Ciencia y la Tecnología, 4), 1991, pp. 545-556.

Eugeni Porras

Claudia Molinari y Eugeni Porras (coords.)

*Identidad y cultura
en la Sierra Tarahumara*

México, INAH / Congreso del Estado de Chihuahua (Obra Diversa), 2001.*



La idea original que precedió a la elaboración de este libro fue la de organizar un seminario sobre problemas de identidad en la Sierra Tarahumara, región en la que los coordinadores desarrollamos o hemos desarrollado buena parte de nuestras actividades de investigación antropológica y espacio de referencia obligado para la mayoría de los cursos y discusiones sobre cuestiones étnicas en el estado de Chihuahua. Varias comprobaciones y observaciones, acumuladas a lo largo de los años de relación con la geografía y las poblaciones de la Tarahumara, nos hicieron reflexionar sobre la necesidad de abordar el tema de la identidad mediante una discusión disciplinada

*Texto de Presentación de la obra, recién salida de la imprenta del INAH.

y abierta acerca de las numerosas teorías, posiciones y planteamientos surgidos al respecto en los últimos años, en la que participó la mayor cantidad posible de "tarahumarólogos", así como otros estudiosos, técnicos de instituciones, interesados en general y habitantes o residentes de tan particular región.

Entre otras cuestiones cuyo análisis nos pareció insuficiente y que tenían que ver con fenómenos de identidad, encontramos las siguientes:

- a) El proceso histórico por el que se redujo drásticamente el número de grupos indígenas existentes antes de la llegada de los conquistadores españoles y los factores que incidieron en la adquisición de las nuevas identidades indias en la Tarahumara;
- b) La diversidad étnica actual, que incluye a grupos más minoritarios y poco tomados en considerablemente (tepehuanos, pimas, warijós), frente al interés predominantemente centrado en los tarahumaras, con quienes los demás suelen ser asimilados, reducidos o confundidos al hablar de cultura en la Sierra Tarahumara;
- c) El especial desconocimiento y abandono de algunas de estas minorías étnicas (warijós y pimas, sobre todo) expuestas a un peligroso proceso de extinción cultural;
- d) La ausencia casi total de investigaciones sobre la identidad mestiza, así como la situación y los diversos pa-

peles que representan los serranos, blancos o chabochis en el conjunto de las relaciones socioculturales que se da en la Tarahumara;

- e) La falta de programas de desarrollo, tanto estatales y federales como municipales, que tomen en cuenta gran cantidad de información etnográfica y descriptiva que existe sobre el área serrana (principalmente sobre los tarahumaras y mucha de ella en distintos idiomas al español) o sepan integrarla a las demandas y necesidades que hoy se plantean, a fin de superar las poco saludables actitudes asistencialistas y clientelistas que sus políticas han generado;
- f) La perspectiva, en torno a los indígenas, a menudo racista y etnocentrista de muchos de quienes habitan en las ciudades de la entidad, que requieren de una especie de educación para revalorizar la importancia de tener un estado con tal diversidad étnica y de contar con lugares y acciones para el encuentro y para compartir enriqueciéndose (como sería el significado del concepto kórima, que va más allá del de limosna)...

Abordar esas problemáticas desde los diversos ángulos de la teoría y a partir de los puntos de vista de los distintos actores sociales, que de alguna forma tienen que ver con ellas, era uno de los objetivos del seminario. Tratar de encontrar algunas soluciones prácticas, mediante la elaboración de programas de trabajo en los que se articularan las correspondientes dependencias e instituciones académicas y operativas, era otra de las metas buscadas. Ante las dificultades suscitadas por situaciones coyunturales y personales que no facilitaron la puesta en marcha del seminario, optamos por recopilar las aportaciones presentadas por los estudiosos de la Tarahumara que amablemente se interesaron en participar en esta experiencia y por darlas a conocer al público.

Evidentemente, no están todos los que son pues, como deja entrever la numerosa bibliografía que acompaña a estos ensayos, son muchos quienes han dedicado páginas y páginas a la Tarahumara y la exhaustividad no es uno de nuestros objetivos. La "calidad académica" de las colaboraciones tampoco es uniforme, ya que el público al que dirigimos el libro no es exclusivamente "intelectual" ni nuestra misión ha sido la de uniformar o cuestionar los contenidos de los artículos que en él aparecen (responsabilidad de cada autor), sino más bien la de divulgar y difundir entre los interesados en general las reflexiones, válidas o no, de estos autores, conscientes de que no sólo se leen las obras con los ojos de la "ciencia".

No obstante, sí creemos que los textos que presentamos cuentan con la sobrada y reconocida experiencia de sus autores, como elementos ya integrados al paisaje etnográfico de la sierra y sus gentes, y pueden, por tanto, servir como inicio de una discusión (o de una polémica: tarea que invariablemente ennoblece a un libro) siempre abierta sobre lo que entendemos por identidad y cultura en nuestro estado, propósito prioritario de nuestro esfuerzo editorial.

El primero de los textos ofrece una panorámica general de la Sierra Tarahumara y de los principales aspectos o problemas que presenta esta región en los inicios del nuevo milenio. Pretende ubicar al lector en la zona objeto de estos ensayos, y sus fuentes son: el trabajo académico, en especial el desarrollado en la aún nueva Escuela Nacional de Antropología e Historia-Unidad Chihuahua, y el contacto directo con habitantes de muchas de las comunidades indígenas de la sierra entablado por el autor de dicho texto a lo largo del tiempo de servicio en el Instituto Nacional Indigenista.

El maestro Eduardo Gamboa, actual responsable de la zona arqueológica de Paquimé, nos ofrece a continuación un texto, sin duda valiente y polémico, que intenta señalar los principales momentos,

etapas y circunstancias por las que pasaron los antecesores de los grupos que hoy habitan en la Tarahumara, y lo hace a partir del análisis de las huellas de los materiales (cultura material) que aquellos dejaron como restos de no fácil reconstrucción, tomando en cuenta la extrema longitud del periodo estudiado.

La doctora Susan Deeds y el doctor William Merrill, quienes han pasado varias temporadas en la sierra y son profundos conocedores de su historia, se centran en el periodo colonial para encontrar los orígenes de la conformación de la identidad tarahumara. La primera analiza, mediante el fructífero concepto de etnogénesis, lo que sucedió con varios de los grupos que existían en el momento del contacto con los españoles y explica sus hipótesis del porqué unos desaparecieron, otros se unieron para formar unidades mayores y, finalmente, otros más sobrevivieron. El segundo, por su parte, se cuestiona sobre los orígenes tanto de la palabra tarahumara como del término rarámuri (o ralamuli), planteando que se trata de construcciones surgidas en la Colonia por medio de las relaciones entre conquistadores y conquistados como parte de la necesidad de ambos bandos de reafirmar la identidad en la búsqueda de una situación estable.

Leopoldo Valiñas, excepcional lingüista, experto en náhuatl, quien ha colaborado en los primeros estudios realizados para la elaboración de libros de texto en tarahumara, analiza la identidad mediante la lengua, las variedades dialectales y los vínculos, los parecidos y las diferencias que existen entre las formas de hablar de una parte a otra de la sierra. Resulta muy interesante la división regional que establece de acuerdo con las modalidades lingüísticas registradas, lo que posiblemente serviría para idear nuevas formas de políticas indigenistas en la Tarahumara, así como divisiones territoriales más acordes con el hacer, pensar y, sobre todo, decir de quienes en ella habitan.

De nueva cuenta la cultura material es objeto de análisis por parte de Jérôme Lévi, pero esta vez se trata de revisar el consumo de mercancías fabricadas por una parte de los tarahumaras en relación con los productos comerciales procedentes de las tiendas y de los mestizos, adquiridos por el grupo como forma de medir la asimilación y la resistencia de los indígenas ante la cultura dominante. De manera específica, por medio del estudio de lo que significan las cobijas autóctonas, podemos entender que lo englobado en el concepto de artesanía es mucho más complejo que una simple creación para el comercio y el turismo, y forma parte de las estrategias de defensa ante el devorador sistema global que produce objetos en serie y uniformes.

La religión ha sido siempre uno de los aspectos estrechamente ligados a la identidad de los pueblos, porque además de ser un mecanismo importante para propiciar cambios socioculturales es también un campo privilegiado para la resistencia étnica y la reinterpretación del mundo en grupos que se encuentran en condiciones subalternas. La maestra Claudia Molinari centra su ensayo en la fase más reciente de la conquista "religiosa" de la Tarahumara: la introducción del protestantismo, así como también en la actitud ambivalente de los rarámuri que abrazan alguna de sus denominaciones respecto

al tesgüino, la tradicional bebida fermentada de maíz, que constituye el eje más importante alrededor del cual se construyen las relaciones comunitarias, a la vez que es la ofrenda por excelencia a Onorúame, "el que está arriba". El resultado es una forma muy particular de conversión en la que está muy presente la estrategia de la negociación.

En su ensayo, la antropóloga Margot Heras se basa en su larga e intensa estancia en la comunidad rarámuri de Banalachi, municipio de Bocoyna, para darnos a conocer la importancia que implican sus ceremonias y su religiosidad en la idea que los indígenas tienen de ellos mismos. Los datos etnográficos que nos ofrece sobre los principales mitos y ritos y acerca de las fiestas que se celebran en esta población y en ciertas rancharías aledañas, constituyen una importante introducción al estudio del rico simbolismo que subyace en la cultura tarahumara, lo que motiva a tantos viajeros, artistas, estudiosos y turistas a conocerla.

El maestro Augusto Urteaga contribuye en este volumen con uno de los temas sobre los que ha estado trabajando en los últimos años y que, en lo general, se refiere al análisis de los sistemas políticos de los pueblos indios de la Tarahumara. En esta aportación reflexiona sobre la posición del poder estatal ante los indígenas

de Chihuahua, y analiza las circunstancias, los pros y los contras y las vicisitudes que ha experimentado la reforma constitucional que en 1994 incluyó, por primera vez en la historia del "estado más grande de la República", un capítulo dedicado a los pueblos indígenas, si bien en un tono muy ambiguo que da pie a confusiones e interpretaciones contradictorias.

Por último, quien esto escribe aborda en su colaboración precisamente uno de los temas poco estudiados a los que con anterioridad nos referimos, el problema de la identidad entre los pimas u o'oba. Situados a ambos lados de la frontera, entre Chihuahua y Sonora, estos grupos se encuentran sometidos a una situación de deterioro y pérdida de sus tradiciones, costumbres y formas de organización cada vez más acentuada, envueltos en un clima de conflicto con los mestizos, involucrados en el cultivo y comercialización de marihuana y la mayoría de sus integrantes segregados de los repartos de utilidades a que por la explotación forestal tienen derecho. Los datos de esta especie de "etnografía mínima" que pretende buscar sustituir los discursos teóricos y abstractos y empezar a bosquejar sus actuales condiciones de vida, en la conciencia de que el conocimiento, el "saber de" es un paso obligado para reafirmar cualquier tipo de identidad.



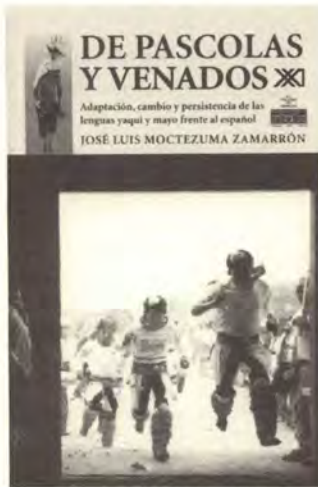
Hugo Eduardo López Aceves

José Luis Moctezuma Zamarrón

De pascolas y venados.

Adaptación, cambio y persistencia de las lenguas yaqui y mayo frente al español.

México, Siglo XXI / El Colegio de Sinaloa, 2001.



Lejos del centralismo académico y de los quehaceres que denominamos antropología mexicana, nos llega la noticia desde las distantes tierras del sur sonorense de un nuevo texto sobre los pueblos mayo y yaqui: *De pascolas y venados*, un eslabón más que José Luis Moctezuma Zamarrón agrega al rosario del poco atendido noroeste indígena del país.

La obra en cuestión, fruto de las reflexiones y larga experiencia de campo particularmente dedicada a los yaquis y mayos de Sonora por José Luis Moctezuma, ofrece un estudio cuya amplia base etnográfica permite abordar de manera ilustrativa y clara los procesos de desplazamiento y conservación que enfrentan estas lenguas yutoaztecas ante los embates del español, todo lo cual implica su adaptación, cambio y persistencia, siempre puestas a prueba o generadas por el

filtro que resulta de la dinámica de las relaciones de estos grupos con el inflexible sector de los mestizos o yoris, como se les denomina en su contexto regional.

Al abordar los procesos de conflicto lingüístico desde el menoscabo de lo privado por la influencia del exterior y sus agentes, que habitualmente promovía la idea de este espacio como un ámbito de resguardo cotidiano atribuido a la familia y a sus redes sociales, Moctezuma agrega a su aporte un toque de novedad desde el instante que estos escenarios han sido poco atendidos por la sociolingüística, más bien preocupada por estudiar el fenómeno desde su esfera pública, situación que sin duda impone visiones incompletas o parciales.

A fin de estudiar la dinámica del desplazamiento y mantenimiento de las lenguas yaquí y mayo frente al español, mediante un análisis interpretativo de los procesos sociales externos y sobremaneira los internos, Moctezuma concibió una táctica de análisis teórica y metodológica, como él dice, un "tanto ecléctica", que incorpora el modelo de la ecología política (que hace explícita cómo la lucha por los recursos entre los diferentes grupos sociales se vuelve fundamental), a la par de los postulados y la metodología de la etnografía de la comunicación (que se acerca al establecimiento de los usos y funciones comunicativas de las lenguas en conflicto, sea de aquí la descripción de cómo usan los hablantes la lengua nativa y/o el español en su parti-

cular contexto sociocultural), la conceptualización sobre el conflicto lingüístico, las redes sociales y la relación entre lenguaje, ideología e identidad.

La razón de encuadrar así dicha formulación en un estudio de tipo particularmente empírico, fue dado por el objetivo de comparar las redes sociales de cuatro familias, dos mayo y dos yaqui, para apreciar las diferencias de uso y función de la lengua nativa y/o el español, paralelamente con el papel de las ideologías lingüísticas de los hablantes. La finalidad de comparar estos pares de familias, donde uno ilustra una mayor tendencia al empleo de la lengua indígena dentro de su red social, en tanto el otro usa con regularidad el español en la propia, a pesar de que sus integrantes son reconocidos como parte de su respectivo grupo étnico, es proyectarla a la escala de un microanálisis que ofrezca indicios sobre los procesos que afectan a sectores más amplios de las comunidades de hablantes del yaqui y mayo. La facultad de poner en práctica tal marco interpretativo, nos dice el autor, fue posible gracias a que la antropología lingüística permite la inclusión de diferentes modelos analíticos en un mismo marco teórico.

De pascolas y venados muestra sus virtudes. Primeramente, la misma estructura de la obra comienza por conducir gradualmente al lector especializado o no en los pueblos indígenas del noroeste mexicano, sirviéndose del hilo conduc-

tor que resulta de su perspectiva histórica, útil no solamente para comprender el devenir de los yaquis y mayos desde sus primeros contactos con los invasores europeos, hasta las últimas eventualidades que sobre su territorio sufrieron los yaquis ante el sexenio zedillista, sino además para ubicarlos también en su escala regional, de tal suerte que el texto, amén de tratar su tema concreto de investigación, sea a la vez una buena introducción para entender las semejanzas y diferencias existentes entre los dos pueblos, cuya asociación lingüística e histórica resulta en sus páginas evidente, de ahí que la obra posea un extra por su contenido didáctico, sin duda ampliado gracias al manejo de un lenguaje sencillo, libre de rebuscamientos.

Respecto de los espacios físicos donde los hombres se desenvuelven, sus comunidades, también protagonistas, Moctezuma las muestra como escenarios de convivencia y lucha donde el conflicto lingüístico desata todo su dramatismo, condición que requiere para su explicación mencionar sus antecedentes misioneros desde la época jesuita o su cuño reciente, como respectivamente ocurrió en los poblados de El Júpare (mayo) y Loma de Guamuchil (yaqui), cuyos derroteros se ligaron permanentemente a la restitución de parte de su territorio a los yaquis, o la designación de sus antiguas tierras a los mayos bajo un régimen mayoritariamente ejidal y en muy pocos casos de tipo comunitario durante los años del cardenismo, pueblos que en adelante verían que la suerte de sus desplazamientos lingüísticos quedaría ligada al crecimiento de las ciudades inmediatas, la dotación de servicios estratégicos como la electrificación, la dotación controlada de las aguas de sus ríos para el riego agrícola, el avance del asfalto hecho carreteras y la instauración apabullante y definitiva de la escuela como punta de lanza de la institucionalización del español como lengua oficial y hegemónica.

La narración continúa con la descripción de las familias indígenas desde el espacio de lo privado, para lo cual el autor se ha servido de la lingüística etnográfica, método que investiga el lenguaje en su práctica social, caracterizado por la observación participante y la grabación de conversaciones en su contexto natural. Posiblemente esta parte resulte la más atractiva del texto, pues amén de revelar la condición humana de los hablantes así como los vínculos afectivos que puede establecer el investigador con sus interlocutores y en más de una ocasión, protectores indígenas, nos deja atisbar la manera como se articulan las redes sociales de cada familia, ilustrándonos también la incidencia de los factores externos en el conflicto lingüístico, primeramente en el plano familiar y después incluso a nivel comunitario, cuando la decisión consciente o no del individuo de hablar o no su lengua materna, rebasa al primero alterando al segundo, lo cual en el caso de los mayos tiene tintes trágicos, pues da viso de la muerte de su lengua.

Con el análisis de las redes sociales familiares, la relación entre lenguaje e identidad a través de la ideología que encara en el conflicto lingüístico a las lenguas indígenas frente a la denominada "lengua oficial", el autor muestra en el tránsito generacional de los hablantes, que de un uso fluido y completo de la lengua materna indígena encarnada por las matronas yaquis y mayos (por cierto, representantes emblemáticas de las familias estudiadas), en lo general prácticamente monolingües antes de aprender el español por la casi siempre traumática experiencia escolar dado el maltrato y burla por su condición indígena, hasta la incapacidad de sus nietos por hablar su lengua aun entendiéndola, lo cual implica un monolingüismo inverso, según sea el caso analizado en uno u otro grupo, se revela que la identidad étnica aparejada al uso de la lengua, variará por la inci-

dencia de una multiplicidad de factores particularmente inteligibles bajo una perspectiva diacrónica que no pierde de vista el contexto regional, de modo que aunque no exista una correlación evidente entre lenguaje e identidad, ciertamente la lengua nativa, a pesar de que ya no sea empleada por un sector importante del grupo, continúa siendo un referente en las circunstancias cotidianas que sirve a los hablantes para decidir mantener o cambiar los usos de las lenguas en conflicto.

Aunque el relajamiento en el uso de la lengua sea asunto de una etnicidad situacional entre algunos mayos, quienes deciden neutralizar esa identidad en contextos desfavorables, la lengua vernácula cumple la función de apoyar la identidad étnica en los espacios donde las comunidades resisten más los embates del exterior, sean en el caso de los yaquis los espacios rituales, en las reuniones con la asistencia de las autoridades tradicionales y en menor medida, en el ámbito de las redes sociales familiares, lo cual revela todavía una vitalidad considerable de la lengua y su reivindicación por el grupo gracias a estos contextos de uso, situación que desafortunadamente no ocurre con los mayos desde el momento que el empleo de su lengua se queda prácticamente restringido a las actividades de tipo ceremonial y a las redes compactas, sostenidas por hablantes ancianos y en ocasiones hasta monolingües, de tal suerte que aun cuando la lengua cumpla muchas funciones, su relación con la identidad étnica no está aparejada necesariamente.

En justicia, si las líneas anteriores surgidas de quien el texto ha tratado de reseñar no son las claras o coherentes que su contenido merece, tenga a bien el lector remitirse a la obra de José Luis Moctezuma, seguramente hallará en sus páginas ideas que bien podrán ser recibidas con espíritu crítico o sugerencias estimulantes si su interés apunta a tierras septentrionales, lugar de pascolas y venados.

Jorge Arturo Castillo Hernández

Isidro Vizcaya Canales

Tierra de Guerra Viva.

*Invasión de los indios bárbaros
al Noreste de México 1821-1885*

Monterrey, Academia de Investigación

Humanística, A. C., 2001, 467 pp.



En la historiografía del noreste de México son pocos los autores que se han ocupado del estudio de los grupos de cazadores-recolectores que habitaron la región, y quienes fueron sujetos de un lento pero efectivo proceso de etnocidio. Predominantemente el tema indígena se ha abordado a partir de la lucha que el colonizador civilizado libró contra el “bárbaro”, dejando de lado el propio registro etnográfico y etnohistórico de los grupos que grabaron su huella en la zona. A pesar de ello, la preocupación por acrecentar el conocimiento acerca del contacto que el blanco “civilizado” sostuvo con el nómada por varios siglos en la llamada Aridoamérica ha resultado crucial para comprender la extinción de los grupos étnicos que poblaron este territorio, y la reciente obra de Isidro Vizcaya Canales asume esta preocupación.

Ingeniero de formación, pero historiador de oficio, Vizcaya es autor de numerosos trabajos referentes a la historia de Nuevo León, tanto la colonial como la del siglo XIX e inicios del siglo XX. Sus temas versan sobre la guerra de los indios nómadas provenientes de Texas, así como la historia urbana de Monterrey de principios del siglo XX. Sus obras sobresalen por la gran cantidad de referencias documentales y por la minuciosa descripción de los eventos que presenta.

En *Tierra de Guerra Viva. Invasión de los indios bárbaros al Noreste de México 1821-1885*, Vizcaya también realiza una descripción sumamente detallada de las incursiones que los grupos de comanches y apaches realizaron en la región noreste de México desde 1821, año de la consumación de la Independencia, hasta 1885, en que aparentemente se registró el último incidente contra indios. La obra descansa en la crónica de los enfrentamientos sangrientos entre el sedentario y las bandas de guerreros nómadas que entraron en la región; el autor reconstruye aquellos acontecimientos mediante una extensa enumeración de hechos ocurridos en los estados de Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango y Texas, con base en los documentos resguardados en el Archivo General del Estado de Nuevo León.

Vizcaya sostiene que la guerra contra estas naciones, realizada por los españoles en un primer momento y luego por los mexicanos, nunca tuvo como moti-

vo la defensa por parte del nómada de sus territorios puesto que nunca fueron invadidos. Los comanches aparecieron en la región hasta los inicios del siglo XVIII, cuando los españoles ya residían en Nuevo México, y fueron los comanches quienes obligaron a los apaches a movilizarse hacia el sur; desde entonces ambos grupos ocuparían crecientemente las llanuras del oeste de Texas, para dedicarse principalmente a la depredación, el robo y el secuestro.

Sin embargo, otorga poca importancia al hecho de que tanto los colonizadores novohispanos como norteamericanos compartían una política de exterminio hacia el nativo americano, justificada por la expansión colonizadora y el aprovechamiento de vastas tierras, la cual se manifestó en la persecución hacia estas tribus y que, en el caso del vecino país del norte, las orilló a abandonar sus territorios originales y dirigirse allende el Bravo. A ambos lados de la frontera el blanco copó al nómada buscando, en el mejor de los casos, su conversión civilizatoria (adaptación, integración a la civilización), aunque lo común fuera su incuestionable eliminación, empresa que ya había rendido resultados con la desaparición de algunos grupos trashumantes originarios del noreste mexicano a finales del siglo XVIII.

Afirma que las incursiones de los bárbaros afectaron a todo el norte del país, provocando el despoblamiento de extensas zonas de los estados fronterizos y la

NOTAS

disminución considerable de las actividades productivas como la agricultura, la ganadería y la minería; el constante asedio nómada fue el factor más importante que determinó el retraso en el desarrollo del norte de México, durante sus primeros años de vida independiente.

Presenta los diversos esfuerzos que los colonizadores del noreste realizaban para enfrentar las incursiones del indígena "salvaje"; muestra extensamente y contextualiza la guerra contra el "bárbaro" y las implicaciones sociales, económicas y políticas en su combate, siempre en medio de enormes carencias y con la única y férrea consigna de su aniquilación total.

Para Vizcaya, el colonizador es al mismo tiempo víctima y héroe, angustiado sobreviviente de tan hostil medio, así como gran vencedor de inigualable y digno adversario como el "salvaje". El colonizador europeo es el personaje principal de la historiografía norestense, es el protagonista que supera todas las adversidades, es el pacificador, el civilizado que

considera al indio como un gran obstáculo a vencer, para dar pie al progreso. Desde esta visión, la lucha y el triunfo del blanco civilizado sobre el salvaje ha forjado la identidad y el carácter regional de tenacidad y empuje adjudicados al poblador del norte mexicano.

Entre las estrategias seguidas por los pobladores para resistir y contrarrestar el embate indígena, el autor expone los intentos, generalmente fallidos, por conformar colonias militares, compañías de guardia móvil y cantones. Aborda los acuerdos que en 1850 pactaron algunas tribus de seminoles, kikapues y mascosgos con el gobierno mexicano, en los que a cambio de tierras y otros beneficios se ocuparían de la defensa contra los comanches y otras naciones bárbaras. Asimismo, narra los acuerdos de pacificación y su quebrantamiento entre la nación comanche y el gobierno mexicano, y se ocupa de las expediciones que durante el periodo de Santiago Vidaurri se realizaron al Bolsón de Mapimí, con el

fin de combatir los grandes contingentes de bárbaros que se creía acampaban temporalmente en la región.

La pormenorización de los eventos que muestra Vizcaya es de enorme valor documental en la reconstrucción, por sí misma relevante, del diario acontecer de los habitantes del noreste, porque ofrece información básica que invita al lector a reflexionar sobre los procesos que reclamaron el fin del indio. Sin duda, *Tierra de Guerra Viva...*, es una importante obra donde se exponen los más relevantes choques entre el nómada y el sedentario durante un periodo decisivo para el naciente país. A poco tiempo de su publicación, se vislumbra como una fuente de consulta obligada para todos los interesados en conocer y analizar el tema indígena en el noreste de México durante el siglo XIX, y que para la historiografía regional siempre estará asociado al exterminio, reduciendo al indio nómada al papel del irreconciliable enemigo de los colonizadores.





NOVEDADES editoriales

INAH

CLAUDIA MOLINARI ▶
Y EUGENI PORRAS (COORDS.)
*Identidad y cultura
en la Sierra Tarahumara*
(Obra Diversa)



Los artículos reunidos en este volumen tratan diversos aspectos y problemas de la cultura de los grupos indígenas de la Sierra Tarahumara que tienen que ver con la identidad. Desde los aspectos histórico, lingüístico, económico, ritual y simbólico hasta las discusiones actuales sobre diversidad y derechos indígenas.

NELLY M. ROBLES GARCÍA (ED.) ▶
*Procesos de cambio
y conceptualización
del tiempo. Memoria
de la Primera Mesa Redonda
de Monte Albán*



Monte Albán es uno de los centros arqueológicos más importantes del país, con un innegable valor histórico y cultural, hecho que lo ubica entre los focos generales de conocimiento de la historia cultural de Mesoamérica. Su importancia no sólo se da en el terreno arqueológico, ya que los estudios muestran a sus monumentos como inagotables fuentes para los trabajos epigráfico, astronómico, arquitectónico y artístico.

DE VENTA EN:

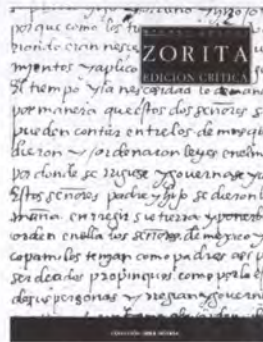
Librería "Francisco Javier Clavijero"
Córdoba 43, col. Roma
Tel. 5514 0420

Librería del Museo Nacional
de Antropología
Paseo de la Reforma y Gandhi,
col. Polanco
Tels. 5553 3834 / 5211 0754

Librería del Aeropuerto Internacional
"Benito Juárez"
Sala "A", local 11, Llegadas
nacionales
Tel. 5571 0267

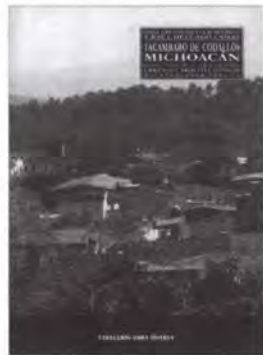
Librería del Museo Nacional
de Historia
Castillo del Bosque de
Chapultepec,
col. Polanco

Tienda del Templo Mayor
Guatemala 60, col. Centro
Tel. 5542 4785



WIEBKE AHRNDT
Zorita.
Edición crítica
(Obra Diversa)

Este trabajo rescata dos fuentes fundamentales del siglo XVI para el estudio de la historia social y económica de México. Incluye además un estudio completo sobre la vida y obra de Alfonso de la Nueva España, quien a través de sus escritos da testimonio de los primeros años de la conquista y colonización de las tierras del Nuevo Mundo.



CONCEPCIÓN DE ITA MARTÍNEZ
Y RAÚL DELGADO LAMAS
*Tacámbaro
de Codallos, Michoacán.*
*Glosa general de las
características urbanas
y arquitectónicas
de un poblado histórico*
(Obra Diversa)

Este trabajo presenta un estudio del patrimonio arquitectónico y urbano construido en la ciudad de Tacámbaro, Michoacán; asimismo, define algunos de los rasgos básicos de la arquitectura histórica de la ciudad con su entorno natural. A través del inventario de inmuebles, encuestas, dibujos, mapas, fotografías y planos se reconstruye la tipología constructiva y se determinan las categorías para cada grupo de construcciones que poseen características físicas similares de calidad arquitectónica.



JOSÉ FRANCISCO
COELLO
Y ROSA MARÍA
ALFONSECA
*El Bosque
de Chapultepec:
un taurino
de abolengo*

El Bosque de Chapultepec, con su lago y su castillo, nos permite conocer sus historias ligadas con quehaceres y paisajes taurinos. De acuerdo con la idea de que la historia es un remedio para no olvidar el pasado a la luz del presente, se ha hecho una interesante y novedosa interpretación que incluye un análisis de la estructura compositiva del famoso biombo que recoge la recepción del virrey duque de Albuquerque al deslumbrar el siglo XVIII.

